





EL *PASEO* EPISTOLAR  
DE CAROLINA CORONADO



REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA  
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES

EL *PASEO* EPISTOLAR  
DE CAROLINA CORONADO

Discurso leído el día 5 de septiembre de 2015,  
en el Acto de su recepción pública, por la

EXCMA. SRA. D<sup>a</sup> CARMEN FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ

y contestación del

EXCMO. SR. D. MANUEL PECELLÍN LANCHARRO



Trujillo  
2015

© Carmen Fernández-Daza Álvarez  
Manuel Pecellín Lancharro

Dep. Legal: BA-374/2015

*Imprime:*

Tecnigraf, S.A.

Tel. 924 28 60 06

[www.tecnigraf.com](http://www.tecnigraf.com)

*Discurso*  
*de la*  
*Excma. Sra. D<sup>a</sup> Carmen Fernández-Daza Álvarez*



*“Cuando nos oigan, cuando el loco orgullo  
ceda del hombre en nuestro siglo ciego,  
no estéril ha de ser el dulce riego  
que hoy brota en melancólico capullo”.*

Carolina Coronado, “A Elisa”



Excelentísimos señores académicos:

Sobrecogida y vivificada al mismo tiempo, desbordada por la benevolencia que se me ofrenda y encordelada con gozo a tan alta responsabilidad, llego esta mañana de septiembre, fulgente por extremeño, ante todos ustedes. Ante ustedes que han honrado mi disperso y exiguo saber y obrar con una más que obvia longanimidad.

Me honraron, y me honran, quienes creyeron, y creen aún, que mi apasionado amor a Extremadura, ese que todo lo anega, que todo desordena y ordena en mi vida, podía ser garante de tan alto galardón; me honraron con su benevolencia y confianza los tres miembros de la Real Academia que presentaron mi candidatura para ingresar como numeraria en esta dignísima institución: don José Miguel de Mayoralgo y Lodo (conde de los Acevedos), don Manuel Pecellín Lancharro y don Francisco Pedraja Muñoz; me honraron, y me honran, quienes el 19 de enero de 2013, merced a su voto favorable, simpatizaron con el entusiasmo y la liberalidad de aquellos tres compañeros; me honraron quienes, desde el momento mismo del arranque de mi andadura académica, depositaron en mi parvedad altas tareas, que he recibido ilusionada y comprometida. Y me honran sobre manera quienes en estos dos años y medio me han colmado, y colman, de generosas muestras de amistad y de fecundo afecto.

Por todo ello ahora, en este solemne acto público, no puedo sino reiterar ante ustedes, señores académicos, y ante todos los amigos que hoy nos acompañan, testigos de mis palabras y de mi promesa, el ofrecimiento que realizara en la sesión del 11 de mayo de 2013:

servir con todas mis fuerzas y con todo mi entusiasmo a esta Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, servir desde esta honrosa responsabilidad a la tierra que tanto amo.

En aquella sesión, y en aquel mayo, también fulgente, abanicaron mis inquietudes, dispersándolas con el animoso vaivén de sus palabras afables, dos compañeros, a quienes deseo recordar esta mañana como parvo antídoto a esa cicatriz que es la distancia de imposible sutura. Porque también, he de confesarles, junto a los momentos de júbilo, junto al sonido de la interna algazara, mi breve itinerario en la Real Academia ha estado marcado por el dolor y la ausencia.

Dos despedidas han hollinado este par de años con la ceniza de la privación. Apenas llegué cuando fue mi diezmo la conmoción del adiós. Quedaba huérfana de una dilatada relación familiar e intelectual con don Francisco Tejada Vizuite, con quien iniciaba en 2013 un viaje distinto y fructífero en la Real Academia; sesgó la muerte el enternecedor trato —¡fue tan fugaz!— que la delicadeza y la bonhomía de don Félix Grande Lara me regalaban; la muerte agostó con su inclemencia los primeros brotes de una amistad, que abonaba el poeta con epístolas y pláticas, y que yo recibía con el asombro confeso de quien hasta entonces era una antigua y desconocida pupila de versos y sabidurías lectoras, con el encantamiento por lo que significaba el inesperado regalo que se me ofrecía, por ese salto de conversión: desde lectora silente e ignota a compañera y amiga.

Breve itinerario este que otros tantos meses he transitado en medio de un tiempo desapacible y denso, el que marcaban las inagotables horas infladas a causa del desasosiego con el que la enfermedad de nuestro director ha ido cebando los minutos en el reloj de mi ánimo. Hasta que llegó este mes de mayo último, “derrotado y herido de muerte”, opaco a pesar de extremeño. Y leo hoy, sí todavía hoy, con las quemaduras en la voz que la lava caliente de la ausencia ha originado, la más honda de las imaginadas. Pero leo (discúlpenme

los dignísimos miembros de esta Mesa) bajo su dirección, tal como yo deseaba, tal como él había soñado, bajo la dirección del Excmo. Sr. don José Miguel Santiago Castelo, quien preside esa otra mesa colocada en lo más hondo de mi corazón, esa en la que se sientan los que fueron en mi vida ejemplo de amor y de generosidad. A él, amigo del alma, van, junto a mi padre, dedicadas estas palabras de ingreso en la Real Academia de Extremadura.

Y al arrancar este otro itinerario que hoy para mí comienza, deseo agradecer, de todo corazón, a don Manuel Pecellín Lancharro que aceptara, en ese mismo tiempo inflado de incertidumbres, contestar al discurso de ingreso, que ustedes hoy enaltecen con la delicadeza de su asistencia. Una vez más me hallo en deuda de gratitud con el que es, ya hoy, compañero de Academia y quien desde 1993, ¡era yo tan joven!, creyó en mí, me apoyó y avaló en los más diversos proyectos y actividades, con un entusiasmo y seguridad tan admirables como poco comunes. Muchas gracias, insisto, una vez más, don Manuel Pecellín, por su repetida y continuada generosidad y por la dilatada confianza que desde siempre ha depositado en mi pequeñez.

Concluye así, por la bondad de quienes han convocado esta ceremonia de ingreso, el itinerario de una emocionada académica electa. Y hoy, con entera humildad y mayor obligación, me hallo ante ustedes para recibir la medalla nº 22, que perteneciera a don Antonio de la Banda y Vargas. No tuve el placer de tratarlo personalmente y por tanto no fui recipiendaria de lo mucho que su magisterio directo hubiera podido reportarme. He caminado estos últimos meses tras sus pasos, es decir, he ido en pos de sus escritos, escoltándolos desde una familiar cercanía, desde esa proximidad seductora que es patrimonio exclusivo de la epístola. Libé entre renglones manuscritos la esencia del hombre antes que la del maestro o la del académico. Y lo hice a través de la correspondencia que sostuviera con mi padre, que principia, en lo que he alcanzado,

allá por los años setenta del pasado siglo. Solo después volé a la columna de su dilatada trayectoria docente e investigadora. Me movía la obligación, es cierto, pero también un sincero respeto y el sentimiento de una particular deuda con el académico al que me hallo para siempre por azar ligada. Más que la iconografía de santa Eulalia, objeto de su discurso de ingreso en esta Real Academia, más que sus notables estudios sobre Zurbarán, o sobre los escultores sevillanos del Siglo de Oro, más incluso que las páginas que dedicara al talento artístico de nuestro compañero don Francisco Pedraja Muñoz, obras todas que he leído con verdadera fruición y aprovechamiento, la afinidad emotiva e investigadora con su persona y su obra se debe al vivísimo interés común por el pintor Antonio María Esquivel, al que —es bien sabido— don Antonio de la Banda dedicó una destacada monografía en el año 2002 y al que él juzgó, no sin razón, “el más esencialmente romántico de los artistas decimonónicos españoles”<sup>1</sup>. Un interés también compartido con don Francisco Javier Pizarro, quien se ocupó de la obra de los Esquivel en Extremadura<sup>2</sup>. Aquel tiempo es el tiempo de mi discurso de ingreso, aquellos retratos son los rostros que tantas veces he acercado hasta el mío, ensimismada frente a ellos en los museos que los custodian, en las páginas de un libro, o en la pantalla del ordenador. Vienen a mi mente las palabras que Lope dedicara a otro pintor sevillano en 1620. Elogiando los retratos de Pacheco en *La gallarda toledana*, un apasionado Fénix escribía sobre la divina facultad del artista andaluz, sobre ese don o milagro que viene a extinguir la condición del tiempo, a sepultarlo. Del mismo modo, la vida que hubieron aquellos viejos conocidos del siglo XIX parece retornar desde la frialdad de casi dos siglos de distancias atronadoras en los lienzos de Esquivel, aquellos que compartieron espacios y horas, bailes y lecturas poéticas, proyectos editoriales o noches de teatro con la mujer objeto de mi discurso de ingreso: Hartsenbusch, Rubí, Quintana, Zorrilla, Ventura de la Vega, Gómez de Avellaneda, Romea o Díez y esos dulces niños (¡feliz pintor de la infancia!) Rafaela Flores, Concepción Sola o Alfredito Romea.

Desde esta cercanía emocional y con la devoción por el legado de mi antecesor como preciado equipaje de mano, procuraré hacer honor al honor que recibo y salvar mis muchas limitaciones avivando el esfuerzo, recreciendo la ilusión y sobre todo valiéndome del inagotable amor que siento por esta Real Academia de Extremadura.

Mas permítanme que, distrayéndome un punto de aquellos cuadros del sevillano, me vuelva a la vida de un retrato concreto, absolutamente locuaz en su mutismo.

Era 11 de mayo de 2013 y, tras mi elección, tomé asiento por vez primera en la sala de juntas de esta casa. Allí y ese día, casi en un trance, o en la dulce captura de una revelación, embelesada ante el mural de don Julián Pérez Muñoz, supe, sin lugar a dudas, a quién debía dedicar yo estas palabras en sincero homenaje. Vestida de color zarzarrosa, o tenue violáceo de lila temprana, camelia romántica siempre, con una mantilla como negro sépalo y blanca pluma en su mano, desde una esquina, en una privilegiada posición, sentada en actitud de escribir, mira a sus héroes, a la fantasía extremeña que fue siempre excitación e inspiración de todo lo suyo. Junto a ella, sus otras dos pasiones, la pintura y la música, significadas en dos objetos que formaban parte de los espacios por ella habitados: una paleta y un piano. Atrás, como aureola de la íntima escena, en este mural que yo hago y quiero gabinete de mi paisana, los campos, los extensos y bellísimos campos extremeños, la naturaleza plena que es Carolina. Pareciera que el pintor hubiese captado aquel instante en el que, desde su retiro de Badajoz, quizás en 1846, la Coronado escribía a Juan Eugenio de Hartzenbusch expresándole cómo su imaginación transformaba en mar las aguas del Guadiana, cómo, gracias a ella, un simple palomar podía convertirse en el navío de Hernán Cortés y sus compañeros. Le decía:

“He emprendido una obra de la que hablaré a usted otra vez;  
pero como nada sé, nada he visto, voy muy despacio, porque

necesito leer, y leer cuando mis quehaceres se aumentan de día en día. Para las descripciones me veo muy apurada, porque tengo que figurarme que Guadiana es el mar y el palomar de mi casa es un magnífico navío de donde han de salir Hernán Cortés y sus compañeros famosos”<sup>3</sup>.

Y ella me hablaba, desde ese locuaz mutismo, sepultando la condición del tiempo a través del genio divino del pincel de un artista. Planeaban, invadiendo mi memoria, sus palabras, en vuelo indomable, el de esa *paloma, libre y sola, que rompió con su pico sus prisiones*, esa paloma a la que el mundo no pudo sujetar sus alas. Surcaban mis adentros decenas de versos insertos en poemas como *Libertad, A Elisa, A la muerte de una niña, En el castillo de Salvatierra, Yo en tristísimo gemido, La poetisa en un pueblo, A Lidia, A Luisita, El marido verdugo, A Herminia...* todos en rabiosa, en insólita valentía para su tiempo; rimas distintas para una misma condena: la injustísima, en siglos, discriminación y esclavitud de la mujer<sup>4</sup>.

Llegábanme fragmentos exactos de sus novelas: *Jarilla, Paquita, Adoración, La Sigea, Luz, Harnina...* Y reverberaba mi emoción ante el mural de la Academia mientras pensaba en esa novedosa y consciente diferencia de la extremeña respecto a sus compañeras de generación, pues lo sustancial no son tanto la sugerencia y la originalidad de unos títulos, todos nombres femeninos, sino el que, de hecho, los protagonistas principales de sus novelas sean siempre mujeres, tenue anticipo de las grandes heroínas de la narrativa realista, del gran Galdós.

No hay mayor heroicidad que ejercitarse sin tregua para domeñar la pasión del miedo: sobrevivir al maltrato físico o psicológico, sobrevivir a la negación de todos los derechos ciudadanos, en un corto viaje amañado con solo dos destinos posibles: casada o monja. No hay mayor heroicidad que soñar el paisaje de una travesía diversa y sobreponerse luego al paroxismo que sucede a ese sueño cuando se

cae en la osadía de compartirlo, al escarnio social por el desacato perturbador de solo idear, a la diagnosis de una enajenación por anhelar lo prohibido. Tal es la tensión que agita las líneas de su narrativa. Esas son las protagonistas de sus novelas: heroínas y esclavas cuyo arrojo, virtud y audacia se miden en la capacidad de sobrevivir en un mundo dominado por el hombre.

Y la paloma de Almendralejo continuaba hablándome, desempolvando con su perspicaz aleteo el estante de mi memoria donde guardo otras muchas palabras escritas por ella antes de 1852: los comentarios —irónicos unos, combativos otros, inteligentes todos— vertidos en cinco artículos de prensa, el desahogo feminista de Elena, protagonista de una pieza teatral, y de manera muy especial las íntimas reflexiones sobre santa Teresa de Jesús, a las que dio forma escrita entre los naranjales, adelfas y fuentes de la finca La Jarilla, en la bellísima dehesa de Nogales, durante el mes de mayo de 1848.

Renglón a renglón la valentía de la joven escritora de 28 años se hace también heroica. Nada más heroico que señalar como posible un horizonte distinto al de esposa: esposa de Dios entre los muros de un convento, o esposa de un hombre entre los muros de una casa. Nada más heroico que ensalzar ese otro horizonte de libertad en una soledad apetecida y dignificada sin tapias varoniles que la contengan. Arrojadísima bravura para una mujer que escribe en 1848 desde los campos de Extremadura, y que lo hace sin esconderse entre los diálogos de sus personajes, en los pliegues o licencias de una obra de ficción; que vierte en primera persona juicios subjetivos y sinceros, desnudos de prejuicios y temores, para ser publicados en las páginas de un periódico madrileño de ancha difusión. Nada más heroico que en 1848, desde un extremo postergado de España, aislada en el retiro campesino, iluminar un sendero alternativo para aquellas mujeres que lo apetecieran, una vida en celibato, alejado de cualquier connotación religiosa: una mujer independiente y sin varón que en libertad elija vivir de su trabajo, del fruto de la erudición, del arte o

de la enseñanza. Una soledad o soltería dignificada que le fue negada a Teresa de Jesús. Teresa de Jesús, nos dice, a quien le faltó la libertad; Teresa de Jesús, continúa, que no pudo “emanciparse del yugo de la sociedad”; Teresa de Jesús, añade, que llegó demasiado tarde, “cuando ya los frailes habían falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la mujer”. Por todo ello, en las páginas de su ensayo se detiene a recrear con dolor el momento exacto en el que “la hija del absolutismo se encierra en un claustro y abjura la independencia de la mujer”. Y escribió:

“Todavía arroja una mirada a la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo está desierto, el mundo la murmura, su honra padece, los confesores la estrechan, y Teresa se encierra en el claustro. Triste, muy triste debió ser el día de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el más claro espejo de las virtudes, el más bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un claustro, y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella mujer heroica hubiera encaminado su enérgico instinto hacia la educación de las familias, si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes, los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir a las madres, hubiera regenerado a España. Apartando de la corrupción a mil doncellas, no hacía sino disminuir el número de las malas mujeres. Pero dando a la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de los buenos hijos [...]

El monjío fue para Teresa una careta que puso a su sencillo carácter. Teresa no había menester del encierro para ser santa. Mujeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de descaminarse. Más difícil debió ser a Teresa el conservarse pura en la inacción y la soledad del claustro, que le hubiera costado entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de

la virtud de las mujeres son la inacción y la soledad. Tal vez Teresa no había nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoría absorbe la facultad de la práctica y le estaba vedado a Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educación de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentración de sus afectos, la vida célibe, la virginidad, para escribir esas inmortales obras llenas de convicción profunda, llenas de virtud patente, que habían de instruir a generaciones de mujeres. Pero cercándola de yerros y escuchándola de votos, no hicieron sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios le había concedido. [...]

Por esos acentos que se escaparon de los labios de Teresa, podéis adivinar cómo hubieran sido los cantos si los frailes no los ahogaran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura, podéis adivinar cómo fueron los que redujeron a cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba una mano de plomo que no la permitía levantar sus ideas sino a la altura de las preocupaciones. Adivinad cuál habría sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mezquinas tapias que reducían a tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad a su vista campos de risueña vegetación, la alegría de nuestros hermosos ríos, la contemplación del majestuoso océano. Llevadla desde las columnas de Hércules al golfo de Nápoles. Desterradla como a Stael a la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas austeras montañas y aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanohpe en los mares de oriente, y que vaya a nutrir su pensamiento con la savia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne más tarde a Europa y oiga como Jorge Sand la voz de los sabios de Francia y que termine su peregrinación recorriendo los bosques de América virgen. Entonces conocerá todas las grandezas de Dios, todas las miserias de la humanidad. Entonces se dilatará su mente comprensiva, y romperá en un canto,

resumen de todos los humanos ecos, y tan alto como el himno que los profetas elevaban a Dios. Entonces veríais la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunción en el limitado círculo de un monasterio”<sup>5</sup>.

¡Ah, los viajes! ¡Y aquellas tres mujeres tan libres, ilustradas e intrépidas! No llegaron sus nombres al texto dedicado a Teresa por azar: Germain Necker, Aurore Dupin y Hester Lucy Stanhope. Aquellas mujeres, que habían transgredido la estrechez de unas normas sociales, que habían escrito de doctrinas políticas o que habían recorrido lugares exóticos y enclaves alejados, eran la imagen real de un camino distinto y posible. ¡Ah, los viajes! ese irresistible encanto de partir, con cuanto ello encierra de anhelo estético y de aprendizaje íntimo; ese vigoroso hechizo que significa el esfuerzo de la aventura y el misterio ante lo desconocido... ¡Cuántos espacios soñados moraban en el alma de aquella joven extremeña de 28 años! Viajar, el gran afán romántico, la ocupación “más noble y eficaz” para tantos hombres y mujeres decimonónicos<sup>6</sup>.

No era el romántico el viaje del humanista —a veces cortesano y las más universitario o bibliófilo—, cuyo gozo más excelente pasaba por el “*iter italicum*”, no era, por tanto, un peregrinar en pos de la sabiduría, cimiento de la virtud del individuo y base de la *urbanitas*; no tenía tampoco la motivación ilustrada, siempre utilitaria, con el ansia científica o didáctica como principio único de cualquier expedición colectiva (arqueológica, botánica, zoológica, cartográfica, antropológica o mineralógica, química, etc.) o desplazamiento individual: el viaje como signo de progreso o de civilización, medio de “difusión del mundo de las Luces” y de recepción enciclopédica<sup>7</sup>.

El viaje romántico es todo hijo de la emoción. Nace de la inquietud por sentir, que impulsa y recrece la sensación de libertad que, incluso antes de partir, el mismo hecho de viajar provoca en el hombre. ¡Ah, los viajes! ¿Cómo no iba a satisfacer ese anhelo mi arrojada, vitalista y obstinada paisana?

La miré allí, una vez más, sentada en el gabinete privado del que disfruta en esta Real Academia. Y al mirarla, toda ella envuelta en un sosiego pictórico envidiable, recordé de pronto sus cartas literarias y el viaje por Europa que —¿alguien lo dudaba?— terminó realizando. ¿Cómo no iba a dedicarle yo mi discurso de ingreso a esta singular mujer? Además del paisanaje y del feminismo (hilos, no por azar selectos, con los que venimos hilvanado estas palabras de recepción), me ligan a ella, allí, en los telares más íntimos de mi espíritu, identidades y vivencias parejas ante realidades y emociones bien distintas, pero, más allá de esas simpatías, más allá también de las disimetrías, que nunca son batalladora o agresiva oposición, me atan los nudos del diálogo más fiel de todos los posibles, aquellos que son amarres en mi universo lector; me encadena amorosamente la devoción por su obra escrita, un fervor avivado porque en ella Extremadura se hizo por vez primera, ¡sí por vez primera!, literatura: se hizo poesía, se hizo novela, se hizo artículo de prensa, se hizo ensayo, se hizo epístola.

Algunos de los amigos que hoy nos acompañan saben de mi dependencia afectiva e intelectual con el género epistolar, esa forma “de contener la intimidad y contenerse a sí mismo en palabra”<sup>8</sup>, cuyo recorrido literario, desde la antigüedad hasta nuestros días, ha gozado de una maravillosa libertad, ajeno a los estrechos raíles de herméticos cánones preceptivos. De ahí que se me antoje un hecho mágico el que fuera precisamente una obra epistolar la que marcara el fin de la trayectoria literaria de la autora, o, si se quiere, de la trayectoria más auténtica, la que, en el conjunto de su dilatada biografía y obra escrita, más me interesa, la que abarca de 1839 a 1852. A partir de esa fecha nace una mujer y una escritora distinta que morarán en el mismo cuerpo y en el mismo espíritu creador, el de la Carolina primera, pero ya vencida por el sometimiento a los modelos sociales y a unos trazos más conservadores, en un claro renegar de una parte de su ideología combativa del ayer y desde luego del camino de unidad con el que había ido diseñando su trayectoria literaria. Será esa

Carolina que en 1857 habría de llamar pecado mortal al romanticismo, y época desastrosa al tiempo que lo albergaba<sup>9</sup>.

Por ello he elegido el remanso del epistolario referido como objeto de este discurso académico. Por ello y porque, a excepción del análisis del contenido o del propio viaje como fuente biográfica, este conjunto de cartas no ha merecido una atención suficiente por parte de la crítica<sup>10</sup>. Obviamente me refiero a la obra *Un paseo desde el Tajo al Rhin descansando en el Palacio de Cristal*, que fue publicada por entregas en *La Ilustración* en 1851 y 1852<sup>11</sup>.

Situémonos primero en el contexto biográfico exacto.

## MADRID, AÑO DE 1851

Pasadas las fiestas navideñas de 1850, Carolina Coronado abandonó Badajoz y su entorno familiar y marchó a Madrid con el ánimo de establecerse allí indefinidamente. Desde que residiera en la Corte una breve temporada, entre el 30 de julio y el 12 de octubre de 1850, el anhelo por alcanzar de manera definitiva su mudanza a la capital fue creciente. Así lo manifestó por escrito a su círculo de amistades madrileñas al inicio del otoño de 1850, en las horas previas al adiós de la ciudad donde había sido tan feliz. Corazón ese suyo siempre al raso, imaginamos el tono de aquellas misivas, en las que no guardaría bajo renglón alguno ningún sentimiento, por más exaltado que pudiera parecer. ¿Cómo poder callar aquel torrente apasionado? “¿Qué sé yo cuánto pude decir cuando no sabía callar?”, “¿qué sé yo lo que habré expresado en esas cuatro mil cartas escritas a mis amigos durante diez años?”, vendrá a decir años después Carolina<sup>12</sup>. Y uno de esos receptores, el periodista Ramón de Navarrete, le reprochó públicamente desde las páginas de *La Ilustración* su deseo de residir en la Corte por considerar que era signo de la frivolidad de la extremeña. A su juicio, mejor debiera estar en provincias la cantora campesina, preservando su pureza, su fe y su entusiasmo<sup>13</sup>. Pocos días después, y en el mismo medio escrito, Carolina Coronado, haciendo uso de su

notable cultura literaria, y en concreto eglógica y teatral, se defendió de los ataques sospechosamente protectores de Navarrete. Finalizaba el irónico alegato expresando a su colega que perdiera la esperanza de hacerla mudar de opinión:

“Y para que usted no insista en combatir mi opinión, y para que pierda la esperanza de hacerme variar en ella, diré a Vd. por último que, aun cuando Madrid perdiese sus edificios, sus paseos, sus sociedades, sus placeres, todavía sería de mi predilección, todavía sería mi país adoptivo y todavía vendría yo desde muy lejos, conducida por mi simpatía y mi gratitud, a cantar sola a las desiertas orillas del Manzanares”<sup>14</sup>.

¿Y quién iba a mudar el cauce del indomable río que anegaba el corazón de la escritora? El 1 de enero de 1851 firmaba ya como vecina de Madrid el prólogo de su novela *Luz*. El deseo de independencia, las ofertas culturales, sociales y de ocio que la ciudad ofrecía y sin duda la consideración de que era la Corte el lugar idóneo para ejercer con mayor comodidad el oficio de escritora, la llevaron a Madrid. Allí podría tratar en persona con los directores de los periódicos, trabar contratos con menor dificultad, relacionarse con sus colegas de oficio, estar al tanto de las tendencias literarias y escribir de asuntos que verdaderamente interesaran al público receptor de sus artículos o de sus novelas, porque se hallaba al pie de la noticia de mayor repercusión o en el ambiente exacto donde abundaban más lectores, sobre todo lectoras, de quienes poder captar sus gustos literarios. Ganar la plaza de Madrid era ganar la gloria.

La totalidad de los biógrafos de la Coronado, arrastrados por los melodramáticos, distorsionados, falsos y a veces machistas juicios de algunos de sus coetáneos (incluidos los de Horacio Perry) han aducido que o bien razones de salud, o bien motivos de penuria económica, llevaron a la extremeña a residir en Madrid,

y además a establecerse en compañía de su familia. Una mujer que vive sola y que es independiente está bajo sospecha, es un peligro, quizás una deshonra. Debían buscarse justificaciones de peso, sobre todo si era el futuro marido quien había de probar la virtud de la novia ante sus hermanas ausentes. Mas lo cierto es que en 1851 Carolina gozaba de buena salud; que sus padres continuaron residiendo en Badajoz, ignoramos hasta qué mes de 1852, y que figuraban ese mismo año como altos contribuyentes a nivel local y provincial. Tal es lo que sí testimonian los documentos oficiales<sup>15</sup>.

Permítanme un desahogo: ¡cuánto daño hacen las biografías sin rigor, hijas de tradiciones orales secundarias o tardías, en las que la imaginación de un lado y el uso de textos literarios como fuentes históricas de otro, son los útiles con los que se rellenan los espacios nebulosos de una vida! ¡Cuánto, en este caso, lesionaron a la escritora el ensayo apologético, llamémoslo imprecisamente así, de aires tan románticos, escrito por Adolfo de Sandoval o el disparatado librito de Ramón Gómez de la Serna!

La propia Carolina (quien, hemos de decirlo, también alimentó con su silencio, complicidad o aliento algunas falsedades que se escribieron sobre su propia biografía) en varios lugares de su obra apuntó la necesaria distinción que debía hacerse entre vida y literatura y, con especial insistencia, explicó a sus lectores cómo eran precisamente los poetas con vidas más felices quienes solían escribir los más exagerados lamentos. Aquello era solo “dolor artístico” o “imaginario”. Qué duda cabe que, en esta particular seguridad, ella misma no debía sentirse una excepción:

“Al contrario, los escritores felices que no sienten las penas, imaginan todo un linaje de desventuras y cuentan que están llorando porque el sol declina, porque la luna asoma o porque las flores se han puesto mustias con el estío, siendo la verdad que sus ojos permanecen enjutos.

Cervantes, prisionero ya entre cristianos, ya entre moros, manco, haraposo, hambriento ¿aparece en sus escritos tan infortunado como el más afortunado de nuestros poetas?

Es que el dolor verdadero es reservado y púdico. Los dolores imaginarios, los artísticos, son los que el poeta entrega a la celebridad, porque como no le lastiman el corazón, no teme verlos reproducidos en sus obras, ni le mortifican que vuelen en las alas de la fama. La realidad de los dolores obliga siempre al ser humano a lanzar su fantasía donde halle el reposo. La realidad de los goces trae consigo el vago deseo de fingir padeceres. No puedo leer a un poeta festivo sin inquietarme por su suerte; muchas veces me temo: ¡si se suicidará! No puedo leer a un poeta trágico sin imaginarme a un ser indiferente y risueño<sup>16</sup>.

Lo cierto es que en 1851 Carolina iniciaba una etapa que prometía ser fecunda. Ella misma escribiría que la nivelación de los dos sexos, que, a su juicio, había principiado en Francia, la estaban introduciendo en su tiempo el comercio y la prensa. Expresó que en ambas ocupaciones la mujer “aprendió a trabajar para sí misma y se halló independiente” al poder “proveer a su subsistencia”.

Un ejemplo para ella, ya en 1849, había sido la escritora Ángela Grassi. Carolina Coronado, desde su retiro en La Jarilla, había ensalzado por escrito las dotes poéticas de la italiana afincada en Barcelona. En el referido artículo, le rogaba que las prisas y la impaciencia por imprimir sus textos, no la condujeran al desaliño de sus versos; que dedicase el tiempo y sosiego necesarios para pulir debidamente sus poemas<sup>17</sup>. Algunos años después, cuando la Coronado era ya una señora casada, alabaría la independencia de esta mujer que vivía de su propio trabajo, una ventaja, expresaba, “que no aplaude el mundo”. Ángela era libre del yugo del varón al que tantas veces se sometían las mujeres por necesidad económica y por norma social. Escribía:

“Pero además de todas las dotes enumeradas y de las condiciones que posee Ángela para ser una escritora estimable,

nos lleva la poetisa a la mayor parte de nosotros una ventaja que no aplaude el mundo, pero que es grato a la virtud.

Ángela ha participado del trabajo que honra a la obrera. Ángela no sólo ha trabajado intelectualmente, dirigiendo como profesora la enseñanza de niñas, sino que ha llevado a cabo con utilidad tareas que ensayamos por lujo.

No es Ángela aquella joven cuya existencia inútil no puede sostenerse en el mundo sino a expensas del exclusivo sacrificio del hombre. La pereza no ha degradado, con sus consecuencias inmediatas, el noble aliento que anima el alma de la doncella inteligente y altiva. Si la calidad de la poetisa ofrece un obstáculo en España para ser elegida por compañera de un hombre, tampoco necesita de su merced, y mucho menos habiendo tenido la envidiable suerte de vivir en Cataluña, donde el trabajo no humilla sino que eleva. [...]

Ángela está en Madrid y escribe sin descanso. ¿Pero dónde imprimirá sus obras? ¿Qué suerte le aguarda? ¿Hallará en Madrid la protección que obtuvo en Barcelona?"<sup>18</sup>.

Sí, ¿dónde imprimiría? ¿Quién iba a valorar sin prejuicios y en igualdad su trabajo? Tal era el miedo que Carolina Coronado también había sentido en Madrid, recién instalada en 1851.

Pronto descubriría que el oficio por ella elegido, y esa independencia que le sucedía, conllevaban grandes sinsabores, en un combate casi diario contra una sociedad española no acostumbrada a tales libertades femeninas. De un lado estaba la calumnia, que era uso frecuente en los ambientes literarios de Madrid, feroz sobre todo con las escritoras: "sagaz, activa, fecunda, ladina, astuta, hipócrita, invisible" —diría— que "amarga los triunfos" y "coloca una espina en cada laurel" de cualquier autora. De otro se hallaba el insufrible afán lucrativo de los editores, que abusaban del trabajo de las escritoras, y que empleaban el talento de las mujeres en su propio beneficio, haciéndolas meras obreras, siempre listas para "abastecer con volúmenes de escritos la prensa de un especulador". Según expresaba

la Coronado “la literata de profesión” aparcaba el sosiego siempre necesario para alcanzar la calidad literaria, vencida por las prisas de quien debe escribir por encargo, asfixiada por los estrechos plazos establecidos en contrato, atenazada por las disputas profesionales con los hombres, y vigilante del trabajo de los cajistas, pues esa “literata de profesión” estaba obligada a acudir a la imprenta día y noche a fin de corregir las pruebas convenientemente. Era también la profesional que tantas otras veces debía ocupar el tiempo reservado a la creación en pleitear con los editores o en denunciar a las gaceticillas. En fin “una disputa de codicia”, una “la literatura convertida en fábrica de libros”<sup>19</sup>.

Y allí, entre cajistas y editores, ella comenzó a firmar los primeros contratos con algunos periódicos, o a reforzar los compromisos literarios que había iniciado en 1850. Convino así entregar artículos y novelas a Fernando Corradi, director de *El Clamor Público*, el conocido diario progresista, que, es bien sabido, dedicaba un espacio destacado al folletín en el faldón inferior. En un primer momento la Coronado le anunció que editaría en su periódico una novela titulada *Los dos rivales* pero finalmente, y a pesar de haber sido publicitada en el diario, decidió dar a la estampa otra distinta: *Luz*<sup>20</sup>.

Mucho más intensas fueron las relaciones con las diversas empresas de Ángel Fernández de los Ríos, quien ya había editado, y con enorme éxito, las novelas *Jarilla* y *Adoración* en 1850, en la conocida colección divulgativa de su propiedad, la “Biblioteca Universal”. Ligaba a Carolina un dilatado vínculo literario con Fernández de los Ríos, quien además, muy recientemente, había escrito unos apuntes biográficos sobre la almendralejense que, acompañados del retrato realizado por Sevil, fueron publicados en el *Semanario Pintoresco* el día 14 de abril de 1850. Este popular y leidísimo periódico (donde ocasionalmente, ya desde 1847, Fernández de los Ríos había editado poemas de la escritora), se atrevió a publicar *Los genios gemelos* en 1850, el primer ensayo de una serie fallida, que resultó ser todo un escándalo y que contó en ese mismo medio escrito con la violenta y

machista reacción de Antonio Neira de Mosquera<sup>21</sup>. De igual modo *La Ilustración*, el subtulado *Periódico Universal* propiedad también de Fernández de los Ríos, había acogido otras obras de la extremeña en 1850: las dos primeras entregas de la proyectada *Galería de poetisas* (en concreto las páginas sobre Robustiana Armiño y Ángela Grassi), *Un diálogo entre dos ingenios el día de difuntos: Larra y Espronceda*, o la contestación de la autora a la carta de Ramón de Navarrete. En poder de Ángel Fernández de los Ríos se hallaban asimismo, ya en abril de 1850, los primeros capítulos de otras dos novelas *La Sigea* y *La exclaustrada*. La primera sería publicada en el *Semanario Pintoresco Español* entre abril y julio de 1851; sin embargo, nunca se editó *La exclaustrada*, una novela “de tono satírico y festivo”, que así fue calificada por el director del periódico<sup>22</sup>. Por tanto, el número 26 de la calle madrileña de Jacometrezo se convertiría en uno de los establecimientos más frecuentados por la autora.

No obstante, con Fernández de los Ríos tenía entre manos un proyecto de mayor envergadura: la edición de las *Poesías* en la “Biblioteca Universal”, que se publicarían en 1852 y que, antes de ser impresas, tenían el éxito asegurado. Por tanto, durante el año de 1851 Carolina Coronado ultimaba las correcciones de los breves libros de poemas que, ligados cada uno por un hilo temático distinto, iba a dar a la imprenta en un plazo cercano bajo el título de *Poesías*. Retocaba y mudaba versos, seleccionaba o desechaba poemas, pues no se le escapaba la importancia de aquella edición en ciernes. Hubo de acostumbrarse a escribir con cierta falta de luz natural y con el ruido constante de los carruajes que circulaban sin tregua en la calle donde vivía. Hubo de habituarse también a los aires fríos del Guadarrama, y sobre todo a convivir con la ausencia de Extremadura, la del encanto del huerto familiar y la del gozo de los encinares de Bótoa. Era el alto precio que debía pagar por alcanzar sus sueños. Y escribió:

“Son los días tristes de Madrid. Tristes para mi alma. El cielo está sombrío, los árboles secos, Guadarrama cubierto de nieve.

Yo por la vez primera paso el invierno en Castilla, lejos de mi madre, sin ver mi huerto que aún en enero ostenta grato verdor y sin oír sus aves que jamás emigran. Por la vez primera escribo desde estos gabinetes donde no penetra el sol y entre el estruendo continuo de los carruajes”<sup>23</sup>.

Aquel invierno estaban siendo escasas las fiestas que habitualmente se celebraban en los salones de Madrid, donde se reunía lo más granado de la Corte, incluidos, claro está, los escritores de renombre. Lutos y enfermedades habían anulado, mermado o restado esplendor, a las recepciones de la condesa de Montijo, de los condes de Casa-Bayona y Campo Alegre o del marqués de Miraflores y con cierta expectación se aguardaba que el próximo carnaval ayudara a contrarrestar esta escasez de refinados bailes y reuniones sociales, que tanto debía apetecer Carolina Coronado<sup>24</sup>. Pasados unos años, ella misma se convertiría en una de las mejores anfitrionas de Madrid, primero en la calle Rejas y luego en su residencia de Alcalá. Entonces su presencia fue tan habitual como codiciada en los bailes y reuniones sociales organizadas por aristócratas, banqueros, políticos y altos empresarios establecidos en la Corte, sean las del director de la Banca Rothschild, Daniel Weisweiller, las de los Álvarez de Toledo y Silva, las de los Zavala, los Osma, los Stopford, etc<sup>25</sup>. No sabemos cuáles fueron exactamente los salones privados que la extremeña disfrutó en aquel primer invierno madrileño; ignoramos incluso si llegó a frecuentarlos. No albergamos, en cambio, duda alguna de su regular asistencia a los teatros de la Corte, que tanto ansiaba gozar desde que abandonara Madrid en otoño de 1850, sobre todo de la temporada de ópera en el Teatro Real, donde se interpretaron aquel mes de enero *Il barbiere di Siviglia*, *La straniera*, *L’elisir d’amore*, *La Sonnambula* y *La Cenerentola*.

¿Cómo no iba a acudir al Teatro de Oriente para escuchar a Marietta Alboni, a Erminia Frezzolini, a Giorgio Ronconi o a Italo Gardoni? ¡Ella, que con tanto pesar se había perdido la inauguración del Real,

aquella tan esperada *Favorita* que pusieron en escena las mencionadas *prime donne* italianas! La sabemos allí, entre aquel público que se levantaba de los asientos, frenético de entusiasmo, prodigando infinidad de bravos y aplausos a la “sublime Alboni”, entre aquel público que tenía el privilegio de gozar de una primera temporada, y de tal altura, en el recién inaugurado coliseo lírico<sup>26</sup>.

¿Cómo iba a dejar de asistir al *Don Álvaro o la fuerza del sino* que se representaba en el Teatro Español? ¿Cómo no acudir a las zarzuelas del Teatro del Circo o a las diversas piezas escénicas o de danza que ofrecían el Teatro de Variedades o el del Instituto?<sup>27</sup> Basta leer la carta que escribiera a Ramón de Navarrete, o la dirigida a su amiga Ángela Grassi, o el texto dedicado a Gertrudis Gómez de Avellaneda, para conocer hasta qué punto, y con qué pasión y entusiasmo, Carolina Coronado frecuentaba todos y cada uno de los teatros y espacios escénicos madrileños<sup>28</sup>; basta recordar el amor que sentía la almedralejense por el arte dramático, su trayectoria en el Liceo de Badajoz como autora, actriz y directora teatral, y sus esfuerzos por elevar el nivel de las representaciones en la capital pacense. ¿Cómo no iba a estar presente en todas y cada una de las representaciones, si ella misma había estrenado su obra *El cuadro de la Esperanza* en la capital de España, exactamente en el Teatro del Liceo, y ante la presencia de toda la familia real ya en 1849?<sup>29</sup>.

Y aquellos mismos días de enero de 1851, su primer enero en Madrid, casi a diario, los periódicos publicaban noticias de mayor o menor extensión acerca de los caminos de hierro y concretamente sobre los fastos que rodearían la cercana inauguración del ferrocarril de Madrid a Aranjuez. Tras cinco años de espera, aquel “volar humano” se hacía realidad. En las tertulias, en los salones y saraos madrileños, en los pasillos de los teatros que frecuentaba Carolina Coronado, no se hablaba de otra cosa. Existían algunos privilegiados que ya habían probado aquel medio de locomoción y con enardecimiento de aventureros describían las experiencias del prodigio o los

percances acaecidos en el trayecto. Durante el mes de diciembre de 1850, al menos en una ocasión, José de Salamanca y Vicente Bayo habían invitado a un grupo nutrido de personas a realizar en privado el viaje, quizás a modo de ensayo final. En los seis coches del tren, donde se dieron cita los 150 pasajeros el 30 de diciembre de 1850, iba también un nutrido grupo de señoras. La dirección de la empresa del ferrocarril hubo de salvar el primer percance nada más salir, pues uno de los vagones se salió de la vía con gran sobresalto para los viajeros, pero el privilegio que luego gozaron, la novedad del moderno transporte, el día de primavera que les acompañó en diciembre, y el almuerzo ofrecido en Aranjuez por José de Salamanca transformó en humo, quizás en hazaña, aquel pequeño incidente en la salida<sup>30</sup>.

Hasta el 9 de febrero, día de la apertura oficial, todos los periódicos dedicarían un espacio casi diario al entonces extraordinario acontecimiento y desde luego a las líneas férreas proyectadas en España<sup>31</sup>. A menudo el asombro de los redactores de noticias se colaba entre sus líneas, mientras transmitían a sus lectores la información detallada sobre aquel inigualable progreso que se acercaba a Madrid:

“El número de personas que pueden viajar es increíble. Suponiendo que salen seis convoyes de ida y vuelta, aunque podía ser mayor el número [...] se podrá trasladar de un punto al otro en las doce horas de sol seis u ocho mil personas”<sup>32</sup>.

Algunos periódicos, como *El Observador*, pusieron a la venta, a modo de suplemento, guías ideadas para ese nuevo usuario del ferrocarril. Contenían una información detallada sobre las tarifas y los horarios, la descripción de la obra ejecutada y, desde luego, una breve descripción del Real Sitio de Aranjuez y de las poblaciones en las que el tren se detenía: Getafe, Pinto, Valdemoro<sup>33</sup>. Estas guías turísticas, como la más extensa de Francisco Nard, podían adquirirse en muchas librerías de Madrid (Cuesta, Monier, calle Mayor, Carrera de San Jerónimo, etc.) y también en las distintas estaciones del tren<sup>34</sup>.

Los días previos al acto de apertura de la línea, que con gran pompa iba a inaugurar la familia real, los lectores fueron conociendo múltiples detalles sobre las personalidades que irían en los distintos coches (jefes de palacio, ministros, miembros de las Secretarías de Despacho, del Tribunal Supremo de Justicia, del Consejo Real, del Ayuntamiento, Diputación de la nobleza, del clero, etc.), los adornos con los que se engalanarían las calles de Madrid desde el palacio real hasta el andén de la puerta de Atocha, los decorados también previstos en las cuatro estaciones existentes hasta llegar a Aranjuez, la música elegida, entre un sinfín de pormenores<sup>35</sup>. Con posterioridad a la inauguración, muchos periodistas cubrieron ampliamente la noticia del singular e inolvidable hecho histórico acaecido en Madrid ese día 9 de febrero, si bien la más completa, laudatoria y minuciosa crónica fue redactada por Antonio María Rubio, secretario de la reina madre, que fue publicada en *La España* el 11 de febrero de 1851 sin la firma de su autor.

La ciudad se convirtió en una fiesta. Madrid al completo se apiñaba en las calles por las que pasaba la real comitiva hasta el edificio del embarcadero, una construcción nueva, provista de amplios salones y galerías, que traía el progreso al lugar donde antes existiera un campo de hortalizas y un tímido arroyuelo. Tras la familia real un número “prodigioso” de carruajes conducía a otras mil personalidades que habían sido invitadas a realizar el viaje. Todas las fuentes de Madrid corrían, por deseo expreso de la reina. Apenas quedó espacio para acoger a la muchedumbre, que llegaba hasta las inmediaciones de la estación de Atocha a pie, a caballo, o en calesa, y que vitoreaba a Isabel II entre una desbordada algarabía. A las once de la mañana la reina fue recibida en el embarcadero por la junta de gobierno de la empresa del ferrocarril, con José de Salamanca a la cabeza. El extremeño Juan Bravo Murillo, presidente del Consejo de Ministros, fue el encargado de acompañar a la familia real hasta los improvisados tronos, frente a los cuales se había colocado un altar, desde donde el cardenal arzobispo de Toledo bendijo el camino de hierro. Luego, un grupo de voces coreó la marcha real.

Además de las mil invitaciones que se giraron para realizar el viaje ese día, se habían enviado otras cinco mil tarjetas destinadas únicamente para ver el acto. Numerosos escritores y periodistas contaban con aquella distinción y también gozaban de ella un número nutrido de señoras. Se había destinado el espacio íntegro de un andén para ubicar a las damas, en un lugar privilegiado, justo enfrente del palco real, de manera que fueron testigos de la subida de la reina a la locomotora "Isabel", engalanada toda ella con guirnaldas de flores. El ingeniero Pedro Miranda, director de caminos, tendría el honor de conducir aquella máquina. Allí, al pie de la noticia, entre lágrimas y vítores, en el andén destinado a las señoras, estuvo también Carolina Coronado, esa mujer que abrigaba desde hacía muchos años una vocación de reportera moderna, esa mujer que, en opinión de Valera, siempre quería enterarse de todo<sup>36</sup>.

Lo cierto es que ella, dispuesta a gozar siempre de cuanto pudiera regalarle la vida, se apuntó presta a experimentar las sensaciones de viajar en aquel hijo del progreso, en aquella "fiera que devoraba el espacio y bramaba"<sup>37</sup>. No podía aguardar mucho tiempo (¡cómo iba a aguardar Carolina!), de manera que al día siguiente de la inauguración oficial, el mismo 10 de febrero, se personó en la estación de Atocha para tomar el tren de las 12. Si bien, al encontrarse la taquilla cerrada por la rigurosa puntualidad del servicio, hubo de realizar la excursión un día después. Aquella mañana podían ya verse cerca del apeadero un sinfín de tenderetes con frutas, verduras y otros artículos de los campesinos que habían salido en el tren de la seis de la mañana desde Aranjuez para vender sus productos en la capital. El hecho causaba admiración por la rapidez con la que también los labriegos arancetanos se habían sumado al adelanto<sup>38</sup>. No faltaban tampoco quienes, bajo el disfraz de prestidigitadores, escondían intenciones menos festivas, y subían al ferrocarril para apropiarse de los efectos de algunos viajeros distraídos por el espectáculo. Rodeada de este ambiente, novedoso y bullanguero, Carolina compró su billete para las 12 horas (de primera clase, por supuesto), y

acompañada de algunos amigos, entre los que se encontraba Nicomedes Pastor Díaz, su gran admirador, subió al tren. Ella misma nos relató la experiencia:

“Vivísimos deseos tenía yo de viajar en ese elemento que tan magnífico me había parecido el día de la inauguración cuando pasó arrebatando a un trono y a un congreso para transportarlo a Aranjuez en menos de sesenta minutos. Todo había contribuido el día de la inauguración a hacerme formar una grata idea de las locomotoras, y me decidí a hacer mi viaje al segundo día. Pero llegué medio minuto después de haberse cerrado el despacho de billetes y tuve que renunciar a mi deseo, quedando no obstante encantada del orden y método de un establecimiento donde se apreciaba medio minuto. Ahora, mi querida amiga, madrugué un poco más y llegué al embarcadero a las once y media. A las doce debía salir el último convoy, y mi proyecto era almorzar en Aranjuez y volver a las cuatro. Esto era muy sencillo, habiendo ya *ferrocarril*. Llenos de impaciencia nos dirigimos a nuestro coche, que debía estar a la cola del convoy, por ser de primera clase; pero no lo hallamos. Allí estaban los de tercera. Maravillados de esta singularidad empezamos a discurrir qué motivo había para semejante colocación; pero un compañero de viaje nos sacó de la duda, diciendo:

—Los de primera deben estar delante.

—¿Por qué, amigo?

—Porque en los toros sucede lo mismo. Los asientos de preferencia están delante.

—¡Ah!, ya, Vd. considera esto como una función de toros, y cree que se debe estar cerca de la máquina para ver mejor lo que pasa, por si por un azar revienta. Es decir, que aquí se paga más, mientras más cerca se está del peligro, y que los ingleses son unos estúpidos porque ponen a los pobres delante. Se juzga que los ricos son los que deben ir delante, para que se los lleven los demonios. No deja eso de tener filosofía...”<sup>39</sup>.

Imaginamos la emoción de la extremeña, que algunos años antes, allá en 1846, junto a sus compañeros del Liceo de Badajoz, había celebrado la próxima llegada del ferrocarril a su tierra, dando cabida en las páginas de *El Guadiana* a numerosas noticias y artículos de opinión sobre los proyectados caminos de hierro en Extremadura; la emoción de quien acaso recordara en 1851 que incluso ella misma había elogiado por escrito en 1846 a quienes iban a hacer posible el advenimiento del ferrocarril<sup>40</sup>.

El día 11 de febrero debió considerarse una afortunada, porque hubo lleno absoluto en las tres salidas, la de las 10, las 11 y las 12, y muchos pasajeros hubieron de renunciar a su sueño aquella jornada<sup>41</sup>. En total la línea férrea contaba con nueve locomotoras, cinco inglesas y cuatro belgas. Estas últimas iban numeradas del 5 al 8, sin nombre alguno. Las inglesas sí portaban una cabecera. Las locomotoras se llamaban: Isabel II, Francisco de Asís, Cristina, Madrileña y Hernán Cortés. Como los símbolos eran para ella tan valiosos, se sintió algo desilusionada al percatarse que la locomotora que les conduciría hasta Aranjuez era anónima.

Esa misma noche del 11 de febrero tenía una cita con su amiga, la escritora Ángela Grassi. Iban juntas al teatro. Tiempo le sobraba, pues, según sus planes, a las cinco estaría de vuelta en Madrid. Sin embargo, todo se truncó. Los periódicos de los días 12 y 13 de febrero se hicieron eco de los numerosos incidentes que sufrieron los turistas en su paseo a Aranjuez, debido, según explicó la empresa ferroviaria, a los tornillos no convenientemente ajustados en algunos tubos.

La máquina en la que viajaba la escritora se averió y hubo de detenerse en Pinto, donde esperó hasta ser remolcada por una segunda, la "Hernán Cortés", lo cual dio como resultado un total de veinticuatro coches enganchados, con unas mil personas afectadas, y un retraso mayúsculo; un retraso acrecentado en el viaje de vuelta porque aquel día también el rey había decidido desplazarse a Aranjuez

y sufrió idéntico percance, de manera que, por razones de seguridad y protocolo, hasta que no se solventó este incidente, el tren donde viajaba Carolina hubo de aguardar detenido en la vía, en mitad del campo, durante horas.

El incidente, recogido en algunos periódicos, como *El Católico*<sup>42</sup>, contó con una cronista de excepción, la propia Carolina Coronado, que relató la experiencia en un divertidísimo artículo, en el que explicaba a Ángela Grassi, a todos sus lectores, el justificado motivo por el cual había incumplido con su cita teatral. Fue publicado en *La Ilustración* el 15 de febrero, no sin una nota previa del periódico en la que se justificaba la inclusión del artículo, quizás a deshora, pues les constaban las duras medidas que ya habían sido tomadas por la empresa del ferrocarril tras estos sucesos, medidas que incluyeron el despido de todos los ingenieros belgas, a quienes se hizo responsables del fracaso<sup>43</sup>.

La precariedad de los medios de transporte españoles y el estado lamentable, o el atraso, de nuestras vías de comunicación, serán frecuente objeto de crítica por parte de la Coronado, una crítica siempre sazónada con el espléndido sentido del humor y la viva ironía de la escritora. El asunto se colará en abundantes páginas de su obra literaria, tanto en los artículos periodísticos cuanto en algunas de sus novelas, siendo quizás el ejemplo más singular (también la reivindicación más extremeña) la carta que publicaría en *La Discusión* el 17 de junio de 1857 dirigida al director del periódico, y que rescató de su centenario letargo la doctora Fanconi<sup>44</sup>. No obstante, en el artículo escrito para *La Ilustración* en 1851, so pretexto de relatar el incidente ferroviario, y criticar la precariedad del medio de transporte recién inaugurado, Carolina Coronado denunciará sobre todo el general desprecio e ingratitud de los españoles con la memoria de sus hijos ilustres, y en particular su pesar por la dejadez y desidia de las autoridades hacia la figura de Hernán Cortes, que nada habían hecho para impedir el derribo de su casa en Medellín<sup>45</sup>.

Pero por aquellos días las calles de Madrid comenzaban a adquirir un ambiente festivo bien distinto al que la novedad de la línea férrea había originado. Las tiendas se convertían en almacenes de disfraces, las polcas sonaban en las tertulias y de noche el pueblo se divertía bailando y cantando en las plazas, enmascarado. El carnaval arrancaba en la ciudad siempre antes de la fecha señalada en el calendario y teñía las calles con los colores ocasionales de la permisividad. Mientras, la alta sociedad, apenas anticipaba, sino con algún baile aislado, la próxima fiesta, y reservaba para carnestolendas todos los saraos<sup>46</sup>. Una vez hubo llegado ese tiempo, la clase madrileña más refinada y aristocrática, se entregó con verdadero ardor a la celebración, tanto en sus fiestas privadas, como en las calles, protegida por el anonimato de la mascarada. El jolgorio hasta altas horas de la madrugada, los juegos de gimnasia y equitación que ofrecían las comparsas, la piñata y el entierro posterior de la sardina, cobraron tales proporciones ese año de 1851, que ocasionaron algunas dimisiones políticas y la petición añadida de su supresión del carnaval por parte del vicario<sup>47</sup>. Por otra parte, la moda que imperó aquel año fue el disfraz femenino para los hombres, y pocos eludieron travestirse. De manera que todos los bailes celebrados en los salones (los de Oriente, Villahermosa, el Liceo, La Cruz, la Juanita o la Carrera de San Francisco), todas las calles y paseos se tornaron en un universo de aspecto femenino<sup>48</sup>.

Carolina Coronado vivía aquel primer carnaval en Madrid, no sin cierto estupor por los extravíos de mal gusto y la miseria interior que, a su juicio, Madrid manifestaba esos días. El Paseo del Prado era un reguero de hombres travestidos. Nunca, escribía Ramón de Navarrete, la extravagancia y la excentricidad, habían llegado a tan alto punto<sup>49</sup>. Una de aquellas noches, una mascarada de señores de clase alta, con fama de cultos, hizo su entrada en el sitio más público de la Corte, en el salón del Prado y, para asombro de nuestra escritora, lo hicieron ataviados con ropa interior femenina. Escondidos tras sus máscaras, humillaban: “¿No eres tú la que escribes unos artículos

muy malos? —preguntó uno de ellos a la extremeña— ¿Y para qué escribes? ¿No conoces que es una bobada? Carolina renuncia a esa manía que te ha dado; mira que te lo aconseja un amigo”.

Con sarcasmo, la escritora refería:

“Al menos merced a estos disfraces se oía la voz de la verdad. El mundo no se quita la careta sino cuando se la pone. Mientras cada uno va con su cara descubierta, todos mienten. Al instante que la ocultan, se muestran tales como son. Muchas verdades se oían en el Prado”<sup>50</sup>.

La noche última del carnaval de 1851, el martes 4 de marzo, tras recorrer varios salones (el de Oriente, el Prado), la Coronado finalizó en el jardín del Paraíso (un espacio hoy ocupado por una parte de las calles Hermosilla y Alcalá), donde había un quiosco de música para la celebración de bailes al aire libre. Muy de madrugada, casi al amanecer, desde la colina donde estaba ese jardín del Paraíso, mientras contemplaba, como si fueran reptiles zigzagueantes, la turba embriagada que recorría todo el centro de Madrid, ella estaba ideando un magnífico artículo de costumbres, con el magisterio de Larra en su cabeza. Sabía que muchos de aquellos hombres y mujeres enmascarados aguardaban, trasnochados, para marchar al canal del Manzanares y asistir allí por la mañana a la representación del entierro de la sardina, donde ya, en miércoles de ceniza, comparsas y gentío terminaban bailando entre el olor de los escabeches, los buñuelos, el vino y toda suerte de golosinas preparadas en tenderetes para la diversión del pueblo<sup>51</sup>.

El prado del canal ofrecía aún ese día y en ese tiempo el bullicioso cuadro que podemos revivir a través de la genialidad de Goya. Pero antes del alba, las aguas del canal devolvían el cuerpo de un joven poeta de veinte años, José de Iza. El día 8 de marzo Ramón de Navarrete informaba a sus lectores de esta tragedia en la leidísima sección de *La Ilustración* “Revista de Madrid”:

“En medio de la alegría y del bullicio de la semana, un deplorable, un trágico acontecimiento ha venido a recordarnos todas las miserias y todos los dolores de la vida humana. En el sitio mismo donde las turbas de enmascarados se entregaban al placer y a la broma, allí donde resonaba su atronador guirigay, allí donde la gran parte de la población madrileña comía, reía y bailaba, un joven infeliz, un desventurado poeta, el Sr. Don José de Iza, ponía fin a su temprana existencia arrojándose al canal. Ignoramos los motivos que pueden haber influido en tan desesperada solución [...] En aquella obra, la postrera del señor Iza todo es triste, todo amargo, todo lúgubre; el título *Hasta la muerte* no puede ser más fatídico [...] presentado al Teatro Español poco antes de tan horrible catástrofe”.

Pero Carolina Coronado no se limitó simplemente a describir la crónica del suceso con el afán informativo de su colega, sino que ahondó en los motivos de aquella muerte, y con toda crudeza, abierto el corazón sobre el papel, reflexionó sin tapujos sobre la dura realidad de una sociedad que, al perder los valores, crea suicidas. El 11 de marzo los lectores de *El Clamor Público* se encontraron con un magnífico artículo de corte costumbrista, pero no en la descriptiva clave de Mesonero, no con el tono de “crítica festiva” del cronista (Mesonero *dixit*), sino con la dureza y el sarcasmo, también con la profundidad, que, catorce años después, encontraremos en los artículos de Benito Pérez Galdós. En el texto de Carolina apenas hay reflujo de aquel “Martes de Carnaval y Miércoles de Ceniza” (1839) de Mesonero Romanos y sí nos parece brisa literaria en anticipo de la célebre columna de Galdós, “Revista de la Semana”, en *La Nación*<sup>52</sup>. De hecho, algunas de las reflexiones de la Coronado, como la referida poco ha (“Al menos merced a estos disfraces...”), nos llevan inevitablemente al genio del canario. Júzguenlo ustedes mismos refrescando las palabras de Galdós:

“En el Carnaval que dura tres días hay un poco más de verdad, porque siquiera hay franqueza en la mentira, se predispone a

todo el mundo a ser víctima de un engaño y no se coge des-  
prevenido a nadie. Al ver la careta de cartón, se espera una  
broma, que a veces suele ser una verdad como un templo,  
aunque no se reciba como tal, sino como una feliz ocurrencia  
del fulanito, menganito o quienquiera que sea el que se  
adivina tras el antifaz”<sup>53</sup>.

Es más, con todos mis respetos hacia el gran Galdós, aun siendo  
similar el cierre de los dos artículos, me parece sin duda superior el  
colofón que ideó la extremeña. Es el suyo un cuadro de metamorfo-  
sis zoomorfas, hombres insectos bajo los rayos de gas, hombres repti-  
les deslizándose sobre alfombras. Y al final, tras la monstruosidad  
animal del hombre, como en una tabla del Bosco, la muerte, en un  
verso de Espronceda. Y escribió:

“¡Gracioso cuadro! Por la tarde había parecido Madrid un  
pueblo de mujeres; por la noche parecía un pueblo de repti-  
les. Contempladas desde aquellas alturas las personas, no  
tenían más tamaño que el de las sabandijas. Veíanse de  
diversos colores arrastrarse torpemente para salir de los  
agujeros del edificio. Ora una de cola negra se revolvió con  
tortuoso giro y saltaba de un extremo a otro; ora otra verde  
se recogía como en un nido, al lado de un reptil con cuer-  
necitos de oro. Allí, como en la verde pradera bajo los rayos  
de sol, se reunían en breve espacio, sobre la alfombra, bajo  
los rayos de gas, grupos de diferentes insectos, y bullían y  
se dispersaban y se volvían a reunir, hasta que la luz empe-  
zó a extinguirse. Entonces salían para ir al canal, no como  
el malaventurado poeta a arrojarle en él, sino a celebrar  
una fiesta, a enterrar la sardina. Los mismos árboles que  
presenciaron las últimas congojas del muerto, presenciaron  
la embriaguez de los vivos; y las oraciones piadosas que  
se rezaron por su alma a la orilla del canal fueron estrepiti-  
tosas carcajadas.

*Que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!”<sup>54</sup>.*

Benito Pérez Galdós escribiría:

“Las parejas enfebrecidas, ebrias de champaña, enajenadas por el entusiasmo coreográfico, sofocadas por el calor de los alientos y el estimulante de las palabras, se precipitaron al fin de la noche del martes, describiendo una confusa voltereta, y cayeron en tropel a las puertas de la Cuaresma, en cuyo frontispicio ha escrito la religión, con ceniza, este horroroso lema:

*Memento homo quia pulvis eris...*”.

Y abundando más, la extremeña, no solo presentaba el cuadro moral del Madrid en el que vivía. La crítica social, o el ataque concreto a los vicios y ridículos del carnaval, era el contexto literario para llegar al interior de un ser humano concreto, al alma del joven poeta Iza. Tengo para mí que por primera vez alguien describía, en un breve artículo, la insoportable angustia de quien sufre acoso moral o psicológico, y cuya última consecuencia puede ser el suicidio de la víctima. En dos párrafos del artículo censura la Coronado las descalificaciones que hubo de soportar Iza, las burlas que atentaban contra la propia dignidad. “¿Qué derecho tenía el vulgo para burlarse de él?”, se preguntaba. Iza no estaba loco, como muchos expresaron tras conocerse el suicidio. Le espantaba la frivolidad del mundo y se sentía solo, falto de afectos, sin fe: “no creía en el amor, en la amistad ni en la gloria”. Desde su artículo Carolina arañaba el corazón de quienes le rodearon, pero también el de las propias autoridades políticas. Hay un valiente ataque a la censura ejercida desde el poder porque —expresaba la extremeña— José de Iza necesitaba derramar sobre el papel sus angustias y no se lo permitieron. No era la primera vez ni será la última que la extremeña arremeta contra quienes impedían la libertad de expresión. En septiembre de 1850 salía el primer número de *La Víbora*, el periódico satírico fundado por el joven Iza, y no bien estuvo en manos de sus primeros lectores, fue retirado por la junta censora<sup>55</sup>. Ignoramos las razones exactas de aquella intervención, si bien se decía que Iza había sido especialmente virulento con

personajes muy representativos. Es sabido que la Real Orden de 15 julio de 1850 de la Gobernación del Reino sobre la Imprenta, había estrechado las anteriores de 10 de abril y 6 de julio de 1845, por considerar el conde de San Luis que la prensa era el único peligro capaz de turbar la paz alcanzada. Se impedía, entre otras cosas, la publicación “de acto alguno privado sin consentimiento previo de la persona o familiares interesados”.

Carolina Coronado explicaba a sus lectores:

“Iza abrigaba en su corazón el veneno de la sátira; no pudo derramarlo escribiendo, y le abrasó las entrañas. *La Víbora*, fundada por él, hubiera dado un desahogo a su espíritu concentrado; la prohibieron y se mordió a sí misma. Su enfermedad era temible. Era la del inmortal Larra; pero más activa, no le permitió vivir hasta los treinta años. A los veinte lo destruyó. Si hubiera podido resistir algunos años más a la calentura de su ingenio, no se suicidara; pero era todavía un niño con pasiones de poeta. [...] Y se tiró al canal. Ese es el tipo de nuestra juventud. Posee talento y no tiene constancia; atesora ambición y no tiene paciencia; desafía al inmenso Atlántico y naufraga en una charca; canta con soberbia y muere con ignominia; aspira a la gloria del héroe, y busca la tumba del sapo”.

Y Madrid se despidió del carnaval, exhausta por la embriaguez condensada en tres amaneceres encadenados e insomnes. El vicario amenazaba con la conversión de una ciudad en un espacio escueto para el esparcimiento en salones y teatros, toda vez había exigido que se prohibieran las representaciones de obras escénicas sin contenidos religiosos. No obstante, Madrid se resistió. Los salones más aristocráticos, como el de Montijo, continuaron celebrando, sin abstinencia, bailes concurridísimos y durante el mes de marzo la temporada del Real prosiguió con sus éxitos (*Ernani*, *La fille du Régiment*, *Beatrice di Tenda*); el Teatro del Circo acogió danza y ópera cómica

(*La Jarara* de Antonio Ruiz o *La Picaresca*, con las “bailaoras” Nena, Vargas y Petra Cámara); el Teatro del Instituto aplaudió clásicos (*El sí de las niñas*); el de Variedades vibró con la interpretación de Matilde Díez y Romea (*Amor de madre* o *La mojigata*), y el Teatro Español puso en escena la obra *Isabel La Católica* de Rubí. Pero una noticia conmocionó a todos los madrileños: el cierre del Teatro Español a inicios de abril de ese año, una vez decidiera el Gobierno retirar la pequeña subvención que ayudaba a su mantenimiento. No faltó quien, desde las posiciones más retrógradas, mudó aquel suceso en un castigo divino, por no haber respetado el tiempo de cuaresma, ni las órdenes del vicario, y no escasearon tampoco las lenguas destructivas de quienes, al quebrar la empresa que gestionaba el Teatro de Variedades y el del Circo, vaticinaron el mismo exterminio apocalíptico para el resto de los espacios escénicos<sup>56</sup>.

La Coronado, junto a sus compañeros y amigos de profesión, se dolía de aquellos turbulentos momentos para el teatro en Madrid, pero, a la par, no le faltaban satisfacciones literarias. Tal fue ver impresa su novela sobre Luisa Sigea, una narración que había iniciado a escribir en Extremadura en 1849, tras su estancia en Portugal aquel verano, y que dedicó a su prima Natalia Falcón<sup>57</sup>. El día 6 de abril salió la primera entrega en el *Semanario Pintoresco Español*, ocupando el espacio donde poco antes Gertrudis Gómez de Avellaneda había editado *Dolores*.

¡Cuánto admiraba Carolina a la dama toledana y cuánto, quizás más, a la infanta doña María! Una mujer independiente, inquieta, cultísima, rodeada de eruditas, eje y mecenas de aquella “universidad femenina” establecida en una corte, donde un día se reunieron también Joanna Vaz o Paula Vicente; una mujer que, desde muy joven, con solo 16 años, había decidido vivir por su cuenta, en casa propia, y que también voluntariamente eligió la soltería, pese a las muchas presiones. Era la infanta María un exponente elevado de “esa raza de mujeres fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya producción es un

canto, una oración, una poesía, un perfume como el de aquellas mujeres que no dan semilla". "No pidamos a estas mujeres —expresaba Sigea en la novela de Carolina— amor para un esposo, porque sólo darán un suspiro, una lágrima, y huirán. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado a luz las otras mujeres. No las pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes"<sup>58</sup>.

Es imposible no hallar cierta proyección de la propia Carolina sobre algunos de los personajes femeninos de sus novelas<sup>59</sup>. Poco tiene que ver ello con la fácil o simplista interpretación autobiográfica, que casi siempre tiende a buscar en los sucesos concretos vividos por los protagonistas los trasuntos de la vida real del narrador, con todo el peligro que ello entraña y la sobrada dosis de imaginación que va cosida a ese riesgo exegético. Nos hallamos en otro plano al sugerir tal proyección. Estamos ante una deliberada búsqueda por parte de la novelista de modelos de singularidad femenina, que tanto desde la historia (Luisa Sigea) como desde la invención (Luz) nos sitúen ante la dificultad extraordinaria que para una mujer significa vivir de manera independiente, sobre todo si esa mujer ha de sufrir la soledad, la marginación o la incomprensión que conlleva haber elegido el camino de ser erudita o artista. Desde la satisfacción, desde el orgullo incluso, escribe Carolina en defensa de esas mismas mujeres, las del siglo XVI o las del siglo XIX, las de cualquier siglo, esas que, gracias a la educación y el estudio, no han vertido su existir en moldes siempre iguales y obligados; esas que viven en la elevada conciencia de ser voluntariamente distintas y de poseer un espíritu más elevado merced a la constancia de nunca claudicar.

Y esa mujer del siglo XIX, esa mujer de treinta años, escritora e independiente, en su gabinete de Madrid, escribía una nueva novela sobre una huérfana pintora de Sevilla. Era abril en Madrid. Era abril también en el Alcázar hispalense. Allí iniciaba la narración Carolina, en aquella embriagadora atmósfera. Traía a sus páginas un ambiente

conocido por ella, que se iba tornando en una prodigiosa fecundidad floral: las pasionarias azules, los jazmines dobles, las rosas, el azahar. Mientras escribía una inquietud le azuzaba, un deseo, un afán... Los periódicos, que desde el mes de octubre de 1850, servían puntuales noticias de una exposición universal en ciernes, ahora, sobre su mesa, un día tras otro, en ese mes de abril, eran un constante reclamo, una invencible tentación, que se agigantaba por jornadas, y que tenía el nombre de Inglaterra<sup>60</sup>.

Como todo Madrid, ella conocía bien los pormenores. En 1849 la Real Academia de Artes londinense acordó la celebración de una exposición de productos industriales ingleses. Una vez se elaboró el diseño de la futura muestra, la Academia elevó su propuesta al príncipe Alberto, quien no solo avaló con entusiasmo el proyecto sino que animó a la institución organizadora para que ampliase el objetivo originario y convocase una exposición universal. La pretensión era convertir a Inglaterra en el centro del mundo durante unos meses. El 3 de enero de 1850 se constituyó la comisión organizadora y se designaron los miembros de la junta directiva de la futura exposición universal, que se llamó de Hyde Park, puesto que sería allí, en el hermoso parque londinense, donde se habría de construir el edificio que albergara la muestra. Con tal fin, se abrió una suscripción para recaudar fondos que superó todas las expectativas. La primera donación fue de la reina Victoria. La junta directiva de la muestra universal fijó como fecha para la inauguración la primavera de 1851.

Se convocó un concurso de arquitectura para diseñar el edificio que albergaría la exposición universal, al que se presentaron un número alto de proyectos, pero finalmente la solución ideada por el paisajista autodidacta Joseph Paxton, por su carácter innovador, por su equilibrada armonía con el entorno y por ser la propuesta más económica, resultó, por unanimidad, vencedora. Era un enorme pabellón de hierro y vidrio, de 600 metros de longitud, construido con elementos prefabricados y con evidente dependencia en sus formas de la propia

experiencia de Paxton en la construcción de elegantes invernaderos. En agosto de 1850 se marcó el terreno donde se levantaría el futuro “palacio de cristal”. A principios de enero de 1851 el edificio estaba prácticamente construido y a partir de entonces la prensa fue dando noticias de los productos industriales ingleses que allí se convocarían y de los convoyes que, con objetos procedentes de muchos lugares de Europa, incluidas las colonias en América o en Asia, iban llegando a Londres<sup>61</sup>. Bélgica, algo celosa, anunciaba que, de manera paralela, organizaría otra exposición universal, la de Bellas Artes, cuya inauguración tendría lugar en el mes de agosto.

París, Bruselas, Londres... Mientras escribía en su gabinete madrileño, y le llegaban los aromas conocidos de un patio sevillano en abril, soñaba con aquellos otros aromas, lejanos e ignotos de Europa. Y en aquel gabinete, a vueltas con Sevilla y el afán romántico del viaje, Carolina Coronado está dando vida a sus personajes. Hace conversar entre sus páginas a Lucía, una aristócrata pelirroja, alegre y locuaz. Ha ido a visitar a su amiga, la baronesa de Patria. Se queja aquella de la excesiva constancia o control de su marido. De pronto, sin esperarlo, el esposo ha aparecido en Sevilla so pretexto de tratar una obra de ingeniería, lo que se llama un “paseo”. Lamenta la pequeñez de su espacio y expresa sus deseos de viajar a Europa, a las ciudades donde va la gente distinguida:

—Dime —continuó ésta— ¿qué sucede?

—¿Pues no lo viste anoche? Julián ha venido sin avisarme y cuando menos lo esperaba. Yo me quedé pasmada cuando le vi entrar en el baile.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Nada, que no me quiso avisar por darme una agradable sorpresa.

—¿Y a qué viene?

—Lo que se llama a dar un paseo. A tratar de la canalización del Guadalquivir.

—¡Oh pues eso sería muy bueno!

—Muy bueno si se realizara; pero con esto sucederá como con los caminos. ¡Jesús!, tiemblo al pensar que tengo que volver a la corte, ¡y mi marido se empeña en que he de marcharme con él! En vano le he dicho que el clima de Madrid es fatal a mis nervios [...] A todo me responde que es preciso marchar; porque está inquieto en mi ausencia, temiendo que mis achaques se agraven y que no tenga las comodidades que necesito.

—Pruebas de interés...

—¡Oh, calla!, un marido constante es un monstruo.

—Lucía me da pena oírte.

—¿Qué sabes tú lo que es tener a tu lado un tirano como el mío?

—Sí, pobre tirano que te permite gastar cuánto se te antoja y que no se opone a ninguno de tus caprichos, incluso el de dejarte viajar bajo tu palabra.

—¡Gran viaje! ¿A los Puertos?

—¿Pues dónde querías ir?

—A donde va todo el gran tono... A París... A Bélgica...

—¿Las mujeres solas?

—Solas con sus damas y con sus amigos<sup>62</sup>.

Y sí, viajar, una mujer puede viajar con sus amigos, con sus damas... ¿Por qué no? ¿Qué mal había en ello? París, Bruselas, Londres... Londres, Londres... he aquí la pregunta obligada en aquel mes de abril en Madrid: "¿Irás usted a Londres?". Bastaba abrir un periódico, cualquiera que fuese, para encontrar la seducción, tentadora, irresistible, de un viaje organizado a Londres. Algunas casas, como la establecida en la Carrera de San Jerónimo, o como la empresa Saavedra y Riberolles, ofrecían un tour de treinta y dos días, en primera o segunda clase, con una estancia de una semana en París, asegurando no solo la coordinación de todos los medios de transporte (diligencias, trenes, vapores)

sino también las entradas para espectáculos y las visitas a Versalles, el cementerio de Saint Denis, Sevres, entre tantos otros lugares. Incluían el trayecto desde Calais a Dover, y luego la travesía por el Támesis, la visita guiada a los principales monumentos, las entradas a la exposición universal, a teatros y, por supuesto, el alojamiento durante diez días en hoteles distinguidos. Otras empresas realizaban propuestas para una estancia más larga y las había también más económicas, con la oferta de una semana en París y otra en Londres<sup>63</sup>. Aquellas y estas casas de viajes insistían en que era necesario efectuar la reserva antes de finalizar abril y que apenas quedaban plazas... Bastaba salir en Madrid a pasear por el Prado, o asistir a cualquier salón, espectáculo o tertulia, para avivar el deseo. Siempre había corrillos que comentaban apasionadamente aquella oportunidad única para realizar un viaje estival por Europa. Tanto es así que Ramón de Navarrete solía incluir en su columna del periódico esta fiebre epidémica que por viajar a Londres se apoderaba de la clase alta en La Villa y Corte:

“La Alboni salió de Madrid el lunes último, en la diligencia de Bayona, con dirección a Londres, donde debe ejecutar la ópera que Auber ha escrito expresamente para ella con el título *La canastilla de Naranjas* durante la próxima exposición de la industria universal<sup>64</sup>.

Este grande acontecimiento que con justo motivo preocupa no solo a todos los gobiernos, sino a las clases acomodadas de los más opuestos países del mundo, comienza a ser el tema de las conversaciones en la capital.

—¿Qué hace usted el próximo verano? ¿Va V. a Londres? He aquí la pregunta obligada que la gente *comm'il faut* se dirige; y a pesar de los buenos deseos de cada uno, pocos serían los que se decidiesen a emprender tan largo y tan costoso viaje, a no ser por cierto anuncio que ha aparecido en los periódicos y en las esquinas, y que ha causado tanta animación como alegría. La acreditada empresa de Saavedra y Riberolles va a aclimatar entre nosotros los llamados *trains de plaisir* que tan

prósperos resultados dieron los dos años últimos en París; y por la cantidad de 5.000 reales en primera clase, y de 3.500 en segunda, se encarga de llevar a los viajeros de Madrid a Londres, haciéndolos pasar ocho días en la capital de Francia, diez en la de Inglaterra, y volviéndolos a conducir a esta corte, todo en el breve espacio de un mes.

Aventurado como es siempre vaticinar el éxito de una especulación cualquiera, parécenos sin embargo seguro el de esta. ¿Quién por suma tan insignificante, que apenas basta para pasar dos semanas en las orillas del Sena, no querrá ir a contemplar el maravilloso palacio de cristal? ¿Quién por doscientos y cincuenta duros se negará la satisfacción de bailar una polka en Mabilly; de comer una vez siquiera en la famosa pescadería de Greenwich, de hablar después del *boulevard* y de la Chaumier; de la *cité* y de Regent Street, de Picadilly y la rue Vivienne? [...] A estas horas es tan considerable el número de personas inscritas para hacer la expedición a Londres que muy en breve no podrán admitirse más pedidos de primera clase [...] En cuanto se verifiquen las carreras de caballos, señaladas esta vez para los primeros días del mes próximo, comenzará la dispersión de la buena sociedad madrileña. Mucha parte de la antigua aristocracia irá a Londres, aunque ya se supone que no en los modestos *trains de plaisir*; casi todos nuestros banqueros y fabricantes se disponen también a examinar el magnífico espectáculo que ofrecerá la monstruosa exhibición de Hyde Park.

Pero antes, aunque por breve espacio, se poblará de huéspedes esa linda villa flamenca, sentada en los márgenes del Tajo, alegre y florida como las ciudades andaluzas; antes irá todo el mundo a pasar quince o veinte días en Aranjuez, mansión de la poesía y de los amores”<sup>65</sup>.

¿Cómo iba ella a resistirse a una tentación tan al alcance de sus posibilidades? ¿Cómo desaprovechar una ocasión así, que quizás no volviera a repetirse? No hubo de vacilar mucho en tomar la decisión: iría a Londres; iría sí, sola; sola no, con sus amigos. Haría realidad el

anhelo por viajar que desde adolescente había ido agigantándose en sus adentros, hasta casi devorarla en ansiedades.

Todo cuanto, día a día, iba conociendo acrecentaba su fascinación por el evento londinense. Se comentaba en los periódicos que la reina Victoria inauguraría la exposición el día 1 de mayo y que cinco órganos sonarían de manera acompasada para deleitar a los visitantes; siempre habría música en directo, y a los órganos sucederían los pianos, interpretando selectas piezas; se adelantaba que el ambiente estaría perfumado por exquisitos aromas, gracias a la instalación de un artilugio que los dispensaba con esmero, y que era muestra de los avances industriales ingleses; se adelantaban algunas descripciones de objetos maravillosos llegados de las colonias británicas: tronos de marfil, delicadísimas sedas, joyas de extrema belleza... Se calculaba en 17.000 la cifra de expositores. ¿Y ella iba a quedarse en Madrid? ¿Por qué? ¿Por la sola razón de que una mujer no pudiera viajar sin la compañía decorosa y estrechamente establecida por los rígidos y ridículos usos sociales?

Y una vez más la intrépida Carolina Coronado saltó. Quizás ya entonces, antes de finalizar el mes de abril, la extremeña reservase su pasaje con la empresa Saavedra y Riberolles. Pero no un pasaje cualquiera, sino el más extenso, el que incluía un tour añadido por Bélgica y Alemania.

A través de Ángel Fernández de los Ríos conocía nuestra escritora la dejadez de los industriales españoles. El 18 de enero, desde las páginas de *La Ilustración*, el director del periódico había pedido a los expositores nacionales que facilitaran la relación y dibujos de los productos que iban a exhibir en Londres para promocionarlos de manera gratuita en sus páginas y, para asombro del editor, no había obtenido respuesta alguna. Sabía también que, a diferencia de lo que ocurría en otros países, los periódicos no contarían con apoyo gubernamental alguno para la difusión del evento y era consciente de que *La Ilustración*, por falta de medios, no tendría

tampoco un corresponsal en la muestra londinense. Lo cierto es que, excepto *El Observador* —muy ocasionalmente—, y *La España*, ningún periódico español cubriría desde Londres aquella destacada muestra. Por lo que respecta al periódico *La España* se trató de un golpe de fortuna, ya que uno de sus principales redactores, Ramón Echevarría, había sido comisionado por el Gobierno para ser cronista de la muestra de Hyde Park y comenzó a publicar unas extensas cartas en *La España* que muy pronto, por desgracia, se interrumpieron<sup>66</sup>. Allí estaba desde el mes de mayo, también en misión oficial y alojado en casa de Richard Ford, Pascual Gayangos, quien aprovecharía su larga estancia para visitar las bibliotecas inglesas con el fin de elaborar repertorios bibliográficos y copiar documentos y noticias que fueran de interés para la historia de España; estaba allí también Ramón de la Sagra, vicepresidente de la muestra londinense, con su credencial habilitada desde abril y quien hasta el mes de junio, con una cachaza injustificable, no elaboró el folleto de 88 páginas que recogía los productos españoles presentados en la exposición londinense<sup>67</sup>.

El 17 de mayo Fernández de los Ríos anunciaba en *La Ilustración* que su periódico iba a realizar un esfuerzo importante para estar a la altura de las otras “Ilustraciones” europeas, las de Londres, París o Leipzig. De entrada ofreció a los suscriptores el grabado del palacio de cristal de Hyde Park, y algunos artículos dispersos procuraron evaluar o describir la Exposición Universal de Londres. Incluso en versos satíricos, poco afortunados, González de Tejada acercó a los lectores de *La Ilustración* una particular visión de la misma<sup>68</sup>. Pero el propósito de Fernández de los Ríos era inalcanzable. Sin medios económicos era más que difícil asemejarse al periódico galo que le servía de inspiración. *L'Illustration* francesa, desde el mes de mayo hasta la conclusión de la muestra, dedicó magnos especiales, uno por cada número, al evento. Extraordinarios grabados mostraban las piezas expuestas, desde los más novedosos aparatos industriales a las manufacturas de porcelana más delicadas; armas, telas, muebles,

cristales o joyas, procedentes de todo el mundo iluminaban el periódico. Un corresponsal de *L'Illustration*, Émile Bères, se había instalado en Londres aquellos meses para cubrir con detalle el evento, y como *L'Illustration* harían los grandes medios de prensa galos. Blánqui, por ejemplo, fue el corresponsal de *La Presse*, quien, por cierto, criticó sin miramientos el atraso de España, a todas luces patente en la exposición de Londres.

Fernández de los Ríos necesitaba un corresponsal si no quería depender de las crónicas francesas o inglesas, o de las que otros periódicos, como *La Nación*, remitían a sus redacciones; si no quería pedir disculpas (como de hecho hizo) por las imprecisiones o errores que cometía al anticipar o difundir noticias de segunda mano sobre la muestra. Fue el momento en el que Carolina Coronado debió proponerse como corresponsal en Londres, o al menos ideó viajar allí con la excusa de apoyar la empresa periodística de Fernández de los Ríos. Se anticipó con ello a otra escritora española, Emilia Pardo Bazán que, es bien sabido, sería cronista en la Exposición Universal de París en 1889.

Y no iría sola. Su editor y amigo, el director y propietario de los periódicos *Las Novedades*, *La Ilustración* y el *Semanario Pintoresco*, también se desplazaría con ella hasta Londres para servir luego a sus lectores todas las noticias sobre la magna exposición. A buen seguro Carolina y Fernández de los Ríos debieron acordar que, a su regreso, *La Ilustración* publicaría las crónicas literarias de la escritora sobre la exposición universal, las de quien podemos considerar la primera reportera del periodismo español. Quizás el viaje de la Coronado fuera financiado en una parte por el propio periódico.

Pero mayo iniciaba y la extremeña, absolutamente aclimatada a los usos de la clase alta madrileña, también abandonó Madrid para pasar una temporada en Aranjuez. El ferrocarril había propiciado que se adelantase un mes la temporada en el Real Sitio, y ya en abril Madrid estaba “triste y abandonado de la buena sociedad”. Había

quienes iban a pasar el día, para almorzar en las célebres fondas de París, la Regina o Athané, o para curiosear las novedades, como la obra del gran hotel que proyectaba Salamanca; pero la mayoría se había establecido en Aranjuez para gozar una larga temporada del esplendor de la primavera, para disfrutar sin prisas de los jardines, los paseos, los toros, las carreras de caballos en el hipódromo, los estrenos teatrales, las serenatas nocturnas o los bailes organizados por Salamanca. Con este propósito se dieron cita, ya en el mes de abril, la duquesa de Alba, la de Sanlúcar, la marquesa de Alcañices, la condesa de Almildez, de Cervellón, o las señoras de Weissweiller, de Carini, de Villagonzalo, de Casa-Bayona, etc. “Aranjuez —escribía Navarrete— es por el momento la verdadera capital de las Españas hasta mitad de junio”<sup>69</sup>. Entonces las familias acomodadas marcharían de allí rumbo al norte, bien a gozar del maravilloso clima del País Vasco, bien a Biarritz, a París o a Londres<sup>70</sup>. ¡Londres! Algunas aristócratas ya habían partido incluso en mayo: la condesa de Montijo con su hija, los marqueses de Portugalete, el duque de Osuna o el conde de Tilly<sup>71</sup>.

Debido a su embarazo, Isabel II no se desplazó a Aranjuez, tal como solía ser costumbre llegado el mes de mayo. Sí lo hizo la reina madre, María Cristina, quien ya estaba allí el día dos del mismo mes. Pronto llegaron al Real Sitio otras señoras distinguidas, bien solas, bien con sus familias. Tales eran la princesa Carini, la familia del duque de Gor, la de la condesa de Velle, la del marqués de Miraflores, la marquesa de Vega Armijo, la condesa de Oñate y, desde luego, nuestra Carolina Coronado, a quien los periódicos mencionaban expresamente entre aquella relación de nombres aristocráticos. Ello nos ilustra muy bien sobre el tipo de relaciones sociales de la extremeña y, desde luego, sugiere el atractivo que suponía su presencia o la curiosidad que despertaba esta mujer que a pocos debía dejar indiferentes<sup>72</sup>.

Carolina, que no desaprovechaba ocasión alguna, pidió audiencia a María Cristina de Borbón. Quería entregarle personalmente sus

libros impresos y regalarle algunos inéditos. La entrevista le fue concedida con celeridad. El día 7 de mayo la reina madre recibió a la célebre hija de Almendralejo en el palacio de Aranjuez. Puede que, entre aquellas composiciones manuscritas que regaló a la madre de Isabel II, se encontrase el soneto que la Coronado había compuesto en 1839, con motivo de una fiesta organizada en su honor una vez hubo finalizado la primera guerra carlista, y cuyo primer verso inicia: “Ya el enemigo de la patria mía”.

Imaginamos los nervios y la enorme satisfacción de nuestra paisana y presuponemos también su malestar inmediato al ser informada de que, pasadas dos horas desde aquella audiencia, María Cristina de Borbón había sufrido una aparatosa caída al bajar de su carruaje, cuya consecuencia fue la fractura en una pierna<sup>73</sup>. Aunque la intervención médica practicada fue exitosa, Aranjuez recibió esa semana al rey y a distintos miembros del Gobierno que vinieron a visitar a la reina madre, lo cual acrecentó aún más el movimiento ya de por sí importante de la villa, una villa en la que la escritora extremeña fue siempre tan feliz.

Ignoramos si Carolina Coronado se desplazó a Badajoz durante el mes de junio para despedirse de los suyos antes de partir a Londres. Es posible. Lo cierto es que, al menos en compañía de Ángel Fernández de los Ríos, se hallaba ya en Burgos el 7 de julio, camino de París. En una de sus primeras páginas *La Ilustración* publicaba que el propietario del periódico se había marchado a Inglaterra con el fin de cubrir de manera directa y fiable la Exposición Universal de Londres<sup>74</sup>. No fue por tanto el de nuestra paisana un viaje debido a motivos de salud, ni tampoco un capricho costead por su padre, ni menos aún un melancólico recorrido, como algunos críticos han afirmado. ¡Poca melancolía derrama el texto que nos ocupa! Son consideraciones que, en el fondo, no dejan de esconder su punto de machismo y que, por otra parte, no poseen soporte documental alguno. Sana, vigorosa y decidida emprendió el camino organizado

por la compañía de Saavedra y Riberolles y quizás, en su equipaje de mano, portase la guía editada por la empresa y escrita para la ocasión por Antonio María Segovia: *Manual del viajero español a París y Londres*<sup>75</sup>.

El viaje y las visitas que realizó Carolina Coronado, así como los espectáculos y bailes que gozara, nos son perfectamente descritos en el programa editado por la empresa de viajes. Era un recorrido turístico completísimo, que contaba además con una excursión a Versalles<sup>76</sup>. Disfrutó de París desde el 13 al 21 de julio de 1851. Conocemos el día exacto de su partida gracias a Juan Donoso Cortés. El entonces embajador español recibió en la legación diplomática a su amiga extremeña el 20 de julio y ese mismo día escribió a Gabino Tejado (quien, según Juan Valera, anduvo un tiempo perdidamente enamorado de Carolina), indicándole que la escritora partía para Londres el 21 de julio<sup>77</sup>.

Ignoramos qué ruta, de las tres más habituales, todas por ferrocarril, fue la realizada por la Coronado hasta llegar al Canal de la Mancha: la de Boulogne para embarcarse allí hasta Folkstone; la de Calais para atravesar el Canal hasta Dover o la de Dieppe para tomar en ese lugar el vapor que pasaba a Newhaven (Brighton)<sup>78</sup>. Si hemos de creer en la publicidad de la empresa de viajes, el trayecto que se ofrecía ya desde el mes de abril consistía en la travesía del Canal hasta Dover<sup>79</sup>.

Sea como fuere, y tras disfrutar del bellissimo espectáculo del Canal (a decir de los viajeros cuajado de buques de casi todos los países del globo), Carolina Coronado llegó a Londres, quizás a bordo del vapor que surcaba las aguas del Támesis. Una vez más, gracias al detallado programa impreso de la compañía Saavedra y Riberolles, podemos conocer las visitas y excursiones realizadas por la extremeña y todos los pormenores del itinerario durante los al menos diez días de permanencia en Londres. Tres jornadas íntegras estaban destinadas a recorrer la Exposición Universal de Hyde Park<sup>80</sup>.

Conclusa su estancia en Inglaterra, dilató su viaje ocho días más, ya que regresó a España por Bélgica y Alemania y, además de Bruselas, visitó Colonia y realizó un crucero por el Rhin hasta Mannheim, donde ansiaba gozar de “los deliciosos puntos de vista que ofrec[ían] sus risueñas y magníficas riberas”<sup>81</sup>. Algunos viajeros españoles, como Modesto Lafuente, habían descrito el orden, la comodidad y confort de los vapores que ofertaban el recorrido por el Rhin. Lafuente expresaba:

“A fe que no he visto servicio más regularizado que el de los vapores del *Rín*: sobre haberlos en abundancia, con buenas cámaras, buenas fondas, comidas diferentes, precios fijos, horas de salida marcadas y seguras, y buen orden en las jornadas, hay la ventaja de que con un solo billete pagado de una vez se puede recorrer todo el *alto y bajo Rín*, deteniéndose lo que a cada viajero acomode o convenga en cada pueblo, volviendo a presentarse en cualquier otro vapor en que quiera continuar su navegación, en el cual le admiten a la presentación del billete sin que por él tenga que pagar algo de nuevo; pues siendo los vapores de una misma empresa, han querido dejar toda esta libertad al viajero, que de ello se da por muy contento, porque se ahorra una porción de incomodidades”<sup>82</sup>.

Desgraciadamente no han llegado a nosotros las impresiones de Carolina Coronado sobre Inglaterra, Bélgica y Alemania. No obstante, sabemos al menos a través de dos fuentes (Ángel Fernández de los Ríos y un redactor anónimo de *La Ilustración*), que la autora extremeña había dedicado el grueso de sus epístolas a la descripción de la naturaleza del norte de Europa y a las tradiciones y leyendas de la cuenca del Rhin. Quizás bajo el estímulo de las *Impresiones de viaje* de Alejandro Dumas, en sus evocaciones a las náyades, ondinas, genios buenos y malos que poblaban las aguas del río, que vivían en “Las orillas del Rhin”<sup>83</sup>, la Coronado recreó también esas mismas

“orillas encantadas” del nórdico río, “llenas de ficciones populares y de castillos mágicos, de seres fantásticos, de cantos tradicionales, que resuenan aún entre aquellas montañas, entre las cuales se espera encontrar a los héroes de tantas leyendas, evocados por el continuo recuerdo de los habitantes”<sup>84</sup>.

Pero ella, tan amante de España, tan patriótica, evocando su viaje por Europa diez años más tarde, no pudo sino exaltar, muy por encima de toda aquella cultivada civilización del norte, la luz y la naturaleza de su tierra, el clima y el mestizaje de los pueblos que han conformado a sus gentes. Y escribió:

“No vamos una vez a Francia, a Inglaterra, a Alemania, a cualquier país del continente, que no tornemos ansiosos de ver nuestro sol y de respirar el aire de nuestra tierra. Una tristeza continua nos oprime el corazón todo el tiempo que estamos bajo la niebla de estos horizontes, que nunca se ven despejados. Si creímos de buena fe los cuentos de algún viajero, y fuimos pensando hallar bellezas superiores a la de la nuestra en tierras extrañas, luego vemos que habíamos abusado de nuestra credulidad, y que España era más bella que todas.

En medio de los prodigios del arte que ha convertido en jardines los campos del Norte, la vegetación nos parece fría e inanimada bajo los rayos pálidos de un sol que no la vivifica. Sus flores no nos embriagan como éstas que brotan en nuestros eriales, ni aquellos frutos madurados con calor artificial nos parecen tan gustosos como los de nuestros árboles bravíos”<sup>85</sup>.

Tras dos meses ausente, Carolina Coronado llegó a Madrid en septiembre, antes del día 13<sup>86</sup>. Con ella arribaban también Ángel Fernández de los Ríos (director de *La Ilustración*), Vicente Urrabieta, el célebre dibujante (entonces colaborador del mencionado semanario), y Ramón de Navarrete, columnista habitual del periódico.

*La Ilustración* comunicaba a sus lectores la llegada de todos ellos. A su vez insistía en los esfuerzos económicos realizados por el periódico, al haber desplazado hasta Inglaterra a sus corresponsales, para cubrir con todo lujo de detalles las noticias y acontecimientos que se habían sucedido en la exposición londinense desde que fuera inaugurada. Avisaba el periódico que Ramón de Navarrete retomaría su exitosa sección, tan leída por el público femenino: “Revista de Madrid”; que el director iniciaría sus crónicas sobre la muestra de Hyde Park el día 20 de septiembre, y que irían acompañadas por los 300 grabados de Urrabieta, quien durante su estancia en Londres había dibujado los objetos más singulares de la exposición así como distintos pabellones del Palacio de Cristal<sup>87</sup>; por su parte, Carolina Coronado pondría la guinda literaria a todos estos números especiales, mediante una crónica del viaje en forma epistolar que el periódico anunciaba el 13 de septiembre:

“*La Ilustración* comenzará también a publicar en el número próximo una preciosa colección de cartas de viaje que con el título *Un paseo desde el Tajo al Rhin, descansando en el Palacio de Cristal* está ordenando la señorita Doña Carolina Coronado. Esta nueva producción de la inspirada poetisa será leída, estamos seguros de ello, con igual o mayor gusto que las que anteriormente han salido de su elegante pluma. El viaje de la distinguida escritora, que es una lindísima colección de impresiones poéticas mezcladas con leyendas y tradiciones de Bélgica y Alemania, viene a completar la reseña que vamos a hacer del Palacio de Cristal, al cual consagra la autora buena parte de su escrito. Para que *La Ilustración* consignara bajo todas sus fases el gran acontecimiento universal de este año, sólo faltaba que un talento tan brillante como el de la señorita Coronado sacara partido de él bajo el punto de vista poético. *El paseo desde el Tajo al Rhin* será espléndidamente ilustrado con grabados del mayor interés”.

Y así fue. Desde el 27 de septiembre de 1851 hasta el 21 de febrero de 1852 los lectores del periódico recibieron por entregas la particular “crónica” de aquel viaje, con abundantes y hermosos grabados iluminando el texto de la extremeña.

Los sucesos personales que irrumpieron en la vida de la escritora, es decir Horacio Perry, ocasionaron la interrupción de aquellas entregas epistolares y en consecuencia la posibilidad de habernos legado íntegra una de sus mejores obras literarias.

## UN PASEO DESDE EL TAJO AL RHIN DESCANSANDO EN EL PALACIO DE CRISTAL

### *Claves del epistolario*

La inquietud creadora de Carolina Coronado la había impulsado a experimentar todos los géneros literarios entre 1839 y 1851, todos excepto uno: el epistolar. Bien es verdad que una sola carta puede constituir en sí una unidad cerrada, como es, o puede serlo, un poema, y a ese conocimiento y seguridad se había aferrado la autora, junto a la versatilidad de la epístola, para ensayar tímidamente este género en la, si se me permite, contaminación genérica de la carta y el artículo periodístico<sup>88</sup>.

Pero hasta el otoño de 1851 la Coronado no había ideado trazar una narración elaborada y extensa, unitaria y estructurada, con un planteamiento meditado, dentro de los cauces del género epistolar y por ende en la consideración de una tradición literaria precedente muy rica en ejemplos.

Los propósitos e intencionalidad de la obra se condensan en “la carta prólogo” que antecede al conjunto de las epístolas seriadas. Es ella misma, la propia Carolina, quien en esas breves líneas enmarca en el género epistolar las impresiones de un viaje por Europa al llamar expresamente “cartas” al conjunto.

En primer lugar, y como también primera intención armónica y unitaria, en la referida carta-prólogo se nos desvela el receptor único de las epístolas, Emilio, hermano menor de la escritora. Emilio es, por tanto, un personaje real pero un personaje necesario, no tanto en la perspectiva psicológica de la emisora, que lo es, cuanto (y esto es lo verdaderamente relevante) en el trazado literario que anima la obra. En ello, en la necesidad de que Emilio sea un personaje también literario, sobre todo literario, como veremos, la obra camina plena y medítadamente en la creación y, a pesar de arrancar de un planteamiento supuestamente símil, se aleja de la autora inglesa Maria Wilson, quien en 1837 publicó las impresiones de su viaje por Andalucía y el norte de África en forma epistolar, dirigidas a su hermana pequeña, Fanny: *Spain and Barbary. Letters to a young sister during a visit to Gibraltar, Cadiz, Seville and Tanger*, que fueron editadas en la londinense imprenta de John Hatchard and son.

Pero conviene destacar que al participar a los lectores quién es el receptor concreto de sus cartas, Carolina Coronado nos sitúa intencionadamente en el camino literario de las epístolas privadas, cuyo primer teórico (bien sabido es), heredero de una amplia tradición anterior, y tan citado por los grandes humanistas como Pedro de Valencia, fue Demetrio, en unas consideraciones acerca del género epistolar incluso en su tratado sobre la elocución, *De elocutione*, cuya cronología imprecisa se cifra entre los siglos II y I a. C<sup>89</sup>. Ello es, caminamos en las coordenadas de una preceptiva clásica, dominada, hasta la Edad Media, por una casi total ausencia de normas, siempre escuetas, siempre en los cauces de una apetecida, amable, y quizás necesaria libertad, para un género que en la tradición grecorromana solo adquiere grado literario si contiene los elementos propios de esa privacidad o, si se quiere, de la intimidad de quien escribe. Demetrio, Cicerón, Plinio el Joven, Quintiliano, pseudo-Libanio, o Julio Víctor, entre otros, coinciden en señalar, o en sugerir, el carácter cercano a la conversación que es esencia de la epístola. Coinciden también

en apuntar el sentimiento que impulsa esa “especie de plática por escrito”: la ausencia, la separación de dos personas que mitigan la necesidad de dialogar a través de una carta.

Eso sería en principio, en raíz, o en tradición (recogida por la extremeña a través de manantiales indirectos), el *Paseo* de Carolina Coronado: una conversación familiar con su hermano ausente, sin olvidar que ha de escribir como si estuviera en su presencia<sup>90</sup>.

Aquí y allá, desde la segunda carta, encontramos los numerosos vocativos dirigidos al receptor, intercalados en sus epístolas, mediante los cuales, junto a otros recursos estilísticos, esa cercanía preceptiva se torna realidad escrita, y, a la par, es uno de los hilos que confiere unidad al tejido del conjunto literario:

“Hasta aquí ¿qué he de decirte, Emilio, de la jornada de hoy?  
¿Quieres que te traiga por un hilo la historia de los romanos  
y los griegos sólo porque he visto ruinas al pie de Briviesca”<sup>91</sup>.

Por tanto, la leve definición del género y el largo camino del cauce epistolar concreto vienen a determinar el estilo, la finalidad, o la materia de las cartas, también de la Coronado, también para la Coronado.

Respecto al estilo, el carácter familiar, privado, fraternal en este caso, y la cercanía del género con la conversación, imprimen los caminos y virtudes de las epístolas. Tal como la preceptiva sobre la *elocutio* venía marcando desde siglos, las cartas de Carolina Coronado están impregnadas de sencillez o llaneza cuando el asunto o la cercanía lo requieren, cuando la proximidad literaria con el ausente en un párrafo concreto precisa de los recursos literarios que nos acerquen la intimidad esperada, el lenguaje ordinario, coloquial. A la vez, en aras a la adecuación signada por la preceptiva, al abordar asuntos sociales, literarios o políticos, o al reflexionar sobre ideas o sentimientos más elevados con el receptor (en este caso Emilio es un receptor universal, somos todos y cada uno de sus lectores), el estilo

adopta un matiz más elaborado, un ornato con tintes a veces cercanos al ensayo, otras al relato breve, a la autobiografía, todo sazonado por la ironía, la frase sentenciosa, la comparación, la antítesis, la paradoja o la hipérbole...

El conjunto epistolar se mueve, de manera íntegra, en la necesaria brevedad, en la medida, que no en el laconismo. Hemos de expresar que esta limitación impuesta por la tradición doctrinal se adecuaba felizmente al soporte elegido para la publicación de las cartas, ya que la prensa exigía también al escritor unos forzosos límites de extensión para el texto. Por otra parte, esa misma restricción debida al espacio del periódico, obligaba a una concisión conceptual que Carolina Coronado dominaba con holgura y en la que la extremeña alcanzaba los recursos literarios más fértiles y lúcidos.

Emilio es además un niño y las cartas de la Coronado cobran una función que podría presuponerse preceptiva para los lectores habituales de la escritora extremeña, para aquellos que conocían los entresijos de su trayectoria creadora. Para ellos Emilio se tornaba, se torna, en un guiño de coherencia intertextual y se sabían, nos sabemos, en el camino de un personaje transitado, e inmersos en un diálogo y unas pautas lectoras bien conocidas.

Es cierto que desde los más lejanos testimonios de epístolas familiares, como las de Cicerón a Quinto (*Epistulae ad Quintum fratrem*) hasta los más cercanos a la cronología de la Coronado, las del padre Isla (*Cartas familiares del P. Joseph Isla a su hermana Doña María Francisca de Isla y Losada y a su cuñado Don Nicolás de Ayala, 1755-1781*) o las de Juan Andrés (*Cartas familiares del abate Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés dándole noticias de un viaje que hizo por varias ciudades de Italia en 1785*), nos son conocidos repertorios privados de correspondencia filial<sup>92</sup>. Pero no es menos verdad que las diferencias respecto al epistolario de la extremeña son ciertamente sustanciales. Algunos, como los de Cicerón o el padre Isla, nacieron para la intimidad y el secreto entre emisor y el destinatario; jamás se escribieron con

el ánimo de alcanzar una difusión más ancha que la del ámbito doméstico. Hasta tal punto es así que, en repetidas ocasiones, Cicerón alude al temor de que sus cartas puedan ser leídas o interceptadas por alguien distinto al receptor concreto<sup>93</sup>. Otros que, como el de Juan Andrés, sí fueron preparados meticulosamente para la imprenta —aunque él y su hermano se empeñaran en manifestar lo contrario—, son dechados de erudición, en los que el género, en el sentido literario más estricto, se diluye en aras de la ilustración, en el interés de proporcionar al lector culto una densa guía con noticias artísticas, literarias, culturales, tan propias del siglo XVIII<sup>94</sup>. Por más que manifestara su apego emocional con las cartas familiares de Madame de Sévigné<sup>95</sup>, por la naturalidad y frescura de la autora francesa, Juan Andrés fue incapaz de escapar de su contexto, en el que además los detractores de las epístolas familiares contaron con tan altos representantes como el propio José Cadalso<sup>96</sup>.

En una perspectiva bien distinta a la de todos estos epistolarios entre hermanos, hemos de encuadrar el de Carolina Coronado.

Desde el plano autobiográfico hallamos una casual similitud con la autora inglesa Maria Wilson, quien, debido a la diferencia de edad con sus hermanas, Fanny y Louise, había sido —así se nos dice en el prólogo del epistolario— una “segunda madre” para ellas y se había ocupado de la educación de las niñas. También Carolina Coronado había asumido, con verdadera devoción, idénticos cuidados y tareas pedagógicas tras el nacimiento de su hermano Emilio, casi dieciocho años menor que ella. A un lado los detalles autobiográficos, que son de menor interés para lo literario, el planteamiento entre ambas autoras guarda una ligera semejanza, en cuanto a los sentimientos de los que nacen, o sobre los que se hilvanan, las cartas: la ausencia, el afecto filial (a veces casi materno) y el aprendizaje de los menores a través de las nuevas realidades que van descubriendo mediante la conversación epistolar con ellos sostenida por sus hermanas distantes.

Las dos escritoras apenas se detienen en detallar los monumentos que visitan: les interesa mucho más la descripción del paisaje natural, rural o urbano, el estado de las vías de comunicación, los detalles antropológicos, sociales, las costumbres. Cuando su viaje las conduce a escenarios históricos señalados (Trafalgar, La Barrosa, Fuenterrabía, San Marcial, etc.) ambas sugieren a sus hermanos que consulten los mapas, los libros de texto o, en el caso de Wilson, los propios esquemas que ella había elaborado en su papel de maestra<sup>97</sup>. No obstante, mientras que en las cartas de la Coronado se omiten al completo las explicaciones de hechos históricos, Wilson sí asume su papel de docente y pide a sus hermanas que presten atención al relato histórico con el que va a ilustrarlas.

A pesar de la cercanía, es notoria la superioridad global de la Coronado, tanto desde luego en la forma, cuanto en la altura de sus planteamientos, pues las cartas de la inglesa (cuyo fin, según Wilson, era ser “útiles y agradables”) no se elevan del ejercicio epistolar hacia el plano auténticamente literario en la concepción más estrecha del género sobre el que venimos extendiéndonos. Porque Emilio (ya lo apuntamos) no es como para la autora anglosajona, el solo hermano receptor; Emilio no solo es elemento de cohesión en el tejido de la obra, sino que también se torna en un eslabón coherente respecto a la producción anterior de la Coronado y nos vuelve, en una deleitosa continuidad para sus lectores, a un temprano cuaderno poético de la escritora extremeña, “A mi hermano Emilio”, un libro de poemas que no fue publicado hasta 1852, en la recopilación que de su obra realizara Carolina Coronado para la colección “Biblioteca Universal” de Ángel Fernández de los Ríos.

El mencionado cuaderno poético está formado por siete composiciones, fechadas entre 1844 y 1846, a las que se añadió en la edición de 1852 la traducción al francés del poema “El mundo codicioso” realizada por Jaume Cabanellas (1847).

Emilio ya había sido recipiendario de unos versos insertos en el primer cuaderno de la Coronado, impreso en el madrileño establecimiento tipográfico de Alegría y Charlain en 1843. La composición era trasunto de la que en 1840 publicara Gertrudis Gómez de Avellaneda en la revista malagueña *Guadalhorce*, “A un niño dormido”, y en ella la escritora extremeña no es sino una celosa guardiana del sueño del menor<sup>98</sup>. En el segundo cuaderno de poemas, Emilio, inquieto y feliz, se convierte ya en el interlocutor de los textos, en el *alter ego* de la escritora, con el que dialoga, y al que ella procura orientar. Es un poemario pedagógico en el que la edad del receptor permite utilizar a la autora registros lingüísticos y métricos que provocan una atmósfera de ternura, espontaneidad o amenidad en los textos. Y en esa atmósfera afectiva tan delicada, a través del aprendizaje de Emilio, la Coronado brinda a sus receptores universales una serie de reflexiones ideológicas que, de manera más profunda o desarrollada, alcanzarán continuidad en el epistolario *Un paseo desde el Tajo al Rhin* dedicado a Emilio.

Y es que Emilio, nombre real, sin duda, tiene una conexión filosófica, emocional y literaria con uno de los pensadores que más influencia tuvo en la escritora extremeña: Rousseau. Si los lectores abrigaban alguna duda sobre esta feliz y apetecida coincidencia, quedan disipadas en las páginas del epistolario, donde menciona de manera laudatoria al pensador francés, y en concreto su conocido ensayo sobre la educación: *Emilio*. Tal elogio se produce exactamente después de que la Coronado nos traslade el desprecio hacia Rousseau de un guía turístico parisino que, ensimismado con la figura de “gran Voltaire”, parecía reducir el Panteón de hombres ilustres a la sola memoria del autor de *Cándido*, por quien la Coronado sentía un evidente desprecio, que desde luego no escondía. Y escribió:

“¡Oh!, decía yo cansada de desandar gradería tras gradería, ¡qué profundo está Voltaire! Pero al decir esto me hacía cargo de que veníamos del cielo y que por eso nos parecía que Voltaire era

más profundo. Claro es que cuanto más nos hubiéramos acercado a los ángeles, más lejos habríamos de estar de Voltaire.

Bajamos por fin hasta la puerta del Panteón, que es de hierro puro. Parecióme sobrada defensa para la entrada de un osario, y pensé para mí si acaso los franceses tienen miedo de que se escape Voltaire de la tumba, cuando lo encierran con puertas de hierro como las de una prisión de Estado.

[...] La extensión del subterráneo corresponde a las construcciones del edificio superior y presenta una galería circular de bóvedas, bajo las cuales hay varios sepulcros.

Llegó el retirado a uno que estaba a la derecha, y dijo, ligeramente apuntando con su bastón: “Este sepulcro es de un poeta que se llamaba Juan Jacobo Rousseau”, y pasó adelante, como si dijéramos “Aquí yace un clérigo que se llamaba *Bossuet*”.

[...] Luego dirigiéndose a nosotros con tono solemne dijo:

“Señores, atención. [...] Este es el sepulcro del gran Voltaire. Del sabio más sabio que han conocido los siglos” [...]

Hasta aquí pude yo resistir de la sempiterna relación del panegirista, y conociendo que llevaba ánimo de continuar, me separé del círculo que rodeaba a la estatua, por no oír el resto.

Confieso que no soy blanda para juzgar a Voltaire, porque mi corazón le niega su simpatía; y no sólo le niega su simpatía, sino que le es completamente hostil.

No son sólo los escrúpulos de mi conciencia religiosa los que me impulsan a rechazar la filosofía de Voltaire, sino que también mi conciencia literaria pugna por arrancar a su corona la mitad de sus laureles que el mundo, reducido a vulgo, le concedió en su siglo desgraciado. Yo bien sé que su genio es agudo, que es original, que es atrevido, que es eminente; pero sé también que su espíritu es frío, que es seco. [...] Aquí quedan sus escritos, que guarda el pueblo francés como su mayor tesoro. No los leas nunca, Emilio. Mejor quiero que leas a Rousseau. Una obra tiene que llevar por título tu nombre, y que es tan buena como todo lo que producía su hermoso talento, combinado con su delicada sensibilidad”<sup>99</sup>.

Las pautas educativas del pensador francés habían animado buena parte de los poemas dedicados a Emilio entre 1844 y 1846. La naturaleza es el libro que la poeta campesina, la preceptora, abre a su pupilo para que juntos “lean”, a través de los sentidos, los objetos y las sensaciones que a posteriori ellos les ofrecen: las estaciones, las aves que migran, los insectos, las flores, el río, los arroyos... Emilio es un niño que se educa en el campo, lejos de las ciudades que, decía Rousseau, son “el sumidero de la especie humana”<sup>100</sup>. En algunos versos, como los de *El mundo codicioso*, la extremeña condensaba el pensamiento roussonianiano:

“¿Qué pasa, Emilio, que tan tiernamente  
amas el campo y sus misterios sabes?  
¿Por qué escondido entre las yerbas suaves  
te place contemplar atentamente  
más los insectos y saber sus nombres  
que escuchar las historias de los hombres?  
¿Qué piensas de esas piedras hacinadas  
a que llaman ciudad, que con enojos,  
apartas de ella los lucientes ojos  
y hacia los campos tornas tus miradas?  
¿Tienen de las abejas las moradas  
más perfección que esos perfiles rojos  
tan altos en los aires elevados  
y con fatigas tantas dibujados?”<sup>101</sup>.

Emilio es por tanto imagen y semejanza del otro Emilio, el de Rousseau; no en vano la Coronado llama alguna vez a su hermano “hombrecillo” como lo hiciera el filósofo galo. Carolina enseña al niño que el primero de todos los bienes es la libertad y le conduce para que no desarrolle ideas de dominio y tiranía (“El juego del niño”); le deja llorar sin consuelo porque, según expresara Rousseau, no se debe educar con exceso de rigor ni de indulgencia, ya que “sufrir es la primera cosa que se debe aprender”<sup>102</sup>. Le previene sobre la pérdida de

la independencia que acaece a los hombres cuando son arrastrados por la “ambición devoradora, por el ansia de elevar su fortuna relativa”. Mirando a la ciudad, con la ciudad al fondo del paisaje, le habla del afán desmedido de ascenso y le previene del mal de la propiedad, del dinero, por el que “la sociedad dio paso al más horrible estado de guerra”, una sociedad, “una raza entera”, decía la Coronado con Rousseau, “envilecida”<sup>103</sup>.

Si el mito del “buen salvaje”, la idealización roussoniana del hombre natural, primitivo, no contaminado por el progreso, había inspirado a la escritora extremeña para crear a una de las heroínas de sus novelas más famosas, *Jarilla*, asimismo algunas de las reflexiones del filósofo francés en materia de educación, de moral o de antropología subyacen en el epistolario que analizamos. No por otra razón, Carolina Coronado despreciará ocupar el intelecto de Emilio, el intelecto de los lectores, con la relación de sucesos históricos o con detalladas descripciones artísticas que, como ya dijimos, a diferencia de Wilson, son taxativamente despreciados en la redacción de sus cartas en varias ocasiones, elección que también, de manera expresa, habían seguido otros escritores de su tiempo al editar sus libros de viajes, como Mesonero Romanos o Sand<sup>104</sup>. La Coronado, siempre anhelante de asomar su feminismo entre los renglones, escribía sobre el referido particular:

“Dejé Angulema, abandoné Poitiers, y pasé por Tours sin haber dicho siquiera una cosa importante acerca de su historia. Pero, Emilio, si no hablo de la historia de España ¿cómo he de hablar de la de Francia?, ¿qué me importan a mí los Valois, los Guisas ni los Turenas? Nombé a Margarita de Valois y a Diana de Poitiers, porque son mujeres célebres, y con más interés recuerdo todavía a la *doncella de Orleáns*”<sup>105</sup>.

Ella lo había aprendido de Rousseau. El filósofo (también por cierto tan amante del género epistolar) desaconsejaba la formación libresca

de los menores, la memoria sola sin la reflexión, sin el conocimiento de las causas que determinan los hechos:

“Por un error más ridículo se les hace estudiar la historia: se imaginan que la historia está a su alcance porque ella es sólo una colección de hechos. Pero ¿qué se entiende por esta palabra, “hechos”? ¿Se cree que las relaciones que determinan los hechos históricos sean tan fáciles de penetrar, que las ideas se formen sin trabajo en el espíritu de los niños? ¿Se cree que el verdadero conocimiento de los hechos sea separable del de las causas, del de sus efectos, y que lo histórico se relacione tan poco con la moral que se pueda conocer el uno sin la otra? [...] No, si la naturaleza concede al cerebro de un niño esta flexibilidad que le faculta para percibir toda clase de impresiones, no es para que en él se graben nombres de reyes, fechas, términos de heráldica, de esfera, de geografía y todas esas palabras carentes de sentido para su edad y sin utilidad alguna para cualquier otra, con lo que se abruma su triste y estéril infancia”<sup>106</sup>.

Pero aún hay un detalle más en la carta prólogo del epistolario de la Coronado que nos vuelve de manera indirecta a su admirado Rousseau, y es la propia justificación del título de la obra:

“Voy, Emilio, a emprender un viaje al que llamo paseo, porque en una época de movimiento como la nuestra, en que se va a San Petersburgo como antes se iba a Carabanchel para tomar el fresco; en una época en la que se embarca para la China un aficionado al buen té por el solo capricho de beber una taza con su aroma primitivo, sería pomposo el título de viaje, aun cuando me propusiera recorrer toda Europa”<sup>107</sup>.

Cierto es que la Coronado, gran conocedora de la literatura contemporánea, había tenido presentes las palabras de Eugenio Ochoa, las de su amigo Ángel Fernández de los Ríos y, por supuesto, la obra

de Mesonero Romanos (“El Curioso Parlante”): *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*. El primero había publicado en 1844 sus experiencias en Francia, insertas en el libro *Los españoles pintados por sí mismos*, donde, entre otros particulares, expresaba el afán de viajar que a mitad del XIX dominaba a los españoles<sup>108</sup>; Ángel Fernández de los Ríos en su *Itinerario* incluía las rutas terrestres y marítimas que el viajero español debía practicar si deseaba visitar Londres, Estocolmo, Viena, San Petersburgo o Constantinopla<sup>109</sup>; los *Recuerdos* de Mesonero eran unos “ligeros bosquejos”, “hijos de impresiones” personales que el autor había ido publicando en el *Semanario Pintoresco*, y que luego editó la imprenta madrileña de D.M. de Burgos en 1841. En la introducción de los *Recuerdos* Mesonero había escrito sobre lo que él denominaba la “manía” de su siglo, tal era el fervor decimonónico de “agitación y continuo movimiento”. Dicha “manía” llevaba adherido el afán por viajar. Pero el hombre del XIX, según Mesonero, ya no buscaba la utilidad en sus desplazamientos, como lo hicieran los viajeros de otros siglos, especialmente los del XVIII, de cuyos empeños eruditos expresaba:

“Semejante enojoso sistema podría parecer bueno en aquellos tiempos de ignorancia y semi-barbarie en que no se habían inventado los viajeros, poetas y las relaciones taquígráficas; en que un Ponz, un Cabanillas creían su deber llenar tomos y más tomos, el uno para describir tan menudamente como pudiera hacerlo un tasador de joyas todos los cuadros, estatuas, columnas, frisos y arquitrabes que hay en las Iglesias de España y el otro para darnos una buena lección de geodesia, mineralogía y botánica a propósito de la descripción del país valenciano”<sup>110</sup>.

En su opinión el fin del viaje se había frivolidado hasta tal punto que la mayoría salía al extranjero para “pavonearse” de sus experiencias tras el regreso a España, de manera que las imprentas recibían toda suerte de “impresiones literarias”, los pintores se

entregaban afanosos a recrear lugares exóticos y los filósofos discurrían, en tertulias o en artículos, sobre las costumbres de los pueblos más remotos.

Lejos de esta percepción tan particular de Mesoneros, y adentrándonos en mayores honduras, sí es cierto que la finalidad de los viajes había empezado a mudar por influencia de Rousseau, a partir de la publicación de la que fue su obra más popular y leída, *Emilio*, en 1762. En el libro V, el pensador francés reflexionaba sobre la vacuidad de los viajes ilustrados y sobre la poca fiabilidad existente en los libros que se editaban tras tales periplos. Aunque no faltaron detractores o veladas críticas a una concepción tan revolucionaria y poco erudita de la instrucción (como la de Ponz en su *Viage fuera de España*, 1785), a partir de entonces se produjo poco a poco un cambio de mentalidad<sup>111</sup>. Surgen los viajeros (se percibe ya en las *Apuntaciones* de Moratín) que prestan atención a las costumbres, al carácter de los pueblos, y desde luego a la naturaleza, sujeto por excelencia del romanticismo ya desde el idealismo de Schelling<sup>112</sup>. Escribía Rousseau:

“No basta para instruirse recorrer los países; es preciso saber viajar. Para observar es necesario poseer ojos y dirigirlos hacia el motivo que se quiere conocer. Hay muchas personas a las que los viajes instruyen todavía menos que los libros, porque ignoran el arte de pensar, porque en la lectura su espíritu está guiado al menos por el autor, y porque en sus viajes no saben ver nada por sí mismos. [...] Como los pueblos menos cultivados son generalmente los más inteligentes, aquellos que viajan menos viajan mejor; porque estando menos avanzados que nosotros en nuestras frívolas investigaciones, y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, prestan toda su atención a lo que es verdaderamente útil. Yo no conozco nada más que a los españoles que viajan de esta manera. Mientras que un francés corre entre los artistas de un país, que un inglés se hace dibujar algo antiguo y un alemán lleva su álbum a

todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policía, y es el único de los cuatro que de regreso a su patria, relaciona con lo que ha visto alguna observación útil para su país. [...] Existe mucha diferencia entre viajar para ver el país o para ver los pueblos. El primer motivo es siempre el de los curiosos, el otro sólo resulta accesorio para ellos. Debe ser todo lo contrario para el que quiere filosofar. El niño observa las cosas esperando a que pueda observar a los hombres. El hombre debe comenzar por observar a sus semejantes, y después observar las cosas, si tiene tiempo a ello. [...] Reconocida la utilidad de los viajes, ¿se seguirá de ello que convienen a todo el mundo? En absoluto; convienen por el contrario a muy pocas personas; no convienen sino a los hombres firmes, capaces de escuchar las lecciones del error sin dejarse seducir, y para ver el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar. [...] Me he referido ya a lo que hace infructuosos los viajes para todo el mundo. Lo que los hace todavía más infructuosos para la juventud, es la manera en que la obligan a realizarlos. Los gobiernos, más curiosos de su distracción que de su instrucción, los llevan de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, de círculo en círculo; o, si son sabios y gentes de letras, les hacen perder el tiempo en visitar las bibliotecas, ver a los anticuarios, examinar con cuidado viejos monumentos, transcribir antiguas inscripciones [...] De suerte que, después de haber recorrido Europa con grandes gastos, entregados a las frivolidades o al aburrimiento, regresan sin haber visto nada de cuanto podía interesarles, ni aprendido nada de lo que pudiera serles útil”<sup>113</sup>.

Por todo ello, Carolina Coronado se recoge con modestia en un simple “paseo”. Así llama a su obra, convencida que tal es lo que emprende, en tanto viajar supone una actividad vital mucho más profunda, mucho más intensa, más moral o “filosófica”. *Paseos* llamará también a su periplo por España la intrépida viajera francesa Josephine de Brinckmann, quien, como Carolina Coronado, eligió la

forma epistolar para referir sus andanzas españolas y quien, como la extremeña, dedicó y dirigió las cartas a su hermano, Hugues Delporte. Fueron impresas en la primavera de 1852, poco después de que apareciera en *La Ilustración* el epistolario de la almendralejense: *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850*<sup>14</sup>. Quizás también la misma razón pudo mover a Ramón de la Sagra allá en 1843, quien había llamado “excursión” a su viaje por Francia, Bélgica y Alemania, y cuyas impresiones publicaría por entregas en la *Guía del Comercio*<sup>15</sup>.

Pero además hay otras razones para el comedimiento del título. A un lado el distanciamiento respecto a los modelos del XVIII, y el peso del filósofo francés en el ideario de Carolina Coronado, se hallaba el conocimiento por parte de la autora de otros diarios de viajes impresos. De hecho, en 1851 aún no había pasado una década desde la publicación de las deliciosas andanzas de fray Gerundio y Tirabeque por Europa, en dos volúmenes y 927 páginas, que sin lugar a dudas había tenido presente Carolina Coronado al redactar sus cartas. Modesto Lafuente había titulado su obra *Viages de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842), que salió de imprenta un año después de la edición del libro de Alejandro Dumas, *Excursions sur les bords du Rhin*, al que Modesto Lafuente cita en varias ocasiones<sup>16</sup>. Por tanto, ante aquel grueso dechado de detalles gastronómicos, sociales, políticos, geográficos, religiosos, históricos y literarios, contenidos en la irónica, rica, costumbrista y ágil narración de Modesto Lafuente y en los divertidos diálogos entre fray Gerundio y Tirabeque, solo la denominación de *Paseo* hasta el Rhin debió parecerle ajustada, un *Paseo* que literariamente mira hacia modelos bien distintos, puesto que además los *Viajes de fray Gerundio* no pertenecen al género epistolar.

A este respecto, es obvio que el resto de antecedentes citados no pueden encuadrarse tampoco de manera rigurosa en el género, entendido este con la sola función literaria. A veces algunos de los autores

no cumplen siquiera con la preceptiva que, para el modelo de escritura epistolar sin fines estrictamente literarios, la tradición había ido modelando en distintos manuales. Por tanto, aunque Ramón de la Sagra o Antonio Ponz llamen cartas a sus notas de viaje, incluso aunque este último introduzca la *salutatio* y el cierre exigidos, y más allá, alguna vez, de manera forzada, recurra con vocativos al receptor ignoto, sus escritos no dejan de ser relaciones o breves tratados eruditos, y, en el caso de La Sagra, simples apuntes de viaje. Tampoco pertenecían al género epistolar las impresiones de Mesonero Romanos, ni lo eran los *Viajes* de Lafuente.

A diferencia de ellos, y una vez más en la carta prólogo del epistolario, Carolina Coronado enfoca de manera clara la auténtica perspectiva de su obra y sitúa en una óptica superior ese supuesto diálogo, recogido e íntimo, entre dos ausentes. Las cartas no cerrarían su tiempo al ser recibidas por un destinatario específico; no solo se reducen a los desplazamientos del emisor y el receptor en unas franjas cronológicas precisas. Hay una voluntad decidida en la autora por saltar tales barreras y crear un tiempo nuevo, en el consciente deseo de que el conjunto sobreviva a la limitada cronología de dos seres concretos, también a la cronología de los lectores contemporáneos de la escritora. Y así, al escribir en futuro simple de indicativo tres verbos distintos, tan meditadamente buscados en su significación (“volverás”, “recordarás” y “renovarás”), convertido ya Emilio en un receptor universal, nos transmite su deseo de permanecer en la palabra contra el olvido, “a posteritati”, lejos de las barreras de la temporalidad. Nos decía:

“Tal vez algún día los recorras, y entonces volverás a leer mis cartas, y recordarás mis impresiones y las renovarás en tu corazón”<sup>117</sup>.

Desde esta perspectiva literaria a sus lectores poco les importaba (poco nos importa) que en alguna epístola, supuestamente escrita en julio de 1851, se introduzcan alusiones a un diciembre posterior. Ese

tiempo no nos incumbe. Es más nos complace hallarlo, tanto como encontrar la preocupación de la autora por nuestros juicios, al mencionarnos expresamente bajo el sustantivo “gente”, cuando, a través de Emilio, se preguntaba si no pensaríamos que lo suyo pudiera ser una venganza meditada contra Alejandro Dumas:

“Creería la gente si yo te hiciera una exacta descripción de la ingrata aridez, de la horrible tristeza de estos desiertos [...] que me proponía vengarme de Alejandro Dumas”.

Por tanto, no estamos solo ante lo que, con el rigor que le caracteriza, el doctor Romero Tobar ha acuñado como la “epistolaridad de los libros de viaje”, significando con ello el uso habitual, como “rasgo imprescindible”, de la forma epistolar para este tipo de relatos concretos<sup>118</sup>; nos hallamos ante la creación de un epistolario literario, en el que el asunto (el viaje) es un pretexto, y por encima de las impresiones esperadas del camino y del trayecto importa la libertad del género y su capacidad para tratar en él, por su versatilidad, por su don de convivencia, cuantos asuntos y materias le sean apetecidos al que escribe, y sobre todo para sentirse en él, para verter en él, el propio reflejo, la más íntima proyección de uno mismo, lo que los griegos denominaron *ethos*, la *imago animi*, el carácter de quien escribe, la expresión de la interioridad. Una interioridad sin tiempo que se proyecta sobre el lector después de los siglos, por encima de los siglos. La epístola es por tanto ese espejo del alma o el vehículo de transmisión más perfecto de los estados de ánimo. Y en el caso de Carolina Coronado el *ethos* inundará cartas completas. Desde esta percepción, tradición o continuidad, imposible parece eludir el recuerdo de una maestra por la que la extremeña sentía una enorme admiración, y a la que hizo protagonista de una novela. En 1555 la eruditísima Luisa Sigea expresaba a Juan Francisco Canobio la cualidad principal del género epistolar que con singular altura ella practicara:

“Me pides que te escriba más frecuentemente y te lo agradezco. Pues el intercambio epistolar suele aliviar la nostalgia de los ausentes. Enviémonos ambos de ahora en adelante estas imágenes de nuestras almas que a ti, más verdaderamente que una pintura mía, te mostrarán el testimonio de mi cultura, si poseo alguna, y de mis costumbres. Puesto que entre una carta y una pintura hay esta diferencia, como sabes tú mejor que yo, esto es, que una dibuja las líneas externas del cuerpo y la otra reproduce las más íntimas; que una es imitadora, tanto como puede, del rostro de los ausentes, mientras que la otra expresa hasta lo más profundo todos nuestros estados de ánimo y, lo que es mejor, transmite muy fielmente al amigo ausente los secretos de nuestra alma, aquello que de cada uno a sí mismo apenas se dice frente a frente”<sup>119</sup>.

Esa es la senda de la Coronado, una senda que también ella hubo de recorrer desde el conocimiento y la asunción emocional de la epístola, tal como Alejandro Dumas la definiera en la primera de las 44 cartas ficticias a una dama (dama que somos todos y cada uno de sus lectores), el conjunto epistolar que tituló *De París a Cádiz*, y por el que la extremeña tan injusta y apasionadamente juzgará al autor francés, movida por un patriotismo que hay que tasarlo en su justa medida y contexto, como veremos. Escribía Dumas que en el viaje que es la literatura existe un camino que puede transitarse sin obediencia a planes establecidos, donde uno camina ilimitadamente libre. Es el género epistolar, “familiar” y “caprichoso” que nace para un receptor sin tiempo. Nos decía:

“Desde hace quince años, en que me puse en relación con el público por primera vez, éste ha querido acompañarme por todos los senderos que he recorrido, y algunas veces abierto, en medio de este vasto laberinto de la literatura; desierto siempre árido para algunos, selva eternamente virgen para otros. Confío en que también esta vez me acompañará con

su acostumbrada benevolencia por este camino familiar y caprichoso por el que le invito a seguirme y por el que, por primera vez, voy a deambular.

Por lo demás creo que el público no perderá nada. Un viaje como el que he emprendido, sin ningún itinerario trazado, sin obediencia a ningún plan; un viaje sometido en España, a las exigencias de los caminos; en Argelia, a los caprichos de los vientos; un viaje semejante se adecuará maravillosamente a la literatura epistolar, casi ilimitadamente libre, que permite descender a los detalles más vulgares y atender los temas más elevados.

En fin, si no existiese más tentación que la de pulir mi pensamiento al contacto de una nueva rueda, de depurar mi estilo en un nuevo crisol, de hacer chispear alguna nueva faceta de esta piedra que extraigo de la mina de mi espíritu, sea diamante o estrás, y a la que el tiempo, lapidario incorruptible, dará su valor exacto; aunque sólo existiese esta tentación, la imaginación, usted lo sabe, señora, es en mí la hija de la fantasía, si acaso no es la fantasía misma. Me dejo arrastrar, por tanto, por el viento de esta hora y empiezo a escribirle...<sup>120</sup>.

Por todo ello las cartas ficticias, las cartas literarias, también pueden liberarse, se liberan, de los más leves dictados preceptivos, sean los saludos, las despedidas o la datación de las epístolas. En Dumas, y de modo mucho más sensible en la Coronado, hallamos tal particularidad, que no es solo característica atribuible a la modalidad del diario de viaje. Es cierto que las epístolas están marcadas por una trayectoria que se corresponde a un tiempo concreto del yo autobiográfico, a unas exactas jornadas vividas por la emisora, pero más allá de todo ello, más allá de la relación entre vida y literatura, asistimos como lectores al meditado interés de la autora por la pervivencia de un mensaje atemporal, en el que también estos signos (la liberación de los dictados preceptivos) son claves de tal interés y de la ligazón con la larga tradición del género. Ello y la relación del epistolario con la

trayectoria creadora anterior, con algunos de los temas y los mitos que habían conformado su universo como poeta y narradora hasta 1851, irán obrando el entramado de este nuevo camino literario de la Coronado<sup>121</sup>.

Las impresiones de su viaje son las impresiones de su corazón, el corazón a la intemperie de Carolina. Tal como expresara Luisa Sigea, la Coronado derramará en el epistolario sus estados de ánimo, variables según las impresiones recibidas. Nadie como el romántico para entender qué significaba eso de verter la intimidad, las imágenes del alma, e invadir, o más allá, transformar con ellas, por ellas, el completo entorno, desde luego también, y sobre todo, el propio texto. Y la Coronado, a pesar de abominar del movimiento romántico en 1857, y a pesar de haber intentado desprenderse de su influjo, incluso parodiarlo, tenía los pies y el corazón, y sobre todo los moldes estéticos y sentimientos literarios, en el romanticismo. En el caso del epistolario, no obstante las enormes distancias literarias, en la forma y en el fondo, respecto de las *Cartas de un viajero* de autora francesa Aurore Dupin (George Sand), a la que tanto admiraba Carolina, hay un leve soplo acaso de ella procedente, que ya en su tiempo, junto a la originalidad y valía literaria del texto, supo percibir el gran amigo de la escritora, Emilio Castelar. ¡Lástima que el gaditano hiciera del pacifismo o de la crítica a la frivolidad rasgos propios de lo femenino y no dos consecuencias de firmes posturas ideológicas de la Coronado!:

“Son también un modelo en su género las cartas que describiendo un viaje, publicó *La Ilustración*. Sucede con estas bellísimas epístolas, lo que sucede con las *Cartas de un viajero* que escribió Jorge Sand. En ellas está impreso el sello del corazón de la mujer. Delante de los monumentos del genio no recuerda la grandeza de los conquistadores, primera idea que asaltaría a un hombre, no; recuerda los torrentes de lágrimas y sangre que ha costado esa gloria, las infinitas

madres que en los combates habrán perdido sus hijos, pedazos de su corazón. Cuando entra en las iglesias teatrales de Francia, recuerda el espíritu religioso de la patria, la poesía del culto español, la Virgen que se levantaba en los patrios campos y que recibía amorosa las flores y los cantares de la inspirada poetisa.

Entre sus más acabados cuadros, donde más luce su ternura, se cuenta la carta en la que describe una visita a Víctor Hugo [...] Estas epístolas son bellísimas, y es de sentir que no las hayamos visto concluidas"<sup>122</sup>.

### *Los asuntos abordados en el epistolario*

#### La visión del otro: Francia

Por desgracia, como expresaba Castelar, es de sentir que la obra inconclusa que nos ocupa, nos impida conocer, a excepción de Francia, las reflexiones de la Coronado sobre los distintos pueblos que recorriera (Inglaterra, Bélgica, Alemania). Y decimos pueblos, porque la escritora, tal como expusiera Rousseau, estaba interesada en ver pueblos, no países. Sabía que la instrucción dependía del arte de pensar, y ello fue exactamente lo que le movía: la reflexión; ello y la seguridad de estar escribiendo para lectores futuros, ante quienes anhelaba descubrirse, permanecer.

La historia española reciente, el prolijo conocimiento de la literatura francesa que poseía la autora, y el generalizado entusiasmo de los españoles por viajar al país vecino, influirán sobre algunos de los juicios vertidos en el epistolario, también sobre los prejuicios.

Según Mesonero Romanos, Francia, merced a una moderna campaña de promoción, había seducido por completo a los españoles. El país gallo resultaba ser un gran mercado que otorgaba distinción y garantías a los compradores de cualquier producto. Ese sello de supuesta calidad traía de cabeza a los españoles, que ansiaban cruzar

los Pirineos con el fin de adquirir, no importaba qué, cosmética o literatura, telas o sombreros, muebles o instrumentos musicales. Sea en lo que fuere, en todo, la moda francesa se imponía y, de resultas, los viajes se habían tornado livianos y frívolos<sup>123</sup>. Pocos años antes Mariano José de Larra también se había referido a este particular en su conocido artículo “La diligencia”:

“Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible”<sup>124</sup>.

La devoción por lo francés irritaba a nuestros escritores, toda vez que, a su juicio, no existía reciprocidad. Interpretaban en las actitudes de nuestros vecinos gestos de manifiesta superioridad respecto a los españoles, y sobre todo les exasperaba la imagen de España que los viajeros galos, como Gautier o Dumas, habían proyectado por Europa. Al lector actual pueden parecerle exageradas o injustas las percepciones de nuestros antepasados del XIX, toda vez que en los autores franceses mencionados, sobre todo en Dumas, desde la distancia que confieren los siglos, se percibe un sincero apego a España, que en su tiempo él también hubo de manifestar por escrito. Mas lo cierto es que los escritores españoles del XIX entendieron que los libros de viajes de Dumas (*De París a Cádiz*) o los juicios que en ellos vertía sobre asuntos políticos hispanos (*Impresiones de viaje... de la Suiza y del Piamonte*: “Por qué razón no habrá nunca en España un buen gobierno”) eran un ataque malintencionado a la patria. Les crispaba el escaso interés que mostraban hacia nuestra historia, su siempre censura a las fondas y caminos y sobre todo la imaginación poderosa respecto a las costumbres españolas, con el fin de mostrar a los lectores franceses el retrato de un lugar exótico, un país de charanga y pandereta, de toreros, bandidos y “bailaoras”, cargado de todos los mitos y tópicos que sobrevolaban en el imaginario de nuestros vecinos gállicos.

Quizás sean las de Mesonero Romanos, junto a las de Ayguals de Izco, las críticas más virulentas y despiadadas que se hayan vertido contra Alejandro Dumas y contra la generalidad del pueblo francés, de quien significará el interés egoísta, la desconfianza, el exagerado mercantilismo o la falta de valores (familiares, religiosos, sociales), entre otras tantas lindezas<sup>125</sup>.

No obstante todo ello, la percepción de los franceses era distinta. Pues aunque los españoles sintiéramos verdadera inclinación por su cultura e importáramos las modas (“España adopta todas las invenciones francesas”, dirá la Coronado), en opinión de algunos viajeros, como el propio Alejandro Dumas, no era muy grata la opinión que del pueblo galo teníamos en España, incluidas las clases más populares. Dumas escribía:

“A aquellas risas se unían las ocurrencias, las agudezas, las andaluzadas, como dicen aquí. Era natural. Éramos franceses; es decir, pertenecíamos a ese desgraciado pueblo a quien los españoles consideran el más ridículo de todos los pueblos. Los españoles han hallado el modo de reírse de nosotros. ¡Qué quiere usted, señora! Esto prueba que somos menos maliciosos que los españoles, a pesar de que hemos creado el vodevil”<sup>126</sup>.

La frivolidad de Francia, y especialmente de París, será una de las primeras reflexiones que nos acerque Carolina Coronado, frivolidad que, por cierto, ya habían censurado algunos escritores galos, como George Sand o el mismo Rousseau en su epistolario *Julia o la nueva Eloísa* y en *Emilio*<sup>127</sup>. Sin duda, la imagen más significativa y lograda de la vacuidad parisina fue la que, a raíz del asombro por los anuncios publicitarios de la ciudad, Carolina Coronado idease como intencionado prólogo de las páginas dedicadas a la capital francesa. Nos resulta una magnífica obertura. Si bien otros viajeros, como Modesto Lafuente, transmitieron a los lectores su sorpresa por la

abundancia de reclamos publicitarios en París, ninguno alcanzó la fuerza expresiva de la extremeña, que nos decía:

“Estación de París, 13 de julio

¡Cielos!, ¿es aquel París?

Le veo, Emilio, y no vuelvo en mí de la sorpresa. Yo creí que París era un París de piedra, y es un París de papel. Desde lo más alto de los edificios hasta el pavimento de las calles está cubierto de anuncios. París está empapelado como las frutas que se han de echar en infusión. París se ha puesto una capa llena de remiendos como un mendigo. París se ha vestido de cuadros y de tiras de colores, como un arlequín. ¡París está de máscara!

Los anuncios han caído en París como la lava de un volcán, y es una nueva Herculano que está sepultada en las tinieblas. Las letras han llovido sobre París como el fuego de Sodoma y Gomorra y está confundido bajo letras de fuego, letras de azufre, letras de sangre.

Temible libro cuya portada me asusta, ¿hallaré por dentro tus páginas en blanco? ¿Has cubierto de letras tu forro, poniendo tantos nombres de sabios y poetas para engañar a la Europa, haciéndole creer que tienes poetas y que tienes sabios?

¡Ay!, temo que seas como una de esas cajas que vendes en forma de libros, para la *toilette*, y a las cuales pones el rótulo de *Molière*, de *Corneille* o de *Racine*. Y temo que al abrirla, creyendo que he de hallar dentro de ella algo bueno que leer, me encuentre con *poudre de roses*, *savon superfine*.

¡Polvo y espuma! Esto hallaré en París”<sup>128</sup>.

Esta “anuncialidad”, al decir de Lafuente, “cualidad nacional de los franceses”, no era sino la consecuencia más visual de una sociedad apegada al dinero, subyugada por los bienes materiales y mordida por la especulación. Carolina Coronado será especialmente crítica con la merchante mentalidad francesa, que la llevaba a traficar

con los sentimientos humanos y con los lugares más sagrados. No le molestaba especialmente la confusión de unas calles donde todo se vendía, pero sí le producía rechazo y un profundo desgarró que aquel pueblo, al que tildó de “industrial, especulador, frívolo, bullicioso, activo y alegre”, comerciara con la muerte y los sentimientos religiosos. En esta dirección, las reflexiones de Carolina Coronado sobre las rutas turísticas necrófilas de Francia nos legarán las páginas epistolares de mayor fuerza literaria: las cuevas de San Miguel en Burdeos, las catacumbas, el Panteón y el cementerio de P. Lachaise en París. Escribía:

“Paréceme un sacrilegio levantar a los muertos de sus tumbas, haciendo de ellos una odiosa especulación.

Para los franceses, las tierras de los cementerios, que conservan incorruptos los cadáveres, son, como para nosotros las tierras de pan llevar, unas tierras productivas que se *benefician* y cuyo *fruto* se recoge para venderlo por *francos*. El viejo obrero que ha dado a la patria el producto de su industria, siendo al mismo tiempo *guardia municipal, individuo de junta y director de un periódico*, no puede estar seguro de que con la muerte cesarán sus cargos, porque si acierta a elegir su sepulcro en tierra donde haya sales conservadoras, todavía le resta un cargo que desempeñar, el cargo de *momia*” (Burdeos).

O

“Me he detenido a ver el gran surtido de coronas colocado a la entrada. Ya he dicho antes de ahora que la *muerte* es en Francia tan productiva como la vida. En ninguna parte son los que mueren tan útiles al comercio; en ninguna parte la ambición, el lujo y la vanidad de los difuntos, ha protegido el desarrollo de la industria tanto como en Francia. Limitándonos solamente a los atributos de la gloria, vemos que todo cadáver se corona en París cada año, cada semana, cada día, y que semejante a Napoleón, no se contenta con ceñir una corona sola, sino que ciñe dos y cuatro a la vez, como aquel insigne emperador.

Hay muerto en el cementerio de Oriente que gasta 20 francos diarios en siempre vivas. Las siempre vivas son en París el pan de los muertos. [...]

La primera idea que ocurre al penetrar en su recinto es que la muerte, emperadora de Francia, como Napoleón, ha conquistado a la vida, y su reino floreciente está absorbiendo a la industria de París. Al penetrar allí, se comprende que haya en París barrios enteros de *marmolistas*, de *bronceistas*, de *torneros*, de *escultores*, de *lapidarios* y de *dibujantes*; porque la mayor parte son los obreros de la muerte. Son los artistas que ella paga, es el pueblo que ella mantiene. Son los vivos que comen de la muerte. Así como los grandes señores tienen un palacio de invierno en *Saint Germain* y otro de primavera en *Versalles*, así tienen para todas las estaciones el cementerio de P. Lachaise” (París)<sup>129</sup>.

Pero, debido a la profunda religiosidad de Carolina Coronado, le resultaba aún más mezquino hallar iglesias convertidas en mercados, donde había establecidos unos chocantes alquileres de sillas para comodidad de los fieles y, sobre todo, para lucro de las empresas, un hecho que también había llamado la atención a viajeros como Lafuente<sup>130</sup>; eran los templos lugares turísticos antes que espacios de culto; edificios restaurados e impersonales, privados del hermoso lustre de su antigüedad, edificios a tono con los rostros de las francesas (decía con ironía la Coronado), revestidas de una falsa juventud merced a la devoción desaforada por los cosméticos, edificios propios de un pueblo que antepone las ideas filosóficas a la religión. Y escribía:

“La creciente de monumentos no permite ya apenas distinguir el edificio, como la creciente de las ideas no permite apenas fijarse en el culto. ¿Quién oye el canto de los sacerdotes en medio del estruendo de las revoluciones que agitan París? *Nuestra Señora* rodeada de agua por todas partes, parece una barca que aguarda, en medio de París el momento de embarcar a los náufragos de la revolución. ¡Ay!, pero es una barca que no puede navegar,

porque por ese río, cuyos canales son como las venas del gigante pueblo, no circulan sino para conducir buques mercantes.

Al acercarme a *Nuestra Señora*, iba yo pensando en su abandono, en su soledad y en su tristeza, y me imaginé hallarla vestida de luto. [...] ¿Pero cuál no ha sido mi maravilla, Emilio, cuando la he visto pintada de blanco como una fonda nueva? [...] Al llegar al pie de ella, comprendí en fin lo que significaba aquella blancura, y lancé contra los franceses un suspiro de indignación. El secreto, Emilio, de semejante mudanza, está en los adelantos que han hecho los franceses en el arte de los cosméticos.

Ya no hay viejas en París. Los doctores ilustres, las sociedades higiénicas han descubierto más de cien específicos para que lo negro se vuelva blanco y lo viejo nuevo. Así las damas de París, aun las que cuentan un siglo, parecen jóvenes y albas; y pareciéndolo todas sus damas, los franceses han creído que también *Nôtre Dame* debe usar afeites [...]

Pero si desconsuelo me ha causado, Emilio, ver la fachada del templo, más desconsuelo me ha causado la contemplación de sus capillas.

La Virgen no tenía en torno de sí la numerosa corte de ángeles, arcángeles y serafines que tiene en España. La cera ardía escasamente en el desamparo del altar. Las devotas rezaban sentadas en cómodas sillas, cuyo alquiler iba recogiendo un cobrador de la empresa.

A la primera mirada se conocía que la industria del pueblo francés no estaba al servicio del culto, sino que el culto servía para el beneficio de la industria, y que por eso las damas ostentaban tanta riqueza en los devocionarios. Un no sé qué de frío, de indiferente, de prosaico, se advertía en aquellas ceremonias, que en España arrebatan nuestra alma al cielo [...] Un templo se parece en París a una academia, a un liceo, se parece a un teatro, se parece a todo menos a un templo católico. Es una casa hermosa que puede servir, si se destina a ello, para una asamblea o para un circo<sup>131</sup>.

Ante todo este derroche y deseo, siempre insatisfecho, de opulencia, la cara más amarga la servía la profunda desigualdad social existente en Francia. A lo largo del epistolario, la divisa revolucionaria, y luego signo de la República, signo de Francia, de “Libertad, igualdad y fraternidad”, facilitará a la Coronado, monárquica convencida, tres lemas para ironizar sobre esos grandes ideales sin ningún reflejo palpable en la Francia de 1851. Ya sea para censurar los usos en los trenes, ya sea para dolerse del hambre de los campesinos, ya sea para aludir al terror de las fosas comunes, que eran en Francia el único lugar donde podían enterrarse los pobres, o ya sea para defender el sistema monárquico, aquellos tres ideales de la revolución proveerán a la escritora de pretextos para ofrecernos jugosas, irónicas y a veces humorísticas antítesis. Y le servirán a la vez para prorrumper contra la disparidad de un pueblo que era considerado el más exquisito y civilizado del orbe, padre de todas las ideas políticas, filosóficas y sociales avanzadas y que, sin embargo, dejaba en la inanición a las clases bajas y desfavorecidas. Carolina Coronado, en varios pasajes de su epistolario, se referirá, como veremos, al comunismo y socialismo franceses (en 1851 tan disminuidos), lo cual revela hasta qué punto a aquella mujer de treinta años le preocupaba la política; una mujer que se atrevía a sugerir su parecer sobre asuntos que se consideraban, en su tiempo y en su espacio hispano, propiedad exclusiva de los hombres.

Una buena parte de las observaciones de la extremeña sobre Francia son una respuesta literaria, meditada y tantas veces expresa, a la obra de Alejandro Dumas, *De París a Cádiz*. Ya el 6 de junio de 1850, desde Badajoz, había escrito sobre el particular a Madame Amelie Richard, expresándole cómo los españoles debían “sufrir” las cartas de Dumas, en las que pintaba a los nobles españoles como bandoleros y a las damas españolas como manolas<sup>132</sup>.

Casi con seguridad Carolina Coronado había leído el texto de Dumas en la edición española de 1847 preparada por Wenceslao Ayguals de Izco en la madrileña imprenta de la Sociedad Literaria. Era una

selección del epistolario en dos volúmenes que, según el mordaz escritor y periodista, nacía con el ánimo de defender el “honor nacional”, corrigiendo en apéndices los errores, calumnias e insultos vertidos por Dumas. Puesto que en la primera carta de su epistolario, el novelista francés había anunciado que su viaje le llevaría hasta España y Argelia, Ayguals de Izco había titulado la antología *España y África. Cartas escogidas escritas en francés por Alejandro Dumas*. También en 1847 el periódico *La Unión* había publicado, con el mismo título, algunas cartas del escritor galo. De ahí que la Coronado mencione la obra de Dumas no como reza en su original francés, sino tal como ideara Ayguals de Izco, un antiguo conocido de la escritora.

Carolina, como tantos otros españoles (basta revisar la prensa de la época), relacionó que la intención de Dumas no era sino incidir por extenso en la célebre frase del abate de Pradt (“África empieza en los Pirineos”). Aquel “oprobio nacional” (que así fue calificado por algunos) había herido profundamente a la escritora almendralejense, quien ascendió hasta las francesas Landas la auténtica África, la “subdesarrollada vida” que Dumas hizo patrimonio del barrio del Sacromonte granadino. Algo así, aprovechando maliciosamente los sucesos de junio de París, ya había ideado Modesto Lafuente en uno de los populares diálogos entre Tirabeque y fray Gerundio (“¿Dónde está África ahora?”), publicado en 1848 en *Fray Gerundio: Revista Europea*<sup>133</sup>.

Los bandoleros que asesinaban a los viajeros en Sierra Morena y la desolación de los pueblos próximos a Despeñaperros que describiera el francés, eran apenas comparables para la extremeña con la mísera condición de vida de las Landas, una región a la que Modesto Lafuente llamó la Siberia francesa<sup>134</sup>. La Coronado expresaba:

“Ahora permítame, Emilio, que, faltando al propósito de referirte cuánto me suceda en el viaje, no te cuente las fatigas de la jornada de hoy al atravesar las Landas. Creería la gente si yo te hiciera una exacta descripción de la ingrata aridez, de la horrible

tristeza de estos desiertos y de la espantosa miseria en que viven sus pocos habitantes, que me proponía vengarme de Mr. Alejandro Dumas por aquellas cartas que escribió sobre *España y África*.

Verdaderamente que ocasión tenía ahora para pagar los insultos que hizo a nuestro país, solamente con que descubriera cuánto he visto en la jornada de hoy. Mujeres tirando de carretas, muchachas en esqueleto, amarillas y desnudas, dirigiendo manadas de animales que no tienen de ovejas sino el pellejo, y guardadas por perros que ladran de hambre... Aldeas llenas de niños extenuados que salen penosamente al camino a pedir limosna...

¿Qué maravilla sería que Alejandro Dumas hallase estas desdichas en España, siendo nosotros, como él dice, *un pueblo que no tiene civilización ni libertad*? En España sería lógico hallar a mujeres que tiraran de carretas en los desiertos, y criaturas menesterosas, porque aún estamos en la *servidumbre*, porque aún no tenemos *igualdad*. Pero en un pueblo como la Francia, que es tan *civilizado*, que es tan perfecto, que se atreve a escribir en la entrada de sus puertas *Liberté, Egalité, Fraternité*, ¿cómo se atreve a tener desiertos y mujeres que tiren de carretas, y criaturas que perecen de hambre? Si es tan *civilizado*, ¿por qué no cruza de ferrocarriles sus desiertos? Si tiene *igualdad* ¿por qué unce a las mujeres a los carros? Si tiene *fraternidad* ¿por qué deja que haya mendigos...? ¡Terrible sarcasmo para el infortunio de estas pobres gentes son esas voces de *liberté, égalité, fraternité!*

No, Emilio, yo no describiré cuánto he visto hoy, porque sería la mayor venganza que tomara a la ofensa que nos hicieron. Basta decir que he recordado con envidia el viaje que hizo Dumas por *Sierra Morena*. Allí los pobres no tienen *liberté, égalité, fraternité*, pero tienen pan. Y créeme, Emilio, vale más la monarquía que come que la república que ayuna.

Pero me olvido que estoy en Francia, de que la *policía* es activa, de que la palabra monarquía es aquí un crimen. Esa misma palabra que allá es una *virtud*... ¡Oh!, los diablos cuando se pongan a hablar de política en su mesa redonda, cómo se burlarán de los hombres"<sup>135</sup>.

Las anécdotas vividas en Poitiers, a raíz de la extendida creencia de que las mujeres españolas llevaban escondidas navajas en sus ligas; las alusiones a la ridícula y extravagante última moda femenina francesa o el sarcasmo sobre la pena capital colectiva para los turistas camino de Tours, pueden leerse, o interpretarse, como respuestas a distintos pasajes de la obra de Dumas<sup>136</sup>. En más de una ocasión, la Coronado aludirá expresamente al daño que nos había originado el escritor francés con su reguero de tópicos, hasta tal punto que España para tantos galos, por culpa de Dumas, no era sino un país de salvajes. Y así la dificultad de hallar en el cementerio parisino la llamada “Isla de los españoles” o su desdén por visitar la tumba de Abelardo y Eloísa la llevarán a escribir:

“Entramos en el cementerio y preguntamos por la *Isla de los Españoles*. Porque los españoles tenemos una isla. Para los franceses España es un *buque perdido que naufraga en sus costas*, y nos han dado una *isla* para los *ahogados*. ¿Mas quién iba a encontrar esta isla en el mar de cenizas, en el océano de sepulcros que forman continentes, donde la muerte ha fundado pueblos, con palacios de asombrosa arquitectura, con espaciosos jardines, con gigantescos obeliscos, con riquísimas estatuas, con magníficas capillas, con todo el esplendor, en fin, de la corte parisién? [...] El sol empezaba a declinar cuando volvimos a emprender la marcha para buscar la *Isla de los Españoles*. En vano preguntábamos a las gentes por la situación de esta isla. ¿Cómo habían de saber los franceses el punto que ocupamos en el mapa de la muerte, si no saben todavía qué punto ocupamos en el mapa de la vida? Dumas nos coloca en África”<sup>137</sup>.

Y

“Tú, Emilio, no sabes quiénes son Abelardo y Eloísa, ni creo conveniente que te des mucha prisa en saberlo. Yo tampoco los conozco sino por tradición, porque no pude acabar de leer

las estupendas cartas que, como escritas por Eloísa, admira la juventud. Sabía yo que la historia de sus amores no es tan casta como la de los tiernísimos *Amantes de Teruel*, y no quería gastar mi admiración con la heroína francesa, pudiendo emplearla en la heroína española. Pero los franceses, que como es natural, piensan de distinto modo que nosotros, han elevado un soberbio mausoleo sobre el cual descansan esculpido en piedra los retratos de los dos amantes en hábitos de religiosos. [...] Yo pasé imperturbable ante los grupos que rodeaban la valla, y que no dejaron de extrañar la indiferencia con que habíamos mirado el monumento que ellos adoran. Estoy cierta de que conociendo que éramos españoles, y habiendo leído las cartas de Dumas, nos tuvieron por salvajes”<sup>138</sup>.

No obstante, a la Coronado, al igual que a otros colegas (al mismo Ayguals de Izco, o a Mesonero Romanos), lo que más le indignaba era la ignorancia de los hombres de letras franceses, que en general desconocían o desdeñaban la literatura española, especialmente la contemporánea. Les resultaba agravioso el silencio de Dumas, quien, excepto a algunos clásicos del Siglo de Oro, no mencionó a ningún autor, a creador alguno, a intelectual de ninguna clase; tampoco dedicó espacio en sus cartas a los teatros, los periódicos españoles, las imprentas, las bibliotecas o los museos. Se limitaba a relacionar sus aventuras en tabernas, tascas, espectáculos populares de danza y corridas de toros.

Por contra, los creadores franceses inundaban con sus textos los periódicos, los teatros, las librerías españolas; se traducían incluso las obras de escritores de segunda fila, y los ingenios españoles se dejaban seducir por los excesos de los vecinos galos<sup>139</sup>, hasta tal punto que la Coronado llegaría a denunciar los vicios de una “España Francesa”, que, a su juicio, tenía todo lo malo de Francia (su corrupción, su fatuidad, su ligereza) y nada de lo bueno (su viveza, su gracia, su alegría)<sup>140</sup>. En 1850 Carolina Coronado había escrito:

“Empezamos preguntando a Madame Richard por qué acusa a los españoles de ser injustos con los franceses, de no estimar su literatura. ¿Es porque de nuestras librerías se han arrojado los libros españoles, para ocupar los estantes con las novelas de Soulié, de Janin, de Balzac, de Sué y de Dumas? ¿Es porque en nuestros teatros se representan los pedazos de estas novelas? ¿Es porque leemos a *Martín el Expósito* y aplaudimos *La monja Alférez*? [...] ¿Es porque nuestro delirio por la literatura francesa esteriliza la facultad de los ingenios españoles, y los obliga a traducir las malas obras francesas para ser atendidos de los editores y leídos del público? ¡Ah!, ¡ojalá que nuestros *anteojos literarios no alcanzaran más allá de los Pirineos!* y estudiaríamos a Cervantes, a Quevedo, a Mariana, a Santa Teresa, cuya alabanza de nuestra boca humilde ha irritado a Madame Richard”<sup>141</sup>.

El silencio de Dumas, el silencio de otros escritores galos para con los ingenios españoles, hará que Carolina Coronado sea especialmente hiriente con los literatos o intelectuales contemporáneos franceses, a quienes castigó en su epistolario con un intencionado silencio o con la crueldad del sarcasmo. Y así expresaba que París debía conocerse en sus cementerios, porque en ellos moraban los únicos sabios y héroes de la nación. Francia vivía de la venta de las glorias de su pasado. Francia era *poudre de roses, savon superfine*. Polvo de cemento, y espuma en la superficie. Y escribió:

“París tiene cuartos bajos, principales, segundos, terceros, cuartos, quintos y sextos. Los cuartos bajos son las catacumbas, que ocupan bajo el suelo de París 674.000 metros, donde se encierran millones de cadáveres humanos. El Panteón donde están sepultados hombres ilustres y los cementerios del Norte, del Sur y del Oriente. En este último se halla el compatriota a quien queríamos hacer nuestra primera visita, y hacia él nos encaminamos.

Mucho siento empezar a conocer París por los cementerios; pero por otra parte he reflexionado que el París de los muertos es acaso el verdadero París. A los sabios, a los héroes, los buscaría inútilmente en el París de los vivos<sup>142</sup>.

En 1861 la extremeña aún sostenía el mismo parecer, y así, en el breve ensayo *España y Napoleón*, se referirá al magnífico estado de la literatura dramática contemporánea española respecto a la francesa: “teatro filosófico que enseña, no pantomima que divierte”, expresaba. Y aún había algo más importante, que era la calidad del propio público, los lectores españoles, cultivados y exigentes, que, según Carolina, por encima de la excelencia de los escritores, significaban la auténtica altura intelectual de una nación. Nos decía:

“¿Cómo había de sufrir el público de Madrid la vaciedad en escena, como lo sufre el de París? No es menester ser buen literato para divertir al público francés, ni el público francés necesita ser muy inteligente para aplaudir las gracias de sus escritores. Lo que aquí son ideas, allí son frases; lo que aquí son pasiones, allí son extravagancias. Así, las medianías obtienen en París un éxito ruidoso, cuando en Madrid sólo el verdadero ingenio es estimado.

En este punto no hay comparación entre uno y otro público. La fama de los escritores dramáticos que hemos citado no se formó como en París con el auxilio de la *claque* ni de la prensa, sino que la noche que nacieron en el teatro con su primera obra, fueron bautizados y confirmados por un público infalible. Nunca el público de Madrid espera a que los críticos le enseñen lo que es bueno y lo que es malo. Él es el mejor crítico. Y esto que acontece con las comedias, acontece con los libros<sup>143</sup>.

Pero sin duda la más severa crítica de aquella intelectualidad francesa, del hombre culto del país vecino, fue el retrato que Carolina Coronado nos hizo de Víctor Hugo en el *Paseo* de 1851. En forma de diálogo, con una sutil ironía, nos sirvió un duro reproche a la

ignorancia de los escritores franceses y nos acercó la visión que ellos tenían de España, una España de “puñal en la liga”. Al compartir con sus lectores la supuesta entrevista que sostuvo con Hugo en el domicilio del escritor, no quería tanto pavonearse de su encuentro, como mostrarnos un representante ilustre de aquel pueblo elegante, superficial, afectado, artista e incluso “chocho”, que con todos estos adjetivos denominó al pueblo francés Carolina en su epistolario.

La España de Víctor Hugo era la de Dumas: majas bailarinas y manolas. Más preocupación mostraron el escritor y su mujer por la moda y los usos del vestido español que por otras cuestiones de mayor hondura. La ignorancia literaria de Hugo era la ignorancia del hombre culto francés y la Coronado no pudo sino manifestar su tristeza:

[Madame Hugo]: “—Luego, ¿la España que describe Dumas no es vuestra España?

[Carolina Coronado]: —No, señora, es la España de las bailarinas y las manolas. La España de Dumas son Triana y el Avapiés.

[Víctor Hugo]: —¿Qué es Triana y el Avapiés?

—Como la Corte de los milagros.

—¿Hay Corte de los milagros en España, como en mi novela? —preguntó Víctor Hugo.

—Sí, señor, pero aquella corte no ha tenido tanta fortuna como la de París con su panegirista.

—Mal estáis con Dumas.

—Dumas es el que está muy mal con nosotros.

[...]

—Os ruego que no influya el agravio de Dumas en la disposición de vuestro ánimo para juzgar a la Francia. ¿Qué os parece París?

—He visto aún muy poco. No conozco de él sino sus muertos y a una parte del pueblo que se agitaba en torno de la columna de Vêndome...

*Comme une fourmilière aux pieds d'un éléphant*

—¿Habéis leído mi oda? ¿Conocéis en España la literatura francesa?

—Más que en Francia la española.

—Conocemos a Cervantes y a Calderón.

—Pero no a nuestros contemporáneos... ¿conocéis a Quintana?

—Así... un poco.

—¿Y a Espronceda?

—Jamás he oído su nombre.

—¿Y a Zorrilla?

—Zorrilla... Zorrilla... ¿no es un poeta dramático?

—Es lírico.

—Tengo una idea confusa.

—¿Y a Hartzenbusch?

—Es alemán.

—Alemania le quisiera para sí, pero España reclama su nombre, porque nació en Madrid.

—No le conozco.

Confieso que al oír las ingenuas palabras del ilustre francés, sentí en mi cabeza un ardor como si se acercasen a mi mente hierros encendidos. ¡Es posible, murmuré entre dientes, que nosotros hayamos leído a *Martín el Expósito*, y visto representar a *La Monja Alférez*, y que los franceses no tengan noticia ni de la oda a la *Invencción de la Imprenta*, ni del *Himno al sol*, ni del *Capitán Montoya*, ni de *Los amantes de Teruel*! ¡Ay!, ¿para qué escriben los ingenios españoles si su fama no ha de volar más allá del Ebro...?

—¿Por qué os habéis entristecido? —me preguntó Víctor Hugo.

—Porque me estaba acordando de nuestros hermanos los portugueses, que son los únicos que nos conocen en Europa.

—¿Sois muy amigos de los portugueses?

—Sí, somos compañeros de infortunio y de soledad...<sup>144</sup>.

## *La mujer*

El interés por el mundo femenino y la defensa de la condición de la mujer ante la postergación social e intelectual que padecía, sin ser el tema principal de las cartas, se filtrará en las páginas del *paseo* epistolar de la extremeña. Sabido es que el asunto había tenido una capital importancia en la trayectoria creadora de Carolina Coronado, signo de la continuada actitud beligerante de la autora, a quien ninguno de los ataques misóginos de sus colegas había sido capaz de frenar a lo largo de una década. La indignación por la injusticia vencía todos los miedos. Sabía sobreponerse a los ataques porque estaba en el camino del bien, en la condena de la esclavitud.

En su recorrido por Francia observará la moda femenina, no la masculina y así nos acercará la coquetería, la elegancia y los excesos en el vestido de las francesas, el gusto por el lujo y el apego a los cosméticos y afeites<sup>145</sup>; nos describirá la actitud de la mujer parisina ante la muerte, no la del hombre; en su paso por distintas ciudades, se detendrá en figuras de mujeres ilustres, por más claros varones que la historia hubiese dado en esas regiones (Margarita de Valois, Diana de Poitiers, Juana de Arco)<sup>146</sup>; fijará con dolor su vista ante el trabajo, el sufrimiento y la miseria de las mujeres rurales, no de los varones, y destacará la importancia de la mujer de Víctor Hugo, una poetisa agostada a la sombra de su marido.

Nos detendremos apenas en dos aspectos de los mencionados: la actitud de mujer francesa ante la muerte y la condena de la discriminación femenina.

La muerte y más allá la honra a los difuntos, el culto a los cementerios, y sobre todo el trato de los vivos para con los muertos, centraron la atención de Carolina Coronado en numerosos textos literarios y aquí y allá, dispersos en su producción escrita, son muy abundantes las comparaciones o metáforas con los objetos que forman parte del mundo funerario. Hasta tal punto es así que algunos

críticos la llamaron, la llaman, necrófila, no solo por algunos hechos biográficos absolutamente reales (tan amargos como espeluznantes) sino mucho más por la reiterada constancia del asunto en su obra literaria. Pareciera que las reflexiones continuadas nacieran de quien abunda en el dolor y el desgarramiento de lo incomprensible, de quien en su vida no supo aceptar la muerte y la transforma ante el papel, a fin de hallar así la concordia, la paz o el entendimiento a través de sus observaciones y de las posteriores cavilaciones sobre lo observado. Pareciera que necesitase el espacio íntimo de lo literario para hablar sin tapujos de lo que teme o para analizar con cierta frialdad, con la distancia de una mera narradora, algo que verdaderamente le produce una grave turbación.

Se ha dicho, no sin razón, que el tema de la muerte concilia a la extremeña con sus contemporáneos románticos, pero que desde luego no deja de resultar insólito, “ocurrencia particularísima”, que las páginas dedicadas a su estancia en París se centren en las visitas a los cementerios, osarios y catacumbas<sup>147</sup>. Es cierto que todos los viajeros recorrían aquellos espacios, que las guías y empresas turísticas incluían estos tours para sus clientes, que los periódicos publicaban descripciones sobre las catacumbas y camposantos parisinos y que las impresiones de viaje de algunos españoles (Lafuente, Mesonero) incluyeron referencias a estos espacios para los muertos, pero todo ello es mera anécdota al lado del texto que la Coronado nos regala a todos sus lectores.

Además de la metáfora continuada sobre París (el París de polvo es el auténtico París: el París heroico y sabio) ya utilizada antes en su “Un diálogo entre dos ingenios el día de difuntos: Larra y Espronceda” (1850), está la necesidad de compartir con nosotros su perturbación ante el hecho de la muerte. De ahí que sea un asunto de capital importancia para ella cavilar sobre la relación de los vivos con los muertos, sobre el uso funerario de los pueblos que visita, o sobre la manera en la que los seres humanos se enfrentan o comportan ante

la muerte de los seres queridos, en concreto sobre el modo en el que la mujer lo hace.

El hombre debe observar a sus semejantes, y solo después las cosas, había escrito Rousseau en su *Emilio*. A la Coronado le parecerá que la mejor vía para alcanzar la mentalidad de la mujer francesa era observar su actitud ante la muerte, seguramente porque creyera que en esa situación límite nadie sería capaz de fingir lo que no es en esencia, taponando aquello que hiere hasta romper el corazón. De manera que la educación y las frías formas de las francesas en los cementerios, su modo inalterable de comportarse y la atención que prestaban a detalles secundarios, harán que la sensibilidad de nuestra paisana estalle y que Carolina, ante la repulsa de tal actitud, se refugie en la ironía, para reposar en ella. No me resisto a reproducir de manera íntegra el pasaje. Incluye además un contraste magnífico: la “civilizada” actitud de la francesa rica y el sacrilegio que un país entero comete con los muertos pobres. Venga así la visión de la mujer gala junto a la condena por la injusticia social:

“Estoy persuadida de que la francesa, como todo ser humano tiene corazón; pero la gracia de la forma en las cosas, es tan esencial para ella, que lo somete a las reglas de su arte exquisito y refinado. Del corazón humano se han permitido decir que es bueno, es malo, es grande, es pequeño, es generoso, es ruin, es duro o es tierno; el corazón de la francesa no es nada de esto; es un corazón *bonito*. La francesa no expresa sus afectos sino con formas académicas. No habla, no llora, no ríe sino de una manera poética y agradable; no hace un gesto que no sea conveniente a la expresión de su fisonomía. Su persona siempre en escena, lo mismo en el teatro que en la calle, no pierde su aire de actriz ni aún en el cementerio cuando se arrodilla sobre la tumba de una madre, de un esposo o de un hijo. Vestida con mayor elegancia y llevando en sus manos coronas y ramilletes de flores, va la huérfana, o la viuda o la amorosa madre, a llorar sobre la tumba del

que ha perdido. Observa con minucioso cuidado si la yerba crece sobre las juntas de las piedras; si la tierra ha cegado los huecos de la inscripción, si la humedad ha empañado la brillantez del metal; y hace limpiar el sepulcro, y recoge ella misma las flores marchitas para colocar otras frescas, y después vuelve a arrodillarse y a derramar lágrimas. Pero todo esto lo ejecuta como un acto de buena educación: el dolor parece en ella un deber de su talento, y no una necesidad de su alma.

La española no visita acaso el sepulcro del ser amado, porque las lágrimas la ahogan, porque la pena le desgarran el corazón, porque no puede acercarse al sitio donde reposa sin morir de angustia. No se cuida de adornar ella misma con elegancia los restos del que ya no existe; porque su dolor es solemne, grave, religioso, temible, y no asalta a su mente sino la idea de la eternidad.

La francesa cree indispensable ocuparse de las galas de uno que muere como de uno que nace. La francesa adorna una tumba como adorna un lecho nupcial, y engalana a un esqueleto como engalana una desposada. Por eso en los cementerios de Francia se ve constantemente un gran número de mujeres piadosas, cuyos rostros frescos, cuya serena mirada, no revelan el dolor de las desgracias recientes.

Considerado desde el punto de vista filosófico, es muy buena esta conformidad, y hallo extraordinaria semejanza entre el pueblo francés familiarizado con la muerte, y el pueblo griego que sepultaba a los difuntos en el propio jardín de los deudos. Siempre me ha parecido el pueblo francés idéntico al pueblo griego en lo elegante, en lo superficial, en lo afectado y en lo artista. El francés es en lo moderno como lo fue el griego en lo antiguo, el pueblo más *civilizado* del orbe. Por eso en él se ha civilizado todo, hasta el dolor. El dolor en Francia no es un salvaje, no es un loco, es un amigo culto y juicioso que acompaña al doliente a visitar el cementerio con el bello atractivo de la poesía. El dolor allí nunca es trágico; es melodramático o cómico...

Estábamos sobre una eminencia haciendo estas reflexiones, cuando se fijó mi vista en una gigantesca cruz que, dominando los árboles y monumentos, se dibujaba en el azul purísimo del horizonte.

A la natural devoción que como cristiana tengo a la cruz, se añade el culto particular que le doy por un acontecimiento doloroso, cuya memoria tiene siempre entristecida mi alma. Tú sabes, Emilio, que no paso jamás delante de ella sin arrodillarme a rezar por los que ya no existen...

Aunque la cruz estaba lejos, nos decidimos a marchar hasta ella y empezamos a cruzar el bosque.

Después de una larga travesía llegamos adonde se elevaba la cruz, a cuyo pie había hacinadas más de mil coronas que subían rodeándola como una cadena. Un gran concurso de mujeres, de ancianos, y de niños, al parecer pobres, rezaban en torno de este sencillo monumento, que me heló de espanto cuando supe por una de aquella mujeres que era la *fosa común*. Una hoyo de 80 metros de longitud por 4 de anchura, está siempre abierta para recibir a los muertos pobres. En aquella fosa es donde ha resuelto Francia el gran problema del *comunismo*. [...] ¡Oh, qué cosa horrible posee la Francia! ¡Un cementerio donde los pobres no tienen cinco pies de tierra para dormir el último sueño! ¡Oh, qué cosa tan horrible! La muerte colectiva, la muerte que apila 15.792 cuerpos para convertirlos en un mismo polvo. ¡Ay! ni en el cementerio es verdadero el orgulloso lema que han escrito en su puerta los franceses: *Liberté, Egalité, Fraternité*"<sup>148</sup>.

Desigualdad en la muerte lo que fue desigualdad en la vida; porque ¡qué doloroso observar la condición de vida de las paupérrimas mujeres de las Landas francesas! ¡Cuán triste había sido antes contemplar el durísimo trabajo de las campesinas del País Vasco, dedicadas a las más penosas tareas agrarias! Carolina Coronado resolverá con la ironía la denuncia de esta situación y le proporcionará argumentos para reivindicar otra vez, una vez más, la injustificable desigualdad intelectual entre mujeres y hombres.

Era un día espléndido de julio, fresco, nublado, tomentoso... Sobre-  
cogida por la belleza del paisaje próximo a Mondragón, escribía:

“Deteniendo los ojos en esta hermosa vegetación, y reflexio-  
nando en lo desgraciados que somos en los pueblos, no hay  
criatura por perversa que fuese que no se tornara humana  
siquiera por este día. Yo creo que los hombres deben ser  
aquí mejores que en otras partes, porque aquí deben ser más  
dichosos. ¿Y las mujeres serán también más dichosas?

Al fijar mi vista en el fondo de esta montaña he divisado en  
las praderas mujeres trabajando el suelo.

Me han dicho que los hombres están holgando en las casas.

¡Bravo!... veo que estas gentes han declarado ya a la mujer  
apta para seguir toda carrera igual a la del hombre, incluso la  
de las armas. Una mujer en las provincias vascongadas pue-  
de ser médico, literato, abogado, diplomático y guerrero por  
la razón misma que es cavador, arador, leñador, segador y  
carretero. La razón que ha dado el sexo fuerte para no per-  
mitir al sexo débil el que se entregue al estudio y las fatigas  
de los cargos públicos, es el justo temor de que desatienda sus  
deberes y se le asimile hasta el punto de confundir la condi-  
ción de la mujer con la condición del hombre.

Pero, una vez condenada al trabajo de los hombres en el orden  
físico, quedan libres para ocuparse de sus mismos trabajos, en  
el orden moral. Si el hombre se encarga de arrullar al hijo y  
aderezar los alimentos, en tanto que la mujer cava la tierra,  
lo mismo puede encargarse de ello en tanto que la mujer  
defiende un pleito. Si la mujer tiene fuerzas para manejar un  
arado, las tiene para blandir una espada. Si sería ridículo ver  
a una mujer mandando una compañía, no lo es menos diri-  
giendo una yunta. ¿Es posible que el egoísmo de los hombres  
llegue hasta tal punto que transijan en el orden físico con  
estas impropiedades del trabajo sólo porque esto conviene a  
su comodidad? Tantas caricaturas que se han hecho para la  
mujer que toma la pluma, ¿por qué no se han hecho para la  
mujer que toma una azada?

Yo te lo diré, Emilio, porque este trabajo no alcanza premio; no alcanza laureles. No es el esfuerzo del trabajo, sino el éxito del esfuerzo lo que inquieta a los hombres. Excluyen a la mujer de las ciencias y de la literatura, no por el temor de que sufra en la lucha, sino por el temor de que venza. Ellos la dejarían estudiar y examinarse, si hubieran de recibir siempre calabazas”.

Luego, acaso forzosamente, resguardándose de las censuras que le sobrevendrían por este texto una vez publicado y en contra de la propia trayectoria vital y escrita, seguramente para que no la considerasen adepta a las revolucionarias ideas de la socialista peruana Flora Tristán o a las de Aurore Dupin, introdujo unos límites a su reivindicación:

“Yo no abogo por la emancipación del sexo; yo no deseo que las mujeres aprendan ciencias; yo no quiero siquiera que sean literatas; yo maldigo el instinto que pone la pluma en mis manos; pero si han de abandonar sus labores propias, si no han de velar al pie de la cuna de sus hijos, si han de ser leñadores y carreteros, que sean también generales y que sean ministros”<sup>149</sup>.

### *Las tormentas del mundo*

Cuando por vez primera Carolina Coronado miró la luz de Francia frente a frente, afloraron de pronto dolores no calmados (secuelas de la historia reciente), y se despertaron adormecidas pasiones del alma; todo se hizo sobra de recelo. Así describía ella misma ese mirar a Francia años después, extendiendo tales sentimientos a la globalidad de los españoles<sup>150</sup>. Tal ánimo nos acompañará a lo largo de las epístolas, a través de numerosas imágenes y reflexiones.

En la propia frontera franco-española, cruzando el puente de Behovia, parece adelantarnos que en el *paseo*, y tal como había recomendado su admirado Rousseau, no escasearían las observaciones sobre el gobierno de los países que visitara. Y así, de esta manera tan particular, describió su entrada en Francia:

“Ya he llegado al medio del puente. A un extremo de él están los guardias españoles, en el otro están los guardias franceses. En un extremo hay una corona real, en el otro un letrado que dice *Liberté, Egalité, Fraternité*. La monarquía y la república se hallan unidas por una tabla y confundidas en un río, porque en el agua no puede haber línea divisoria. Mi hombro derecho pertenece ya a la república, mi hombro izquierdo pertenece aún a la monarquía”<sup>151</sup>.

Es interesante la referencia a las aguas del río, en tanto el Sena será para la Coronado la imagen de esas aguas sin líneas divisorias donde se habían fraguado las revoluciones, las convulsiones agitadoras; aguas que fluían sin fronteras y que habían alcanzado a España, causándole tanto sufrimiento. Después, esa sensación de fragilidad: entre la monarquía y la república, solo una tabla...

De hecho la Coronado hacía responsable a Francia de todas sus desdichas. Era una idea que compartía con otros muchos españoles, como Ayguals de Izco, aunque desde luego muy lejana estaba Carolina Coronado de la xenofobia del provocador periodista. “Cuando Francia estornuda, España dice Jesús”, también sentenciaría años después Galdós<sup>152</sup>. En el diálogo con Víctor Hugo ya mencionado, la extremeña utilizará la metáfora del Sena y mirará al origen de los males que habían azotado a España. Nos decía:

—¿Sois felices con la monarquía?

—Creo que somos menos desgraciados que en Francia con la república.

—¿Amáis a vuestra joven reina?

—¿Y cómo no amarla, señor, siendo tan buena?

—Pero allí también hay luchas, hay trastornos.

—Sí; pero no los produce el pueblo español.

—¿Pues quién?

—El pueblo francés, que como un gran vapor que cruza el Sena, conmueve a las barcas que navegan tranquilamente por su orilla.

—Es decir, que ahora está la España sosegada.

—¿Lo está la Francia?

Víctor Hugo hizo un gesto muy significativo, y respondió sonriéndose.

—Sí, la Francia está tranquila hoy...; pudiera suceder que no lo estuviese mañana...

—¡Dios mío, todavía nuevas revoluciones! ¿No estáis cansados de contiendas?"<sup>153</sup>

Sin duda, lo más atrayente del epistolario es la dimensión social que la autora proyecta. Esta proyección no asombraría en la obra de un escritor de su tiempo, pero se trata de una mujer, una mujer que se asoma al mundo de modo distinto al de sus compañeras españolas de oficio. Nos seduce esa perspectiva y en ella, la percepción que, como lectores, tenemos de que Carolina Coronado pareciera sugerir tímidamente la independencia de la sociedad respecto del individuo, algo que la acercaría más que al socialismo filosófico, quizás a los postulados universalistas de su amigo Nicomedes Pastor Díaz, que habían abierto un debate en la España de su tiempo. Bien sé que esto no es sino una intuición, una suposición sin fundamento, pues nace desde la sugestión de un escueto texto literario; pero al acercarse, siquiera, en la atmósfera de las cartas, al debate, la Coronado recogía el ritmo y el pulso que a los lectores les interesaba, que centraba artículos de prensa o discusiones en tertulias y en Ateneos<sup>154</sup>. La escritora nunca mencionará individuos, es decir nombres de políticos, estadistas o filósofos concretos contemporáneos; siempre se referirá a los pueblos (el francés, el alemán, el inglés), o al pueblo en sí, o a las instituciones, a la sociedad. Pensemos —insistimos— que es una mujer de 30 años, española, es más, extremeña, y recién llegada a Madrid, la que adopta con soltura este signo de modernidad.

Ignoramos cuál era el pensamiento político de la Coronado en ese momento exacto de su biografía; tampoco es relevante. Nos interesa el texto literario; no analizamos un manifiesto político o un tratado de sociología. Su ideología liberal, de corte más bien progresista, debido a la propia escuela familiar, nunca saltó a posturas encontradas con los dos pilares para ella inamovibles o intocables: la monarquía y la religión católica. En todo caso, no faltan finos análisis decimonónicos, que nos aclaran con lucidez en el caso de España esta que, en principio, podría parecer una contradicción (progresía y monarquía coaligadas)<sup>155</sup>. No obstante, la libertad de pensamiento de Carolina no debía estar limitada por demasiadas barreras internas, y esa misma libertad es el origen de la sensación de eclecticismo que a veces nos envuelve al leer a la autora, al conocer a la autora. Las etiquetas no se adhieren en las alas de una paloma que había ido rompiendo, una a una, con su pico, todas las cadenas.

Conocemos el desencanto de Carolina Coronado anterior a 1845: la libertad que tanto proclamaban las filas liberales no era sino una libertad cortada a medida del hombre. La constitución de 1837 y las leyes dictadas en el periodo progresista, de poco valían; ¿Qué era una soberanía que recaía en una nación amputada de su mitad, de todas las mujeres? Los poemas “Libertad” o “A Lidia” son gritos nacidos de ese desengaño. Si desencanto conocíamos en la Coronado entonces, cierto escepticismo hallaremos en el epistolario de 1851 y desde luego un análisis mínimo, pero sugerente y certero, de la situación que palpaba en la Francia del momento. Escepticismo hallaremos también, una vez más, en el epistolario al juzgar a los tribunales franceses, la legalidad. ¿Hay una velada insinuación a los no tan lejanos métodos (causas amañadas o condenas sin causas) de la Asamblea tras los sucesos de 1848?:

“Nuestro cicerone (que es sin duda alguna la fatalidad en figura de francés) nos ha conducido desde el subterráneo donde se conserva a los muertos hasta el *tribunal* donde se

destruye a los vivos. El recuerdo de Montesquieu, que habló por vez primera en uno de sus salones, nos llevó a oír parte de la defensa que estaba haciendo un abogado que no era ciertamente hijo de Montesquieu. Pero su gesto y su acción suplían la falta de elocuencia de sus palabras; y si en vez de componer un discurso, se hubiese contentado con recitar un buen trozo de drama, hubiera lucido como actor ante aquel respetable auditorio”.

París había crecido grandemente en su extensión urbana, pero también había engordado de sangre y de dolor. ¡Cuántas muertes! Casi a vuelo de pájaro, ella miraba no solo los edificios de París, que se extendían a sus pies, también buscaba en ellos el rastro de la historia, en pos de alguna causa remota para tanta violencia reciente. A lo largo de las cartas la escritora extremeña sugerirá la veleidad de Francia, la de un país que muda con celeridad histórica los modos de gobierno, y aludirá varias veces a la crueldad de una nación regicida. Con la misma contundencia volverá a pronunciarse en el citado ensayo *España y Napoleón*.

Las alusiones a esa Francia donde es “muy general mudar de trajes”, se repetirán a lo largo del epistolario, con crudeza, con encono a veces; con ironía, con sentido del humor, la mayor parte. Al recordar el paseo del muelle de Bayona, expresaba:

“Pero es suyo el bellissimo paseo del muelle, cuyo borde hemos seguido hasta llegar a un círculo de árboles, en cuyo centro nos han dicho que estaba el *altar de la Patria* durante la revolución. Bien ha podido haber allí un altar, porque los franceses levantan altares con la misma facilidad que los derriban. Los altares no son para ellos sino parte de la decoración, y según el drama que representan, levantan un altar para la patria como elevan un cadalso para sus reyes”<sup>156</sup>.

Pareciera que la Coronado quisiera buscar una raíz profunda y distante para el terror que la revolución de 1789 había desencadenado, para el genocidio y regicidio cometidos entonces, para las matanzas, presidios y deportaciones de aquel reciente junio de 1848, en el que incluso fue alcanzado por un disparo en la Bastilla el Arzobispo de París. Es el único recodo del epistolario en el que mira al río de la historia, ausente por voluntad propia en la generalidad del texto. Los reyes absolutos franceses, esos que ponían a los pies del extranjero la honra e independencia de sus súbditos, también eran asesinados<sup>157</sup>. Piensa en Ravaillac, en los tiempos de Enrique IV, como si pretendiera hurgar en una savia antigua y escondida para entender que, más allá de las ideas que azuzaron la revolución de 1789, más allá de las circunstancias sociales de la Francia próxima, existía una crueldad soterrada en los hilos que habían tejido la historia de aquel pueblo<sup>158</sup>. Luego lanzará al futuro desde sus cartas un grito de advertencia sobre la responsabilidad moral de Francia para con Europa. Cuando el lector actual piensa en los símbolos de los líderes de la revolución de 1917, en algunas de sus actitudes primeras, no puede sino estremecerse ante las palabras premonitorias de la Coronado. Quizás más que fabulosa premonición, sea acaso el conocimiento profundo de los males de su tiempo, y de las consecuencias que tales dolencias pudieran ocasionar en una Europa futura:

“La Francia, patria del regicidio, fue la patria del perverso Ravaillac, que dio espantoso ejemplo de odio a los reyes, de irreverencia a Dios. ¡Oh!, si algún día esos crímenes se repiten en las naciones, que Francia dé cuenta al mundo de la escuela donde aprendió la humanidad”<sup>159</sup>.

La extremeña siente que el fuego que azuza la revolución no había perecido. No menciona nunca las ideas; solo la revolución. Las ideas no parecen ser causa directa para ella de ese temblor que aún se extendía desde la raíz más silenciosa, en apariencia muerta, hacia la superficie supuestamente tranquila y revestida de belleza. En los mismos cimientos de París,

es decir, en las catacumbas, el cuarto más bajo de la ciudad, el espíritu revolucionario estaba vivo, al menos latente, y sus secuelas, su proyección, su ruido, alcanzaban los grandes edificios de la superficie, sepulcros vacíos por la crueldad del genocidio de 1792 a 1794, y vacíos por la ausencia de los recientes expulsos, con Luis Felipe a la cabeza<sup>160</sup>. La escritora extremeña, desde las catacumbas, y sobre todo desde la torre de Notre Dame, nos regalará algunas imágenes sobrecogedoras y lúcidas, metáforas sobre la arquitectura del pueblo levantadas con el soporte de sus lugares de interés turístico, de sus monumentos significativos:

“Hay en el subterráneo dos capillas, llamadas una la *tumba de la Revolución*, y otra la *tumba de las Víctimas*. Esta división entre ambas cosas, que me parece una sola, me hace meditar mucho sobre el talento *subdivisorio* que tienen los franceses. La *revolución* fue la que hizo las *víctimas*, y a éstas podía dárseles tumba. La *revolución* era la causa, y las *víctimas* el efecto. La idea se expresaba claramente, consagrando una tumba a las *víctimas de la revolución*, como los españoles la tenemos a las *víctimas del dos de mayo*. Pero abrir una tumba a las *víctimas* y otra además a la *revolución*, parece que indica que los franceses no sólo entierran a los hombres sino a las ideas. Indudablemente han querido demostrar que la revolución quedaba enterrada; pero esto es del todo falso. Lo que han demostrado es que hasta en las tumbas se oculta en París la revolución; que hasta los muertos son en París revolucionarios.

¡Cuántos carros triunfales y cuántos carros fúnebres han rodado sobre estas bóvedas, desde que Julio César colocó arriba su trono, hasta que cayó del suyo Luis Felipe! Cada uno de los dominadores ha dado a estos subterráneos su tributo de huesos humanos. Esta es una cueva donde los leones de la historia han guardado los despojos de sus sangrientos botines. Por encima de estas bóvedas pasaron triunfantes para subir al trono, Clovis y Dagoberto, Carlomagno y Felipe Augusto, Francisco I y Luis XIV; y por encima de estas bóvedas pasó para subir al cadalso el desventurado Luis XVI.

Aquí, sobre estas bóvedas, se sintió el golpe de hacha que separó la cabeza de una gran reina, y hasta los mismos cadáveres se estremecieron. Por encima de estas bóvedas pasó luego relinchando sus ruedas la carroza imperial de Napoleón, dando al mundo el espectáculo de un rey con siete coronas, como la serpiente de las siete cabezas. Y más tarde, aquella carroza volvió a pasar vacía. Los muertos vecinos de este piso bajo no sintieron los pasos de la planta diplomática de Luis Felipe, *Napoleón de la Paz*; pero los sintieron los vivos, vecinos del piso alto de París, y dicen que sobre estas bóvedas ha habido hace poco un horrible combate.

Aquí ha llegado el estruendo de la artillería, y por la tierra de estas bóvedas se ha filtrado gota a gota la sangre de un generoso mártir, la sangre de un santo prelado: el Arzobispo de París.

¿Qué hacen ahora los de arriba?, ¿quién es rey?, ¿quién gobierna?, preguntan los de aquí abajo, y nadie responde. ¿Y quién puede responder? Los vivos no lo saben mejor que los muertos. Pronto acaso volverá a resonar el choque de las espadas, y se sabrá por qué estaba tan silencioso París.

¡Ah, dichosos los que moran en estos subterráneos, porque no presenciarán las luchas de los que allá arriba van a despedazarse!”.

Poco después, en la torre de la catedral, expresará:

“Miro luego a los edificios, e impresionada como estoy con el recuerdo de los cementerios y las catacumbas, me empeño en considerar los palacios como sepulcros. Pero sepulcros vacíos. A mi izquierda, a la misma orilla del río, veo el negro palacio del *Louvre*, que parece fabricado de hierro, como convenía a algunas reinas que lo habitaron. Por la puerta occidental entró, Emilio, derramando sangre de su profunda herida, el desgraciado Enrique IV. [...]

Pero más allá del *Louvre* distingo a las *Toullerías*, e imagino ver a Luis Felipe que salía vivo, cuando en efecto habían muerto los reyes de Francia...

Más allá, hacia el Este, alcanzo a divisar la columna de *Vendôme*, que me parece una admiración en el gran libro de París; y todavía más lejos, completamente al Este, se dibuja en el horizonte el *Arco del Triunfo*, que es un compás con el que se puede medir con exactitud el orgullo de Napoleón”<sup>161</sup>.

Nadie sabe quién gobierna en Francia... Los franceses vivos no lo saben mejor que los muertos.

Es asombroso el resumen de la situación política que nos sirve Carolina. Pura incertidumbre. ¿Quién gobernaba: la Asamblea o lo hacía solo aquel nuevo Napoleón, un príncipe-presidente? En altos despachos se estaba ideando un futuro distinto para Francia. La dilatada campaña publicitaria del presidente de la República, que había conseguido despertar un gran fervor en todas las clases sociales, ocultaba otros fines, que algunos, como Donoso Cortés, alimentarían. Sabemos que, al menos desde octubre de 1851, el diplomático español propondrá a Luis Napoleón Bonaparte las bondades de la dictadura, el uso de la fuerza, como único modo de salvar a Francia<sup>162</sup>. Pensemos también que cuando la Coronado publica (seguramente también escribe) la carta en la que realiza estas observaciones (los días 10 y 24 enero de 1852) ya se había producido el golpe de estado de Carlos Luis Napoleón Bonaparte (2 de diciembre de 1851) y la proclamación de 14 de enero de 1852, con la firma de la nueva Constitución ese mismo día.

Nos parece asimismo destacada la ironía al juzgar el modo en el que desde mayo de 1848 Francia había reprimido la expansión de la ideología socialista utópica, o, por decir como Carolina, había resuelto lo que en la prensa de su tiempo, y entre los pensadores decimonónicos, se conocía como “el problema del socialismo”<sup>163</sup>: acomodado ciertos de los principios comunitarios no entre los hombres, sino en beneficio de los animales. En sus cartas no culpa a los utópicos franceses. En ello la postura de Carolina Coronado se vislumbra tímidamente próxima a quienes desde las páginas de *El Clamor Público* (y en contra

de las opiniones de *El Herald* o *El Católico*) hacían responsables de la revolución de 1848 a los gobernantes franceses, que no habían dado solución a la grave crisis económica, a la desigualdad espantosa de una clase obrera que apenas tenía para sobrevivir, y a la que además la Asamblea Nacional, en manos de moderados, el 30 de mayo de 1848 le había negado el pago del subsidio, ofertándoles como salidas el trabajo a destajo, el ejército, la inacción o la emigración rural. No habían sido por tanto los sueños del socialismo y las utopías de Fourier, Blanqui, Saint-Simon, Cabet o Pillot las que habían originado la revolución reciente<sup>164</sup>. En esta misma postura se movía la indignación de Modesto Lafuente:

“Resulta pues, que en resumidas cuentas, después de tan pomposas teorías de unos, de tan brillantes ofertas de otros, de tan repetidas propuestas de todos, de ocuparse seria, profunda y meditadamente, de la ruidosa organización del trabajo que ha conmovido a toda la Europa, después de haber sido discutida en una Asamblea de 900 hombres elegidos por el voto nacional con el fin de cumplir a los trabajadores tantas y tan lisonjeras promesas como se les han hecho de mejorar su condición y suerte, resulta, decimos, que todo lo que se ha hecho ha sido mandar que los obreros trabajen a destajo y no a jornal, que procure el gobierno darles ocupación, sea en las obras comunales, sea en los talleres privados, y que se envíe a los pueblos de su naturaleza a los que llevan poco tiempo de residencia y están estorbando en París. Parécenos a nuestro humilde entender, que para semejante organización del trabajo no se necesitaba haber hecho tanto ruido”<sup>165</sup>.

El socialismo, que en sus orígenes sí se había infiltrado con cierta fuerza en el proletariado, no había sabido dar una respuesta eficaz y se había tornado en una mera especulación filosófica ya en 1845. Así lo había expuesto la socialista Aurore Dupin en un trío de artículos que ese año habían aparecido entre el 30 de enero y el

4 de febrero, en *El Espectador*, con el título *La política y el socialismo*, y que en el tiempo político español en el que se publicaron habían conmocionado a algunos sectores<sup>166</sup>. Durante todos esos años, hasta su llegada a Francia en 1851, la Coronado no estuvo ajena a la infinidad de noticias y opiniones que en la prensa española se publicaban sobre la supuesta amenaza que para Europa, desde luego para España, suponía la difusión de aquellas ideas. Desde hacía tiempo contaban con el interés de algunos viajeros doctos que, en sus viajes a París, sostuvieron algún encuentro con adeptos fourieristas (Czynski o Considerant) y que venían cargados de prensa y libros adquiridos en la *Librería social* de la calle Sena<sup>167</sup>; pero (es bien sabido) los socialistas utópicos tenían también fervientes seguidores en España: los fourieristas Joaquín Abreu, Sixto Cámara, Federico Beltrán, o los adeptos a Cabet como Abdón Terradas o Monturiol. No solo habían tratado de expandir sus ideas sociales en periódicos, de vida efímera, es cierto, como *La Atracción* (1845), sino que incluso, algunos de los fourieristas había pasado a la acción, solicitando permiso a las autoridades pertinentes para fundar algún falansterio en suelo español: es el caso de Manuel Sagrario de Beloy en Jerez de la Frontera<sup>168</sup>.

Recordemos además que cuando Carolina Coronado llega a París, su amigo Juan Donoso Cortés acababa de publicar con enorme éxito el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. El texto había complacido enormemente a la mayoría moderada francesa, es decir a casi toda Francia, sobre todo porque el autor, entonces embajador español en París, era considerado uno de los intelectuales mejor formados del orbe, y con una amplia proyección en Europa. La postura beligerante y reaccionaria de Donoso Cortés contra el liberalismo y el socialismo (“el socialismo es una teología satánica”) se sitúa a años luz del pacifismo de la Coronado; también parece que distaban en el hecho de culpar a los “sofistas” modernos de todas las revoluciones.

Nos sorprende las repetidas veces que la escritora extremeña ironiza contra la “civilización”. Es cierto que también hallamos este ataque en otros periodistas españoles, sea el tan citado Modesto Lafuente. Espantado ante los sucesos del 23 al 25 de junio de 1848, iniciaba su crónica sobre la República francesa con estas palabras: “La culta capital de Francia, ese emporio de civilización moderna, ha vuelto a ser teatro de sangrientas y terribles escenas...”<sup>169</sup>.

En el texto de la Coronado el sustantivo “civilización” siempre cobra un sentido negativo, siempre es pie para la chanza. La escritora censurará a esa supuesta Francia “civilizada” que mata de hambre a sus hijos, que engorda las desigualdades, que es capaz de elevar patíbulos, o de reprimir conductas en cárceles bien ideadas para la tortura de sus ciudadanos... La civilización, al fin, se sugiere como una pura máscara, una palabra vacía en el preámbulo del texto constitucional, que proclamaba orgulloso que, al adoptar la república como forma de gobierno, Francia marcharía más libremente en pos del progreso y la civilización<sup>170</sup>. Pues bien, así describía nuestra paisana aquel “progreso”. Había signos de él: en las cárceles, es decir, en “los sepulcros donde se enterraba a los vivos”. Escribió:

“Hemos salido de las entrañas del puente para dirigirnos a la nueva cárcel. Aseguran que tiene mucho mérito la construcción de los calabozos, cuyas maderas, repentinamente, por medio de un resorte, roban la luz al desgraciado que entra en ellas persuadido de que tiene ventanas.

¡Ay! si los hombres desplegaran para todas las cosas tantas ingeniosas ideas como despliegan para ser crueles, ¡qué sabia sería ya la especie humana!”<sup>171</sup>.

Singular juzgamos asimismo la velada insinuación a la represión con la que Francia había sometido a las “sectas” comunistas, a las organizaciones de republicanos rojos, a los jefes y líderes de obreros en los talleres nacionales, o quizás (quién sabe si pensara en ellas) a todas

las asociaciones proyectadas que habían soñado, como principio y fin de la acción política, Saint-Simon, Blanc o Proudhon. Las matanzas de 1848, los más de 10.000 prisioneros y deportados, algunos de los métodos “inquisitoriales” utilizados y luego las medidas de 1849, estaban presentes en la mente de la escritora<sup>172</sup>. No pudo ser más gráfica: en Francia las asociaciones eran asociaciones de muertos.

Por otra parte, juzgamos una fantástica ironía la que Carolina Coronado utiliza varias veces para con una República que había conseguido reducir el influjo de los socialistas utópicos. Pareciera que la contrarrevolución ideada por los altos filósofos defensores de la propiedad, como Thiers, hubiese recogido a su vez la práctica de las bondades de los falansterios, las Icarías, o la *communauté* de un modo muy particular. Asfixiadas las ideas de las comunidades para hombres, las aplicaban para hacer convivir a hombres y bestias, “individuos” al fin, como hermanos (en fondas o medios de transporte) o para enterrar los muertos pobres en una comunidad única. Era la muerte comunista, nos dirá con amargo sarcasmo, de una sociedad muy civilizada. Así habían solucionado, expresaba nuestra paisana, “el problema del comunismo”. Así habían suprimido el egoísmo, el individualismo y la dominación. La igualdad había llegado por tanto a las bestias y a los muertos.

La ironía o el escepticismo que van hilando los párrafos donde trae a colación las ideas “filosóficas” de los hombres, cede ante el dolor de las guerras, ante las tormentas del mundo. Carolina Coronado rara vez hablará de héroes, solo de muertos. Desde los primeros poemas, el pacifismo de la escritora es una actitud vital sin fisuras y esa actitud es la del epistolario. Únicamente al juzgar la guerra de la Independencia española hallaremos una sonora excepción. Porque en la guerra de la Independencia sí existieron héroes. Existieron millares de héroes. La guerra de la Independencia sí era justificada por la escritora, pues fue una guerra defensiva contra quienes nos querían esclavos. Carolina Coronado escribía con la lucidez histórica de saber

que aquella había sido la primera guerra española en defensa de la patria, en un sentido moderno. No era la guerra de un rey sino la de un pueblo en contra de un invasor que pretendía hacer de España una colonia o una provincia; un pueblo en defensa de su “patria”, un tesoro histórico que además de un territorio definía una identidad superior, a la que la Nación, ello es, el conjunto de todos los españoles, que son libres e independientes, debían defender para legarla intacta a las generaciones futuras. Ella, que desde sus primeras composiciones poéticas, había ahondado en el egoísmo de las contiendas, movidas tantas veces por el afán de la riqueza, sabía que esta de la Independencia significaba el ejemplo más grandioso de heroicidad no solo frente a Francia, sino frente a todo el mundo. Esta idea cobrará fuerza en su ensayo *España y Napoleón*. Y así, cerca del Ebro, nos había dicho:

“Poco después hallamos al Ebro [...] y atravesamos los campos que dan motivo a los españoles para decir, por la millonésima vez, que somos unos héroes que derrotamos a Napoleón. Con esto pienso desesperar a los franceses cuando me enseñen la columna de Vendôme. Ellos están muy ufanos con su gloria, pero nosotros lo estamos más con la nuestra. Ellos creen tener un héroe, pero nosotros creemos tener millones de héroes. Napoleón es un héroe, los nuestros son cada uno de los españoles que mató un francés”<sup>173</sup>.

El resto de las guerras, como la entonces reciente contienda civil española, eran para la escritora auténticas epidemias que solo dejaban a su paso fosas comunes, donde se medían las victorias por la cantidad de cadáveres. Nada de ello, expresaba, le parecía poético, por más que algunos se empeñaran en coronar las gestas con “entusiasmo patriótico”.

En Francia halló nuestra paisana una sociedad de grandes contradicciones. Mas a pesar de sus recelos, de sus prejuicios o desconfianzas,

no hallamos satanización, tampoco xenofobia. Gran pueblo, lo llamaré una vez. Ese mismo pueblo que arañará el corazón de la escritora, conmovida en el cementerio de Père Lachaise ante la tumba de Moratín, el compatriota español al que ya desde las primeras epístolas anunciaba que debía visitar en el cuarto bajo de París. Los franceses no lo habían dejado solo en su eterna habitación. Nada menos que Molière y Lafontaine lo acompañaban. Aquello por un momento pareció suavizar la larga cadena de agravios cometidos contra España, y quiso compartir con nosotros su gratitud:

“Dos grandes poetas franceses tienen su sepulcro al lado del ilustre poeta español como para darle compañía. Allí están como tres amigos que cansados del bullicio de las ciudades se han ido a vivir pacíficamente a la soledad de los campos. Tal vez platican entre sí, tal vez Moratín cuenta a Molière y a Lafontaine las desgracias de España y tal vez ellos le responden sabiamente consolándole en su destierro.

Al fin, ya que es expatriado, tiene Moratín compañeros que no le abandonan. Al fin, ya que no puede estar al lado de Calderón y de Cervantes, le acompañan Molière y Lafontaine. Al fin, ya que nosotros lo arrojamos de nuestra tierra, lo acoge la Francia hospitalaria.

¡Qué Dios bendiga a la Francia! Nosotros borramos nuestro capítulo de agravios nacionales, por la piedad que ha tenido de nuestro desventurado ingenio, dando paz y honor a sus preciadas reliquias. ¡Qué Dios bendiga a Francia porque no ha permitido que se profanen!”<sup>174</sup>.

### *La naturaleza*

Harto se ha escrito sobre el paisaje como el descubrimiento romántico por excelencia y por tanto no abundaremos en una cuestión tan elemental, que sitúa a la extremeña en una esperada semejanza con sus compañeros de generación.

No obstante, conviene recordar la extraordinaria riqueza con la que Carolina Coronado traspuso sobre el papel no solo el conocimiento de esa naturaleza sino la pasión por ella y la identidad con ella<sup>175</sup>.

La obra lírica de la almendralejense, de la poetisa pastora o campesina (como se apodó a veces) exuda sabiduría. Es la sabiduría de una mujer que vive largas temporadas en el campo, y que desde niña se ha interesado por la zoología, la botánica, los astros, los fenómenos naturales. En su producción escrita (en la poética y en la narrativa) quiso además dejarnos constancia de sus gustos, algo que también hallaremos en su *Paseo* cuando alude al clima, cuando silencia los paisajes áridos, o cuando expresa que el calor solo genera pensamientos prosaicos. Extremeña como era, sentía en carne propia la dureza del verano. Manifestaba su rechazo al estío, “abrasador y desnudo”, que era la muerte de toda la belleza, la de esa primavera temprana, que hacía las delicias de la escritora.

Y quien ama desea preservar lo amado. Por tanto, permitiéndosese el anacronismo, el pensamiento ecologista de la escritora es uno de los rasgos que causan mayor sorpresa al lector actual. Carolina Coronado denunciará la contaminación de los ríos y de la atmósfera a causa del tránsito de los vapores; se lamentará de la canalización subterránea de los manantiales, cegados por la necesidad de pueblos o ciudades en expansión; sentirá malestar ante las ciudades enemistadas con la naturaleza, bloques de hormigón devorando el entorno, sin zonas verdes, sin arboledas. Tal pensamiento alcanzará toda su vida. En un poema de ancianidad, “Sport suicida” (1903), abominará de los automóviles, esas “máquinas fétidas e insanas” (los calificó) que “las tierras y los aires contaminan”.

En el fondo subyace el sueño de la Arcadia feliz de Rousseau, y el desdén por el progreso industrial, el miedo por el avance de lo artificial sobre lo natural, que tanto nos acerca a la mirada fourierista, en su día excéntrica e incomprensible, y que hoy, en una Tierra assolada por el hombre, no deja de conmovernos. Carolina Coronado participa así

del sentimiento apasionado de otros escritores románticos, el de su admirado Byron (“There is a pleasure in the pathless woods.../ I love not man the less, but Nature more”), el de Wordsworth o Whitman. Ensalzará como ellos los valores éticos y sobre todo estéticos de la naturaleza salvaje, en estado puro, esa a la que no había llegado la mano del hombre, contaminante y destructiva.

En la obra poética de Carolina Coronado la naturaleza disipa a las ciudades y los pueblos, hasta tal punto que son los grandes ausentes. Cuando aparecen lo hacen de manera indirecta; son escuetas referencias a un detalle arquitectónico y casi siempre tienen un sentido negativo<sup>176</sup>. También en sus novelas la naturaleza arruina al paisaje urbano, que es inexistente. Encontramos referencias necesarias a los escenarios donde discurre la acción (un alcázar, un castillo, un palacio) pero las descripciones son devoradas por la naturaleza salvaje, o iluminadas por los jardines cortesanos, con sus delicados diseños y sus aromas. Ello tiene continuidad en el *Paseo* epistolar de Carolina Coronado.

Las primeras páginas de la obra que nos ocupa están agostadas por el sol de Castilla y la aridez de los campos en el estío. La propia escritora compartirá con sus lectores esta sensación de asfixia anímica:

“Yo hablaré de paisajes hermosos cuando los encuentre, y elevaré un himno al sol así que me halle a la sombra”.

Por eso, profundamente emocionada por la armonía entre el paisaje natural y el urbano, elogiará el Pirineo; un sentimiento gratisimo con el que también juzgará en París la delicada conciliación de la ciudad con la naturaleza, a diferencia del ingrato paisaje urbano de Madrid, donde los edificios crecían devorando toda vida vegetal. Escribirá:

“Si la felicidad, que ha salido escapada de los pueblos, se ha detenido en alguna parte por ocho días, ha sido en una de estas casitas del bajo Pirineo. Me ha sorprendido mucho su construcción. Al ver a una en la cima de un monte, y otra

como rodeada a sus pies, y más allá a otra en el fondo de un valle, y atravesada en el arroyo otra, y otra escondida entre los árboles, me parecieron al pronto un vecindario en dispersión, un pueblo desquiciado, desunido y hecho pedazos a impulsos de algún sacudimiento de tierra. No presumía yo que hubiese una provincia con tanto talento que construyese las casas separadas unas de otras, dejando los grupos de castaños, de manzanos, de guindos y de cerezos dentro de la población en vez de calles, y a las peñas por monumentos, y por fuentes los arroyos. Acostumbrada a tener una vecina sobre mi cabeza, otra bajo mis pies, otra al costado derecho, y otra al costado izquierdo, miraba con envidia aquellas casas que no tienen número *ni están aseguradas de incendios*, porque entre las verdes ramas de los parrales y de las enredaderas que las visten, se ven todavía piedras negras de cuando fueron quemadas en días de rapiña y saqueo. [...] Yo no me canso de contemplar estas montañas. Mi dolencia ha desaparecido desde que respiro este aire puro y tibio, húmedo y perfumado con la exhalación de los arroyos y de las plantas. No sé cuáles serán las emociones que me esperan en las cortes que voy a visitar, ni sé la influencia que ejercerán en mi ánimo los adelantos de Europa cuando me lance en las entrañas de su civilización; pero yo protesto desde ahora contra todo placer que pueda hacerme olvidar el que en este instante experimento en los deliciosos campos de mi país. Sean cualesquiera las maravillas que allá me esperen, yo me despido de estos valles con lágrimas porque no puedo quedarme en ellos, renunciando a mi proyectada expedición”.

Respecto de París y Madrid, nos dirá:

“Grande ha sido la emoción que he experimentado al verme, en la altura, dominando París. Ya conozco por fin la fisonomía de este gran pueblo, que tiene al mismo tiempo la alegría del niño, la fogosidad del mozo y la debilidad del anciano. De este pueblo que juega, ríe y se divierte en la campiña; que

brama, lucha y se despedaza en las calles; que medita, habla y se duerme en las asambleas.

Paréceme, al ver su extensión, que París no es un pueblo que está en medio de los campos, sino que son los campos los que están dentro de un pueblo. Son bosques, valles, selvas, llanuras, colinas, ríos y montañas, comprendidos en un círculo que ha trazado el compás de la civilización.

París es un pueblo que se ha coaligado con la Naturaleza, así como Madrid es un pueblo que ha reñido con ella; porque Madrid no es más que una porción de edificios amontonados en un desierto, así como París es un montón de bosques agrupados en un pueblo. En Madrid es todo cal, yeso, madera y pintura; en París los edificios parecen también parte de la vegetación, porque están unidos a ella. Desde aquí veo confundidos los árboles y las casas, los bosques y los monumentos, las riberas y las calles. El bosque de *Boulogne*, el *boulevard*, los *Elíseos*, me parecen desde aquí montes, donde tú, Emilio, temerías hallar lobos, y donde habitan los hombres más cultos y refinados de Europa. [...]

Esto se explica fácilmente por la misma concentración en que vive el pueblo de Madrid. A los hombres de la primera edad del mundo les hubiera parecido imposible vivir sin árboles, sin sol, sin aire y sin agua; y no obstante Madrid ha resuelto este problema; porque no creo en conciencia que se les pueda llamar árboles a los del Retiro, ni sol al que no baña sino los tejados, ni aire el que se respira en los estrechos cuartos, ni agua a la del Manzanares<sup>177</sup>.

Desde lo alto, observando la naturaleza integrada en el paisaje urbano, Carolina Coronado se reconcilia con París, también con sus gentes. Allí, con aquella belleza bajo sus plantas, viven ahora los hombres más cultos y refinados del orbe, esos mismos a quienes poco ha había censurado. Y así será en todos y cada uno de los pueblos y ciudades francesas que transite. Ella misma lo dirá: “¡País encantador!, ¿quién no se reconcilia contigo al acercarse a las aguas

del Garona?” o “Hemos dado un paseo por el Adour, y estoy más contenta con Bayona. Todo se le puede perdonar a un pueblo que tiene un río tan hermoso en medio de la población, y un mar tan cerca de este río”. Los caudalosos ríos, los bosques del país vecino, el clima suave (Paráiso considera el paisaje del Loire cercano a Tours) causarán una honda impresión a la extremeña.

Es una contemplación exaltada de la naturaleza que se extiende también a los propios camposantos, a los panteones del cementerio de P. Lachaise, que la escritora transmutará en palacios, en mansiones parecidas a las de los filósofos griegos, o en casitas de campo desiertas, rodeadas de flores y bosques, de aves alegres trinando en un espacio maravilloso. Y así, la primera impresión de aquel entorno no puede ser más exultante y feliz:

“Nada más bello, nada más risueño, más encantador que la situación de estos palacios. Nada más delicioso que el jardín de los muertos”.

Es todo un contraste. Uno más de los muchos existentes en el epistolario. En sus cartas, Carolina Coronado se servirá siempre de la naturaleza para provocar en sus lectores disimetrías entre la belleza y el horror; entre la pureza y la contaminación. Y así frente a la visión maravillosa de las montañas del Pirineo y el Deva purificador, nos presentará, al punto, las casas calcinadas y la sangre bañando esas mismas aguas en la reciente guerra civil; así mientras disfrutaba de la luz sorprendente de un día nublado en el País Vasco, un día de los que “predisponen el alma al amor y la piedad”, vuelve sus ojos en esos valles a las mujeres campesinas humilladas y sin derechos, esclavas de los hombres, o así, el esplendor del Garona, su insólita belleza vista desde el puente, contrasta súbito con la descripción de una moderna cárcel diseñada con toda la crueldad más intencionada: la armonía y el goce de la naturaleza agostados en el corazón de la escritora por los monstruos opresores, destructivos, que el hombre “civilizado” crea.

Y vamos terminando. Pasados dos años desde la publicación del epistolario que hoy nos ocupa, exactamente el 2 de abril de 1854, *El Claamor Público*, en un artículo titulado “Académicas” difundía la noticia de que las escritoras Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda ingresarían en breve en la Real Academia. Evidentemente era falso, fuegos fatuos o un intento llamativo, sensacionalista diríamos hoy, de reavivar la polémica surgida desde que en enero de 1853 la Avellaneda solicitase un sillón en la Academia, exactamente el que había pertenecido a Juan Nicasio Gallego, su mentor literario en Madrid.

Es bien sabido que la cubana buscó el apoyo de algunos académicos (ferviente defensor fue José Manuel Quintana) para que avalasen su ingreso, tal como nos desvelan las cartas escritas a Ramón Mesonero Romanos en 1853, y publicadas por malicia, según Emilia Pardo Bazán, en 1889, justo en el momento en el que el nombre de la gallega sonaba como posible candidata para ocupar un sillón vacante en la Institución<sup>178</sup>.

A pesar de la esperanza que Tula albergaba, en buena parte fundada (el conde de San Luis, también aspirante, había retirado su candidatura a favor de Gertrudis Gómez de Avellaneda), todo quedó en un sueño, todo fue “amarguísimo desengaño”, según escribía Emilia Pardo Bazán, pues amargo es siempre “el espectáculo de la injusticia y la pequeñez”<sup>179</sup>.

Emilio Castelar, que en 1861 había publicado sus conocidos ensayos sobre la almendralejense, fue entusiasta partidario del ingreso de las mujeres en la Academia. Él mismo recordará el enorme revuelo que se armó cuando quiso reparar la injusticia cometida con la Coronado y cuando además presentó como candidata a Emilia Pardo Bazán<sup>180</sup>. A su vez, la escritora gallega elogiará la postura aperturista y firme que, a través de los años, había sostenido Castelar respecto al ingreso de las mujeres en la Academia. El agradecido recuerdo de Emilia Pardo Bazán está contenido en las epístolas literarias que, en tradición petrarquista, había dirigido a Gertrudis Gómez de Avellaneda

en 1889, unos días después de que leyese en *El Correo* las cartas privadas de la cubana a Mesonero Romanos, cartas que se publicaban a deshora, de manera tan póstuma, y ya dijimos con qué intención. Entre las rotundas verdades y los irónicos juicios, siempre sostenidos en la fuerza de su cuidada prosa, Emilia Pardo Bazán refería enternecida a esa Tula ya celeste la postura coherente de Castelar. Le decía:

“Así vine al conocimiento de que aquella explícita afirmación del derecho de la mujer a tomar asiento en la Academia, que en tu día mantuvieron tantos claros varones, sólo uno la sostiene hoy dentro de la Academia misma. ¿Te acuerdas de aquel jovencillo pálido, agitado ya por el *Deus* de la pitonisa, que frecuentaba tu casa y ensalzaba tu candidatura con el ardor de la mocedad? Pues ese, que ha llegado a ser Demóstenes español, es hoy nuestro abogado en la Academia, y no vergonzante, sino declarado y animoso. Por él habrías entrado tú, y el tierno poeta Carolina Coronado, y yo, y todas las mujeres que España juzgue dignas de estímulo y premio; él derrochará sus palabras de oro en sostener nuestra causa, cuando llegue una solemne ocasión, y de sus labios he oído tales cosas acerca del asunto, que se habrá estremecido de placer tu sombra, si, como creo, nos atendía”<sup>181</sup>.

La situación nunca cambió. Ese siglo XIX que, como escribiera la Pardo Bazán, venía echándose de tan progresista, jamás mudó. La gallega y sus compañeras de generación fueron “candidatos perpetuos a la Academia”, “candidatas archiplatónicas”. Juan Valera representará la postura más generalizada de su tiempo. En el folleto *Las mujeres y las Academias. Cuestión social inocente*, publicado con el seudónimo Eleuterio Filogyno en 1891 expondrá los argumentos que le hacían ser contrario al ingreso de las mujeres en la Institución. Las razones auténticas, mucho más misóginas aún que las incluidas en su folleto, eran transmitidas a Marcelino Menéndez Pelayo, de manera privada, en 1891:

“Mucho me alegro de que recibiese usted y leyese con gusto mi folleto *Las mujeres y las Academias*. Aunque ahonde yo mucho en lo más íntimo de mi conciencia, aseguro a usted que no veo que, al escribirle, me moviese el más imperceptible prurito de contrariar o vejar a doña Emilia, sino la firme convicción de la disparatada cursilonería de que trajésemos a doña Emilia a pedantear entre nosotros, sentada, v.gr., entre Commelerán y Fabié. Y no sería eso lo peor, sino la turba de candidatos que nos saldrían luego. Tendríamos a Carolina Coronado, a la baronesa de Wilson, a doña Pilar Sinués y a doña Robustiana Armiño. Por poco que abriéramos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre”<sup>182</sup>.

Era el mismo escritor que, en público, prodigó grandes elogios a Gertrudis Gómez de Avellaneda y a Carolina Coronado, únicas poetisas, en su opinión, de “indisputable mérito” en el siglo XIX. En su magno *Florilegio de poesías castellanas del siglo XX* (1902), Valera escribiría que “si prescindimos de Santa Teresa [...], nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como Doña Carolina Coronado y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda”.

En lo que respecta a la cuestión académica, en 1910 una extraordinaria mujer, admiradora de la de Almendralejo, recordaba esa larga sinrazón, espesada en siglos. Carmen de Burgos (Colombine) advertía que en Lisboa vivía Carolina Coronado, la escritora, decía literalmente, “de la que todas mamaron” y que, para vergüenza de tantos, no poseía sillón en la Academia<sup>183</sup>.

¡Qué largo camino! Hasta 1978, con el ingreso de Carmen Conde, la institución no contó con mujer alguna en sus doctos sillones. Era la misma Carmen Conde, que muchos años antes, cuando se celebraba el centenario del movimiento romántico en 1935, tenía puestos sus ojos en nuestra Carolina Coronado, su mayor memoria, intransferible. Escribió:

“Yo no puedo hablar del Romanticismo porque lo veo en grandes óleos sobre encristaladas galerías. Es ya tema de críticos supersabihondos y no de poetas que, a lo mejor, también son románticos.

No estoy frente al Romanticismo, sino que sigo su orilla. Por la sangre derecha de mis pulsos, su Espíritu Santo me dicta.

Del tiempo romántico y de sus intérpretes sólo retengo las memorias mayores; y de ellos mi mejor amiga es Carolina Coronado: por su poesía y por haberse guardado en una urna de cristal al amante muerto. Ninguna otra figura de mejor relieve romántico, clásico, eterno, fundamental, intransferible. Así que yo he conocido la muerte, he comprendido mejor su, *mi* romanticismo”<sup>184</sup>.

¡Carmen Conde! Tras ciento treinta años de “cuestión académica” que capitanearon, junto a un escogido grupo de hombres, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Emilia Pardo Bazán, se consiguió remediar la injusticia. Hoy, tras una historia de silencios extendidos en demasiados siglos, ya son siete. Diez en 300 años. Ya somos dos en esta Real Academia de Extremadura, cuando corren 15 años de un nuevo milenio.

A todas ellas, a esas mujeres valientes del XIX que continuaron en el camino de la ilustrada Josefa Amar y Borbón, vaya mi más sincero reconocimiento, mi emocionado homenaje y mi profundísimo afecto, porque en la literatura el amor no entiende de espacios temporales.

Pero, decíamos que Carolina Coronado escribió su epistolario para desvelarse ante sus lectores, contemporáneos y futuros. Hemos cifrado la singularidad de su *Paseo* en esa particular gracia, inherente al hecho literario. Por ello, permítanme que finalice con una emoción perteneciente toda entera a mi personal universo lector, por lo que el amor de un espacio compartido me hace ligazón con mi paisana.

Estamos de nuevo en julio de 1851, en casa de Víctor Hugo. El novelista francés, desviando el rumbo de la conversación con Carolina Coronado, que tomaba derroteros acaso demasiado políticos, para complacer a la escritora y a la par interrumpir educadamente la orientación del coloquio, tomó un libro y le enseñó a su hija un grabado de la catedral de Sevilla. Parece un detalle baladí. ¿No es cierto?

Para mí es un hecho enternecedor. La almendralejense quiso expresarle no solo a Víctor Hugo en 1851, sino sobre todo a los lectores de su tiempo y a lectores los futuros (*a posteritati*) la orgullosa pertenencia a una tierra, por ella tan amada. ¿Cuántas veces no habré oído yo también esa pregunta de si soy andaluza? ¿Cuántas otras no habré soportado la imitación torpe, con cadencia ajena, de nuestros rasgos fonéticos extremeños? Y Carolina Coronado se despidió del novelista francés haciendo gala de esa cualidad del pueblo extremeño que, aún hoy, a menudo elogian quienes nos visitan: la hospitalidad. Escuchen ese pequeño fragmento de aquella conversación, colofón de mis palabras, animadas por el mismo amor, extremeñísimo amor, que moviera a Carolina:

“Víctor Hugo tomó un libro y lo hojeó maquinalmente. Después prosiguió dirigiéndose a su hija:

—Mira la catedral de Sevilla.

Y luego volviéndose a mí:

—¿No sois andaluza?

—Extremeña.

—Quien sabe si algún día iremos por vuestro país...

—Mi país es el vuestro, porque en ningún rincón de España puede sentirse extranjero Víctor Hugo”.

Muchas gracias.

## NOTAS

<sup>1</sup> De la Banda y Vargas, Antonio. *Antonio María Esquivel*. Sevilla, Diputación Provincial, 2002, págs. 9 y 29.

<sup>2</sup> Pizarro Gómez, Francisco Javier y Terrón Reynolds, María Teresa. “Obras de los Esquivel en Extremadura” en *NORBA. Revista de arte*, nº 8 (1988), págs. 197-206.

<sup>3</sup> Carta de Carolina Coronado a Juan Eugenio de Hartzenbusch, noviembre, 14 [1846] en Coronado, Carolina. *Obra en prosa. Ensayos, artículos y cartas. Apéndices*. Edición de Gregorio Torres Nebrera. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, T. III, pág. 437.

<sup>4</sup> “Yo —escribía la Coronado en 1857— me lamentaba en infantiles verosos de la esclavitud de la mujer, de su soledad y de su tristeza [...]. Josefa Massanés [...] se quejaba, como yo, de la estrechez de nuestra vida; y algunas inocentes niñas, siguiendo nuestro ejemplo, llenaban las páginas de los periódicos literarios de lágrimas dolorosas por el común infortunio. Estos gemidos, muchos de los cuales no eran sino ecos de los míos, desgarraban mi alma, y encendían mi mente de indignación contra la tiranía del hombre, hasta que, como he dicho, concentrando mis fuerzas, imaginé colocar a mis heroínas en una galería que fuese una protesta de nuestras desventuras, y una reclamación para que se nos devolviesen nuestros legítimos derechos a ser ilustradas”. Cfr. Coronado, Carolina. “Galería de poetisas españolas contemporáneas” en *Obra en prosa...*, op. cit., págs. 155-156. Estas palabras, pertenecientes a la Introducción de la “Galería”, fueron publicadas en *La Discusión* el 1 de mayo de 1857.

<sup>5</sup> Coronado, Carolina. “Los genios gemelos: Safo y Santa Teresa” en *Obra en prosa...*, op. cit., págs. 25-34. El ensayo fue publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, en tres entregas, en el año de 1850.

<sup>6</sup> Marañón, Gregorio. “Discurso de contestación a Don Ignacio Herrero de Collantes” en *Viajes oficiales de Isabel II. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia por los Excmos. Señores D. Ignacio Herrero de Collantes, marqués de Aledo, y D. Gregorio Marañón y Posadillo, en la recepción pública del día 15 de enero de 1950*. Madrid, Gráficas Reunidas S.A., 1950, pág. 170.

<sup>7</sup> Aguilar Piñal, Francisco. *Introducción al siglo XVIII*. Madrid, Júcar, 1991, págs. 67-68. Es el número 25 de la *Historia de la Literatura Española* dirigida por Ricardo de la Fuente.

<sup>8</sup> Prieto, Antonio. "El renacimiento epistolar" en *La prosa española del siglo XVI*. Madrid, Cátedra, 1986, pág. 59.

<sup>9</sup> Coronado, Carolina. "Doña Josefa Massanés" en "Galería de poetisas españolas contemporáneas", op. cit. nota 3, págs. 167-170. El artículo fue publicado en *La Discusión* los días 17, 21 y 28 de junio de 1857.

<sup>10</sup> Belmar Hip, Cecilia. "Itinerario poético (II): *Un paseo desde el Tajo al Rhin descansando en el Palacio de Cristal*" en *Caminería Hispánica: Actas del III Congreso internacional de Caminería Hispánica*. Guadalajara, ACCHE Ediciones, 1997, págs. 579-584; Pérez González, Isabel María. *Carolina Coronado [Del Romanticismo a la crisis fin de siglo]*. Badajoz, Del Oeste Ediciones-Diputación Provincial de Badajoz, 1999, págs. 169-180; Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia de Carolina Coronado. Los primeros años en la vida de una escritora*. Almendralejo, Excmo. Ayuntamiento de Almendralejo, 2011, págs. 469-484; Fanconi Villar, Paloma. "Las colaboraciones en prensa de Carolina Coronado" en las *Actas de las III Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, págs. 11-28; Jenkins Wood, Jennifer. *Spanish women travelers at home and abroad, 1850-1920: from Tierra del Fuego to the Land of the Midnight sun*. Lewisburg, Bucknell University Press, 2014, págs. 69-97.

<sup>11</sup> Contamos con la edición que realizó Gregorio Torres Nebrera en el Tomo III de la *Obra en prosa* de Carolina Coronado, op. cit., págs. 61-151.

<sup>12</sup> Coronado, Carolina. "Correspondencia a propósito de un baile de niños" en *La Época*, 25 de enero de 1858.

<sup>13</sup> Navarrete, Ramón. "Revista de Madrid. A la señorita Doña Carolina Coronado" en *La Ilustración. Periódico Universal*, 5 de octubre de 1850. Fue publicado por Torres Nebrera, Gregorio, op. cit., T. III, págs. 307-312.

<sup>14</sup> Coronado, Carolina. "Revista de Madrid. Al Señor Don Ramón de Navarrete" en *La Ilustración. Periódico Universal*, 12 de octubre de 1850.

<sup>15</sup> Naranjo Sanguino, Miguel Ángel. "La caracterización de los personajes" en *Historia de la Diputación Provincial de Badajoz 1812-2000*. García Pérez, Juan (coord.). Badajoz, Diputación Provincial, 2007, Tomo I (CD), pág. 143, y Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia de Carolina Coronado...*, op. cit., págs. 456-462.

<sup>16</sup> Coronado, Carolina. “Doña Josefa Massanés” en “Galería...”, op. cit., págs. 177-178. Sobre los excesos e inventos de los escritores del XIX escribió también en otros lugares, por ejemplo, en “España y Napoleón” (1861): “No conozco siglo alguno en la historia que haya sido tan novelero como el siglo XIX. ¡Cosa rara! En un siglo positivo y prosaico, de Bolsa y de Congreso, se inventan cuentos de caballería, más fantásticos y maravillosos que cuando había en Europa castillos feudales”, en *Obra en prosa (III)*, ed. de Gregorio Torres Nebrera, op. cit., pág. 277. Acertadas y lúcidas ironías sobre ese “dolor artístico”, exceso de los poetas, o sobre la distinción entre el mundo literario y el real, hallamos en algunas de sus novelas, sean *Jarilla* o *Paquita*.

<sup>17</sup> “Ángela Grassi” en *La Ilustración*, 27 de abril de 1850, págs. 130-131.

<sup>18</sup> “Ángela Grassi” en *La Discusión*, 28 de junio y 1 de julio de 1858. Este texto fue editado por Gregorio Torres Nebrera, *Obra en prosa (III)*, op. cit., págs. 224-255.

<sup>19</sup> Coronado, Carolina. “Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda” en “Galería...”, op. cit., págs. 205-209.

<sup>20</sup> La novela *Luz*, de la que solo publicó la primera parte, salió en *El Clamor Público* en dieciocho entregas durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1851. En el mismo medio apareció también, el 11 de marzo de 1851, el artículo “Suicidio de un poeta en el último día de carnaval”. En la primera entrega de su novela, publicada el 10 de julio de 1851 hubo de justificar el cambio expresando: “Sr. Director de ‘El Clamor Público’. Muy Sr. Mío: la novela que remito a Vd. no es la que Vd. se sirvió anunciar con el título de *Los dos rivales*. Es otra que estoy escribiendo con el título de *Luz*. Si a Vd. le es indiferente el cambio, puede ocupar con esta el folletín. De S.S.Q.B.S.M. Carolina Coronado”.

<sup>21</sup> El 31 de enero de 1847 el *Semanario Pintoresco* publicaba “La luna” de Carolina Coronado. Dos años antes el nombre de la extremeña había aparecido por vez primera en ese mismo medio escrito. El *Semanario Pintoresco* anunciaba entonces la existencia del periódico badajocense *El Pensamiento*, y se hacía eco de las poetisas que publicaban en él sus composiciones, entre ellas Carolina Coronado. El artículo de Neira de Mosquera titulado “Filosofía social. La literata” fue publicado en el *Semanario Pintoresco Español* el 18 de agosto de 1850.

<sup>22</sup> Véanse todos estos destalles en Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia de Carolina Coronado...*, op. cit., págs. 365-460.

<sup>23</sup> Coronado, Carolina. Introducción a la novela *Luz*, op. cit., pág. 11.

<sup>24</sup> Navarrete, Ramón de. “Revista de Madrid” en *La Ilustración*, 15 de febrero de 1851, pág. 50.

<sup>25</sup> Coronado, Carolina y Fernández, Pedro. “Correspondencia a propósito de un baile de niños” en *La Época*, 22 y 25 de enero de 1858. Estas cartas fueron editadas recientemente por Gregorio Torres Nebrera, *Obra en prosa*, T. III, op. cit., págs. 336-343. Sobre el salón de Carolina Coronado una vez casada véase, entre otros, Pérez González, Isabel María. “Carolina Coronado y Horacio Perry en el contexto político del siglo XIX” en las *Actas de las III Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, págs. 89-132.

<sup>26</sup> *Correo de los Teatros. Periódico de noticias teatrales, artísticas y literarias*, 19 de enero de 1851: “Las ovaciones hechas a la Alboni y Gardoni se quedarán largo tiempo grabadas en la memoria de cuantos asisten al Teatro Real y serán sin duda el galardón más precioso que puedan llevar consigo estos dos eminentes artistas de ingenio y de corazón. La última representación de la *Sonnambula* ha sido para ellos uno de los más solemnes triunfos. Los aplausos, los bravos, resonaron en toda la función, y algunas piezas se quería que fuesen repetidas, teniendo que presentarse varias veces a la escena la Alboni y Gardoni. ¡Quién sabe cuándo podemos oír cantada de igual modo la *Sonnambula!*”.

<sup>27</sup> *Correo de los Teatros. Periódico de noticias teatrales, artísticas y literarias*. Véanse los números del 5 al 26 de enero de 1851.

<sup>28</sup> Coronado, Carolina. “Revista de Madrid. Al Señor Don Ramón de Navarrete”, *La Ilustración*, 12 de octubre de 1850; Coronado, Carolina. “Que en España se adelanta lo mismo viajando en vapor que viajando en camello (A la señorita Doña Ángela Grassi)”, *La Ilustración*, 15 de febrero de 1851; Coronado, Carolina. “Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en “Galería...”, op. cit., págs. 209-211.

<sup>29</sup> Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia de Carolina Coronado...*, op. cit., págs. 306-307, 333-337, 365-368, 401 y 429-431.

<sup>30</sup> *El Heraldo*, 1 de enero de 1851 y *La Ilustración*, 4 de enero de 1851. En este último caso la noticia venía firmada por Ramón de Navarrete quien

(¡cómo no!) centró la atención en el valor demostrado por las mujeres que viajaron en el tren, a las que menciona: Calderón, Pérez Hernández, Nájera, Goicoechea, de Necedal, de Álvarez, etc.

<sup>31</sup> Véanse por ejemplo las noticias aparecidas en *El Herald*o, 2 de enero de 1851; *El Observador*, 3 de enero de 1851; *El Genio de la libertad*, 6 de enero de 1851; *La España*, 9 de enero de 1851, y *El Observador*, 10 de enero de 1851. En general todos los periódicos se hicieron eco: *El Católico*, *La Época*, *El Popular*, *La Esperanza*, etc.

<sup>32</sup> *El Genio de la Libertad*, 28 de enero de 1851.

<sup>33</sup> *Guía del viajero en el ferro-carril de Aranjuez. Redactada con presencia de datos originales*, impresa por el periódico *El Observador*, 1851, 74 págs.

<sup>34</sup> *El Observador. Diario Independiente*, 10 de febrero de 1851; Nard, Javier. *Guía de Aranjuez...* Madrid, Imprenta V. de D.R.J. Domínguez, 1851. La obra estaba dedicada al marqués de Salamanca.

<sup>35</sup> Léanse por ejemplo las noticias y el programa sobre la inauguración en *El Católico*, 7 de febrero de 1851 o en *La Ilustración*, 8 de febrero de 1851.

<sup>36</sup> Carta de Juan Valera a su mujer, Dolores Delavat, Lisboa, 6 de abril de 1881: “Otro elemento social es la señora de Perry, o dígame la poetisa Carolina Coronado [...] es chismosísima, no por hacer mal, sino porque le encanta saber y contar vidas ajenas. Carolina es quien me ha contado las borracheras del rey D. Luis, las historias del rey Don Fernando con su condesa, las trampas de la reina Pía con su modista, en fin, todo”; el 9 de abril reiteraba a su mujer: “Otra de mis tertulias es Carolina Coronado. Es amabilísima y se le puede perdonar lo chismosa. No lo hace a mal hacer sino por amor al arte”. Valera, Juan. *Correspondencia* (III), ed. de Leonardo Romero Tovar. Madrid, Castalia, 2004, págs. 266 y 269.

<sup>37</sup> *La España*, 11 de febrero de 1851, año IV, núm. 875. El artículo fue reproducido en otras publicaciones del momento, como en *El Eco Literario de Europa*, 1851, nº 2, págs. 73-99.

<sup>38</sup> *El Católico*, 13 de febrero de 1851, pág. 311.

<sup>39</sup> Coronado, Carolina. “Que en España se adelanta lo mismo viajando en vapor que viajando en camello” en *Obra en prosa* (III), op. cit., págs. 319-325.

<sup>40</sup> Coronado, Carolina. “La Empresa del Ferrocarril en Extremadura”, fechado en Badajoz, en 1846. Fue publicado en la edición de sus *Poesías*, 1852, pág. 130.

<sup>41</sup> Decía *El Católico* el 12 de febrero de 1851: “Ayer, según se había anunciado salieron tres expediciones de la estación de Madrid, a las diez, a las once y a las doce, y en todas ellas se quedaron muchas personas con el sentimiento de no alcanzar billetes, porque los diez carruajes de que consta cada tren, se llenaron por los madrugadores o por los más esforzados, porque hasta esfuerzos hubo que hacer para lograrlos”.

<sup>42</sup> *El Católico*, 12 de febrero de 1851, pág. 303.

<sup>43</sup> *La Ilustración. Periódico Universal*, 15 de febrero de 1851, pág. 54: “Al dar cabida en nuestras columnas a la carta que va al pie de estas líneas, creemos oportuno advertir que, según tenemos entendido, la empresa del ferro-carril ha puesto ya remedio a los retrasos que se experimentaron en las primeras expediciones. Todos los ingenieros y empleados belgas han sido despedidos, quedando solo los ingleses; las máquinas que originaron los retrasos y accidentes ocurridos el miércoles, están compuestas y se han encargado a Inglaterra más locomotoras para aumentar el número de expediciones hasta el punto de cubrir las necesidades del camino, teniendo en cuenta el número excesivo de viajeros que estos días se han agolpado en el embarcadero de Madrid”.

<sup>44</sup> Fanconi, Paloma. “Las colaboraciones en prensa de Carolina Coronado” en *Actas de las III Jornadas de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, págs. 24-25.

<sup>45</sup> Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *Medellín y Hernán Cortés en la obra de dos escritoras extremeñas del siglo XIX: Carolina Coronado y Vicenta García Miranda*. Don Benito, PROINES-Asociación Histórica Medellinense, 2013.

<sup>46</sup> *La Ilustración*, 22 de febrero de 1851.

<sup>47</sup> *La Ilustración*, 8 de marzo de 1851.

<sup>48</sup> *Ibíd.*

<sup>49</sup> Navarrete, Ramón de. “Revista de Madrid” en *La Ilustración*, 8 de marzo de 1851.

<sup>50</sup> Coronado, Carolina. “Suicidio de un poeta en el último día de Carnaval” en *El Clamor Público*, 11 de marzo de 1851.

<sup>51</sup> *El Católico*, 6 de marzo de 1851.

<sup>52</sup> Es bien sabido que en el periódico *La Nación*, al menos en dos ocasiones, Benito Pérez Galdós se ocupó del carnaval madrileño, en su columna

“Revista de la Semana”, el día 4 de marzo de 1865 y el 18 de febrero de 1866. Sobre la actividad periodística de Galdós y los artículos costumbristas del canario, véase Palomo, María del Pilar. “El periodismo en Galdós” en *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*. Madrid, Consejería Cultural de la Comunidad de Madrid, 1988, págs. 223-230; Palomo, María del Pilar. “El artículo costumbrista y *La Fontana de Oro*” en *Textos y contextos de Galdós*, ed. de John W. Kronik y Harriet Turner. Madrid, Castalia, 1994, págs. 39-54; Palomo, María del Pilar. “Galdós y Mesonero (Una vez más, costumbrismo y novela)” en *Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987)*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1989, págs. 217-238.

<sup>53</sup> Pérez Galdós, Benito. “Revista de la Semana” en *La Nación*, 4 de marzo de 1865.

<sup>54</sup> Coronado, Carolina. “Suicidio de un poeta...”, op. cit.

<sup>55</sup> *La España* el 4 de septiembre de 1850 daba noticia de la retirada de *La Víbora*, y comentaba “bajo malos auspicios inicia”. Benito Pérez Galdós recordará la censura impuesta a *La Víbora* en los *Episodios nacionales*: “*La Víbora* me parece que no sale ya. Habrá disgustado a la camarilla” (*Episodios nacionales. Cuarta Serie. Los duendes de la camarilla. La revolución de julio*. Madrid, Espasa Calpe - Grupo Unidad Editorial, 2008, pág. 37).

<sup>56</sup> Véanse, por ejemplo, *El Correo de los Teatros*, 4 de abril de 1851, *El Clamor Público*, 1 de abril de 1851 o *El Observador*, 2 de abril de 1851.

<sup>57</sup> Sobre estos particulares véase Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia...*, op. cit., págs. 438-443.

<sup>58</sup> Coronado, Carolina. *La Sigea* en *Obra en prosa (I)*, ed. de Gregorio Torres Nebrera, op. cit., pág. 433.

<sup>59</sup> Román Román, Isabel. “La narrativa de Carolina Coronado y la novela romántica” en las *Actas de las III Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, págs. 29-50.

<sup>60</sup> Una extensa noticia sobre la exposición universal de Londres la facilitaba ya el 19 de octubre de 1850 *La Ilustración*, pág. 333. Ese mismo mes lo hacen también *El Clamor Público*, *El Heraldo* o *La Época*.

<sup>61</sup> Véase, por ejemplo *El Clamor Público*, 11 de diciembre de 1850 (listado de expositores franceses); *La Esperanza*, 11 de diciembre de 1850 (descripción del

palacio de cristal y de la ubicación del futuro *pabellón* español); *La Ilustración*, 7 de enero de 1851; *Diario de Mallorca*, 13 de marzo de 1851 (se mencionan los expositores franceses); *El Heraldo*, 26 de marzo de 1851 (se anuncia la posible fecha de la inauguración oficial y la inexistencia aún de un catálogo general de expositores); *Diario de Mallorca*, 8 de abril de 1851 (se avisa de la salida desde La Habana rumbo a la exposición de Londres de tabacos, azúcares y mármoles, y del diploma expedido a Ramón de la Sagra de vicepresidente de la muestra inglesa; se describe con detalle el avanzado estado de la obra, en la que trabajaban 1.700 personas); *El Áncora*, 7 de abril de 1851, 7 y 25 de mayo de 1851, etc.

<sup>62</sup> Coronado, Carolina. *Luz en Obra en prosa (II)*, op. cit., págs. 45-46.

<sup>63</sup> Véanse por ejemplo los anuncios insertos en *El Clamor Público*, 8 de abril de 1851; *La Época*, 15 de abril de 1851 o *La Esperanza*, 30 de abril de 1851. La más económica era la empresa de la calle del Carmen 29, que ofrecía un viaje por 1.500 reales; la *Gran Empresa de viajes* en la calle de las Fuentes 1 y otra establecida en Preciados 5 ofertaban una semana en París y quince días en Londres (*El Observador*, 14 de junio de 1851). La empresa de la Carrera de San Jerónimo 11 incluía como la de Saavedra y Riberolles un tour con todos los gastos incluidos (transporte, intérprete, visitas guiadas, entradas para espectáculos, etc.) por precios no disparatados (*El Observador*, 10 de junio de 1851). Para quienes fueran por su cuenta, Saavedra y Riberolles publicitaba encarecidamente una fonda en París, el Hotel des Princes.

<sup>64</sup> La ópera *Zerline ou la corbeille d'oranges* de Daniel-François Auber fue efectivamente interpretada en su estreno absoluto por Marietta Alboni el 16 de mayo de 1851, pero no en Londres, sino en el Teatro de la Ópera de París.

<sup>65</sup> Navarrete, Ramón de. "Revista de Madrid" en *La Ilustración*, 5 de abril de 1851.

<sup>66</sup> *El Observador*, 13 de junio de 1851: "Variedades, de nuestro corresponsal en Londres"; Echevarría, Ramón. "Cartas Españolas" en *La España*. Véase por ejemplo la editada en ese medio el 10 de junio de 1851 desde Londres.

<sup>67</sup> *El Observador*, 24 de junio de 1851. El 16 de junio el corresponsal en Londres envió una nota que el periódico reprodujo en la sección de "Variedades": "Ya ha empezado a venderse a un sehelin (cinco reales) cada ejemplar, un cuadernito de 88 páginas titulado *Notes sur les produits espagnols envoyés á la exposition de Londres [...] par Monsieur Ramón de la Sagra, commissaire espagnol*,

*membre du jury mixte*. El título promete mucho; pero el folleto no corresponde ciertamente al nombre de Don Ramón de la Sagra. No lo remito porque no merece que ni Vds. ni yo gastemos los dos duros o más que costaría enviarlo por correo". El día 3 de junio en la misma sección y periódico el corresponsal se quejaba del desastre con el que se exhibían los productos españoles en la muestra: "Con ánimo de cumplir la oferta que hice a Vds. en una de mis anteriores, he estado hoy en la exposición decidido a ir pasando revista uno por uno a todos los objetos expuestos en la parte española, según el orden que el catálogo les asigna; pero pronto tuve que resignarme a abandonar mi propósito, convencido de que el desarreglo absoluto en que estaban colocados y la falta de numeración de la mayor parte de ellos hace imposible seguir orden ni método alguno en su examen" (*El Observador*, 13 de junio de 1851).

<sup>68</sup> González de Tejada, José. "La Exposición universal. Romance" en *La Ilustración. Periódico Universal*, 10 de mayo de 1851.

<sup>69</sup> Navarrete, Ramón. "Revista de Madrid" en *La Ilustración*, 7 de abril de 1851. Sobre el hotel proyectado por Salamanca en Aranjuez y la descripción de los distintos establecimientos, léase *El Eco literario de Europa*, 1851, nº 2, págs. 73-99.

<sup>70</sup> Navarrete, Ramón. "Revista de Madrid" en *La Ilustración*, 5 de mayo de 1851.

<sup>71</sup> *Nuevo Mundo*, 13 de mayo de 1851.

<sup>72</sup> *El Clamor Público*, 23 de mayo de 1851 y *El Mundo Nuevo*, 23 de mayo de 1851.

<sup>73</sup> *El Clamor Público*, 11 de mayo de 1851.

<sup>74</sup> *La Ilustración*, 26 de julio de 1851.

<sup>75</sup> Desde al menos el mes de junio de 1851 este libro fue publicitado en casi todos los periódicos madrileños. Carolina Coronado cita alguna vez en su epistolario estas guías de viaje: "Casi todos los sitios que vamos atravesando están llenos de recuerdos históricos; pero vuelvo a decirte, Emilio, que ni sé ni quiero hablar de estas cosas. Toma la Historia de España, o la guía del viajero y sabrás lo que pasó...". *Un Paseo desde el Tajo al Rhin...* en *Obra en prosa (III)*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, pág. 82.

<sup>76</sup> *La Época*, 8 de agosto de 1851: Itinerario de París de los señores viajeros de la empresa.

<sup>77</sup> Valera, Juan. "Cartas a la 'Revista ilustrada' de Nueva York", Madrid, 24 de octubre de 1891, en *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1947, Tomo III, págs. 432-433. Algunos datos sobre la relación entre Gabino Tejado y Carolina Coronado pueden leerse en Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *La familia de Carolina Coronado...*, op. cit., págs. 242 y ss. La carta de Donoso Cortés a Tejado puede consultarse en las *Obras completas* de Donoso. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1946, pág. 580: "Carolina está aquí y sale mañana, según creo, para Londres. Hemos hablado de usted".

<sup>78</sup> Los itinerarios fueron descritos con detalle por Ramón de Echevarría en "Cartas Españolas" (IV), *La España*, 10 de junio de 1851.

<sup>79</sup> *La Época*, 15 de abril de 1851: "Viaje a Londres en catorce horas por Calais y Donvres (sic), con una travesía de hora y media por mar o de veinte horas por el Támesis, a elección de los viajeros. La llegada a Londres por el caudaloso Támesis, sería espectáculo bastante grandioso para hacer el viaje a París y Londres. Estancia en Londres diez días. Agentes también de nuestra casa allí conducirán por el día a los señores viajeros a todos los monumentos: Túnel, Torre de Londres, Windsor, Hampton Coart, Greenwich, consagrando tres noches a los mejores teatros, una al magnífico Coloseum, dos a los jardines y otras dos a las exhibiciones o espectáculos más interesantes. Todas estas correrías se harán en carruajes que pagará la empresa, juntamente con las gratificaciones, agentes e intérpretes. Las personas que deseen permanecer en París más de ocho días, y en Londres más de diez, pueden hacerlo viviendo por su cuenta o abonando a la empresa los gastos de la fonda y habitaciones que elijan".

<sup>80</sup> *La Época*, 8 de agosto de 1851.

<sup>81</sup> *La Época*, 8 de agosto de 1851.

<sup>82</sup> *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Madrid, Establecimiento Tipográfico calle del Sordo nº 11, 1842, Tomo II, pág. 373.

<sup>83</sup> Dumas, Alejandro. "Las orillas del Rhin" en *Impresiones de viaje*. Traducción de José Muñoz y Gaviria. Madrid, Establecimiento Tipográfico P. Mellado, 1857, págs. 75 y ss.

<sup>84</sup> Fernández de los Ríos, Ángel. Introducción a las *Poesías* de Carolina Coronado. Madrid, Oficinas y Establecimiento Tipográfico del Semanario Pintoresco y de La Ilustración, 1852.

<sup>85</sup> Coronado, Carolina. *España y Napoleón*. Madrid, Imprenta Galiano, 1861. Cito por la edición de Gregorio Torres Nebrera, *Obra en prosa (III)*, op. cit., pág. 282.

<sup>86</sup> Distintos periódicos de Madrid participaron la llegada de la escritora a la Corte. *El Clamor Público* del día 16 de septiembre de 1851, expresaba que Carolina Coronado había llegado “anteayer”, es decir, el 13 o 14. *El Heraldo* publicaba la noticia el día 17 del mismo mes. *La Ilustración* (la fuente más fiable) comunicaba a sus lectores el día 13 que la autora se hallaba ordenando los apuntes de su viaje por Europa. La noticia aparece también en el *Correo de los Teatros*, nº 43, 21 de septiembre de 1851.

<sup>87</sup> *La Ilustración*, 13 de septiembre de 1851; 20 de septiembre de 1851 y 27 de septiembre de 1851.

<sup>88</sup> Recuérdense por ejemplo los artículos o cartas publicadas en *La Ilustración* (“Al señor Don Ramón de Navarrete” o “A la señorita Doña Ángela Grassi”, 12 de octubre de 1850 y 15 de febrero de 1851) y la epístola que es prólogo de la novela *Luz*.

<sup>89</sup> La bibliografía sobre el género epistolar en la antigüedad es desbordante. Citaré para curiosidad del interesado el magnífico estudio de Pedro Martín Baños: *El arte epistolar en el Renacimiento europeo (1400-1600)*. Bilbao, Universidad de Deusto, 2005, quien dedica, incluidos los apéndices, más de doscientas páginas al análisis del género en la tradición grecorromana y medieval antes de abordar el periodo objeto de su trabajo, el Renacimiento. Existe una traducción española de la obra retórica de Demetrio, debida a José García López (Madrid, Gredos, 1979).

<sup>90</sup> Pseudo-Libanio, *Epistolarum conscribendum methodus...*, cfr. Martín Baños, op. cit., pág. 43.

<sup>91</sup> Coronado, Carolina. *Obra en prosa*, op. cit., pág. 72. Léanse también las llamadas a Emilio en las cartas supuestamente escritas desde Tolosa, Vidart, Burdeos, Poitiers, Tours, Orleáns, París (págs. 75, 80, 83, 92, 93, 97, 99, 101, 104, 105, 106, 107, 114, 125, 126, 128, 133, 134, 135, 138, 141, etc.).

<sup>92</sup> Isla, José de. *Cartas familiares de... a su hermana Doña María Francisca de Isla...* Madrid, Imprenta del Consejo de Indias, 1785-1786, 4 vols.; Andrés, Juan. *Cartas familiares del abate... a su hermano D. Carlos Andrés...* Madrid, Antonio de Sancha, 1786-1793, 5 vols.

<sup>93</sup> Cicerón. *Cartas a Ático*: “Y precisamente por esta incertidumbre mía, esta carta es más breve, pues, al no saber con seguridad dónde estás, no quiero que nuestras conversaciones familiares acaben en manos extrañas”, 5 (1 9). Madrid, Gredos, 1996, pág. 49. Traducción de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez.

<sup>94</sup> En el prólogo Carlos Andrés decía de su hermano: “Las escribió con el descuido que permitía el afecto de los que las habían de leer [...] el autor siempre se ha resistido a [imprimirlas]... El público tendrá motivo para notar el que se le presenten unas cartas familiares...”. Léase también la larga justificación del propio Juan Andrés en la I del Tomo I, op. cit., págs. 1-13.

<sup>95</sup> Sévigné, Marie Rabutin-Chantal, marquise de. *Lettres de Madame de Sévigné, de sa famille et de ses amis, recueillies et annotées par M. Mon-merqué*. He manejado la edición de París, Librairie de L. Hachette et Cie., 1863, 8 vols.

<sup>96</sup> Cadalso, José. *Cartas marruecas*. Londres, Tamesis Books, 1966, carta LXXXIX, pág. 198: “Las cartas familiares que no tratan sino de la salud y negocios domésticos de amigos y conocidos son las composiciones más frías e insulsas del mundo. Debieran venderse impresas y tener los blancos necesarios para la firma y la fecha, con distinción de cartas de padres a hijos, de hijos a padres, de amos a criados, de criados a amos, de los que viven en la corte a los que viven en la aldea, de los que viven en la aldea a los que viven en la corte. Con este surtido, que pudiera venderse en cualquiera librería a precio hecho, se quitaría uno el trabajo de escribir una resma de papel llena de insulseces todos los años y de leer otras tantas de la misma calidad, dedicando el tiempo a cosas más útiles”. Los elogios a la escritora francesa del siglo XVII, pueden leerse en la obra de Juan Andrés *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura...* Madrid, Imprenta de Antonio de Sancha, 1789, págs. 354-359.

<sup>97</sup> Wilson, Maria. *Spain and Barbary. Letters to a young sister during a visit to Gibraltar, Cadiz, Seville and Tanger*. Londres, John Hatchard and son, 1837, págs. 22, 24 o 44 Letters I, II; Coronado, Carolina, op. cit., págs. 72, 82 y 102.

<sup>98</sup> Pueden consultarse estos particulares en Fernández-Daza Álvarez, Carmen. “Yo no puedo seguirte con mi vuelo” en las *Actas de las III Jornadas de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, págs. 271-292.

- <sup>99</sup> Coronado, Carolina. *Un paseo desde el Tajo al Rhin...*, op. cit., págs. 122-125.
- <sup>100</sup> Rousseau, J.J. *Emilio o de la educación*. Madrid, Edaf, 1982, Libro I, pág. 62. Traducción de Luis Aguirre Prado.
- <sup>101</sup> Coronado, Carolina. *Poesías*. Madrid, Oficinas y Establecimiento Tipográfico del Semanario Pintoresco y de La Ilustración, 1852, pág. 29.
- <sup>102</sup> Rousseau, J.J. *Emilio*, op. cit., pág. 82 y 94.
- <sup>103</sup> Rousseau, J.J. *Discurso sobre el origen y la desigualdad entre los hombres*. Madrid, Alhambra, 1985, págs. 136-138, y Coronado, Carolina. *Poesías*, op. cit., pág. 29.
- <sup>104</sup> Mesonero Romanos, Ramón. *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*. Madrid, Imprenta de D.M. de Burgos, 1841, pág. 7. Escribía que no buscaran sus lectores relación de sucesos históricos, ni descripciones artísticas o literarias; Sand, Jorge. *Cartas de un viajero*. Barcelona, Imprenta la Oliva, 1838, vol. I, carta II. Traducción de Reinés y Solé.
- <sup>105</sup> Coronado, Carolina. *Un Paseo desde el Tajo al Rhin...*, op. cit., pág. 102; véanse también págs. 72, 75, 82.
- <sup>106</sup> Rousseau, J.J. *Emilio*, op. cit., pág. 121.
- <sup>107</sup> Coronado, Carolina. *Un Paseo ...*, op. cit., pág. 63.
- <sup>108</sup> Ochoa, Eugenio. "El español fuera de España" en VV.AA. *Los españoles pintados por sí mismos*. Madrid, Boix, 1844, Tomo II, págs. 442-451: "Esto de viajar por recreo puede considerarse como usanza esencialmente moderna, a lo menos en España, si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres y más aún nuestros abuelos. Todavía a principios de este siglo, un hombre que había pasado la raya de Francia y penetrado hasta las murallas de Bayona, era ya una especie de fenómeno; se le llamaba cosmopolita; al que había llegado a Burdeos, se le consideraba como un intrépido viajero, un capitán Cook; llegar a París era cosa excesivamente inverosímil, temeridad en que rarísima vez se creía. [...] ¡Qué diferencia entre esto y lo que sucede en el día! Así es que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo extraño, lo increíble es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España".
- <sup>109</sup> Fernández de los Ríos, Ángel. *Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París*. Madrid, Ignacio Boix, 1845.

<sup>110</sup> Mesonero Romanos, Ramón, op. cit., pág. 5.

<sup>111</sup> Ponz, Antonio. *Viage fuera de España*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1785, Tomo I. En la carta VII, la referencia indirecta a Rousseau parece evidente. En ella, ante las supuestas inquietudes costumbristas del receptor de sus cartas, expresaba: “Amigo: ¿Cómo quiere que yo le diga nada de la importancia con que satisfaga su curiosidad en lo que me pregunta de las particulares costumbres del vulgo parisiense, que como V. dice gradúan algunos por el más advertido de Europa? Es poquísimos el tiempo de mi mansión aquí para tales observaciones, ni tampoco entran en el plan de mis caminatas” (pág. 192).

<sup>112</sup> Alarcón Sierra, Rafael. “Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* de Leandro Fernández de Moratín: libro de viajes y fundación de una escritura moderna” en *Bulletin Hispanique*, 2007, vol. 109, núm. 109-1, págs. 157-186.

<sup>113</sup> Rousseau, J.J. *Emilio...*, op. cit., págs. 522-540.

<sup>114</sup> Fue publicado en París, Francke, 1852. Sabemos que se editó poco antes de mayo de 1852, pues en esa fecha existe una reseña y crítica del libro en la revista *Bibliothèque Universelle de Genève*, pág. 122. Hay una reciente traducción de la obra de Brinckmann al español: *Paseos por España (1849 y 1850)*. Madrid, Cátedra, 2001, realizada por Luisa Burguesa.

<sup>115</sup> *Notas de viaje escritas durante una corta excursión a Francia, Bélgica y Alemania en el otoño de 1843*. Madrid, Imprenta de la Guía del Comercio, 1844.

<sup>116</sup> [Lafuente, Modesto]. *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rin*. Madrid, Establecimiento tipográfico calle del Sordo número 11, 1842, 2 vols. La obra de Alejandro Dumas, también en dos tomos, *Excursions sur les bords du Rhin* fue editada en París, en la imprenta Dumont, en 1841. Manejamos la edición de La Hage, chez les Héutiers Doorman, 1842. Lafuente menciona la obra de Dumas, para oponerse o secundarla en varios lugares. Sea por ejemplo la distinta percepción de la gastronomía de Lieja (vol. II, pág. 61).

<sup>117</sup> Sobre esta voluntad insistirá en otras páginas del epistolario: “¿Cuándo volveré yo a subir a esta torre? Tal vez nunca, Emilio. Compadece a los viajeros, su paso por las ciudades es una constante despedida. Es un adiós repetido a cada uno de los objetos. Es la agonía prolongada de las sensaciones que van muriendo una detrás de otra, sin dejar de morir todo

el término del viaje. Aquí dejo mi nombre escrito, y me ocurre, Emilio, un melancólico pero dulce pensamiento. Cuando algún día viajes, puede ser que subas a esta torre y leas mi nombre. Entonces ya no viviré yo sin duda...". *Un paseo desde el Tajo a Rhin...*, op. cit., pág. 142.

<sup>118</sup> Romero Tobar, Leonardo. "La epistolaridad en los libros de viaje" en VV.AA., *Escrituras y reescrituras del viaje. Miradas plurales a través del tiempo y de las culturas*. Bern, Peter Lang, 2007, págs. 477-487.

<sup>119</sup> Sigea, Luisa. *Epistolario latino*. Madrid, Ediciones Akal, 2007, pág. 110. Edición de María R. Prieto Corbalán.

<sup>120</sup> Dumas, Alejandro. *De París a Cádiz. Viaje por España*. Madrid, Espasa Calpe, 1929, 4 vols., vol. I, pág. 6.

<sup>121</sup> Sin entrar en honduras, diremos que Carolina Coronado introduce en el epistolario claves de su trayectoria creadora. Sean por ejemplo la explicación de algunos símbolos (la luna, el mar) o la alusión a Cádiz o al fabuloso Alberto, al que Valera llamó "galán fantasma, espíritu, silfo, duende, o querubín".

<sup>122</sup> El texto fue publicado en 1857 por vez primera en Francia en la *Revue Espagnole et Portugaise*. Traducido por Armad Lacomte al francés (págs. 421-437). Con posterioridad, ya en español, se editó en 1861 en *La América. Crónica Hispanoamericana*.

<sup>123</sup> Mesonero Romanos, Ramón, op. cit.

<sup>124</sup> Fígaro [Larra, Mariano José de]. "La diligencia" en *Obras completas*. Madrid, Imprenta de Yenes, 1843, T. II, pág. 356.

<sup>125</sup> Mesonero Romanos, Ramón, op. cit., págs. 8-13 y 218-228.

<sup>126</sup> Dumas, Alejandro. *De París a Cádiz*, op. cit., Tomo II, pág. 117.

<sup>127</sup> Rousseau, J.J. *Julia o la nueva Heloísa. Cartas de dos amantes...* Barcelona, Imprenta de la Oliva, 1836. Traducción de J. Marchena. Véanse por ejemplo en la Segunda Parte, las cartas XIV o XXI; *Emilio*, op. cit., libro V, págs. 449-450.

<sup>128</sup> Coronado, Carolina. "Un paseo...", op. cit., pág.106. Modesto Lafuente en la obra *Viages de fray Gerundio* (op. cit., págs. 232-237) dedicó un capítulo entero ("Anuncios") al particular.

<sup>129</sup> Coronado, Carolina. "Un paseo...", op. cit., págs. 95-96 y 107-109.

<sup>130</sup> Lafuente, Modesto, op. cit., pág. 280: “Esta generosidad calvinista debería avergonzar a los católicos franceses que así especulan con los asientos en las iglesias como pudieran especular con los stalles de los teatros”.

<sup>131</sup> Coronado, Carolina. “Un paseo...” op. cit., págs. 135-137.

<sup>132</sup> Coronado, Carolina. “Contestación a Madame Amelie Richard” en el *Semanario Pintoresco Español*, junio, 1850, págs. 194-195. En la edición de Torres Nebrera, op. cit, Tomo III, págs. 56-60.

<sup>133</sup> Lafuente, Modesto. “Parte Crítica: ¿Dónde está el África ahora?” en *Revista Europea*, Tomo I, núm. 5, 15 de julio de 1848, págs. 309-312.

<sup>134</sup> Lafuente, Modesto. *Viages...*, op. cit., pág. 55.

<sup>135</sup> Coronado, Carolina. “Un paseo...”, op. cit., págs. 92-93.

<sup>136</sup> *Ibíd.*, pág. 86; “Al atravesar la calle, absorbida yo por los poéticos recuerdos de esta encantadora mujer, se acercó a nosotros una extraordinariamente fea que, dándome el nombre de *española*, se atrevió a presentarme un puñado de grandes navajas de la fábrica de Poitiers. La sonrisa con que acompañó a sus palabras para que comprase alguna, me hizo conocer que ésta, como todas las francesas, creen de buena fe los embustes de sus escritores acerca de la *navaja* en la *liga*, y así le respondí enérgicamente: “*Las damas españolas no usan navaja*”, pág. 99; “Al amanecer desperté y vi con espanto que estábamos rodeados de visiones. Eran unas mujeres con caperuza de lino en la cabeza, pero tan extraordinariamente altas, que no se podía comprender cómo marchaban con la frente erguida. Era que estábamos en *Angulema*, donde las mujeres tienen el privilegio de ponerse trajes ridículos”, pág. 98; “Llegamos a Poitiers precisamente cuando se estrenaba el camino de hierro, y he visto hacer una operación que yo no conocía. En el mismo coche de la diligencia hemos ido a la estación; allí han quitado los caballos y nos han suspendido por medio de una máquina como a Don Quijote en el caballo Clavileño. Una persona que no esté bien enterada de esta *mecánica*, cree de buena fe que aquellos palos colocados en forma de garrote son para ajusticiar a los carruajes, y yo fui una de ellas. Figuréme que la Francia, por una de las consecuencias de su *fraternidad*, había sustituido la pena de muerte *individual* por la pena de muerte *colectiva*, y que a nosotros como a *españoles* nos dispensaban el honor de subirnos al palo número dieciséis, que éramos los que veníamos en la diligencia”, pág. 100.

<sup>137</sup> *Ibíd.*, págs. 108-109 y 116.

<sup>138</sup> *Ibíd.*, pág. 111.

<sup>139</sup> Coronado, Carolina. “Doña Josefa Massanés” en *Galería de Poetisas...*, op. cit., pág. 168: “Pero en tanto que nuestros literatos fijaban sus ojos en la Francia para imitar las exageraciones de Víctor Hugo, Josefa Massanés los fijaba en la Biblia para aprender las palabras de Dios”.

<sup>140</sup> Coronado, Carolina. “Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda”, op. cit., pág. 209.

<sup>141</sup> Coronado, Carolina. “Contestación a Madame Amelie Richard”, op. cit., pág. 57.

<sup>142</sup> *Ibíd.*, pág. 107.

<sup>143</sup> Coronado, Carolina. *España y Napoleón*. Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1861. Cito por la edición de Gregorio Torres Nebrera: *Obra en prosa. Volumen III. Ensayos, artículos y cartas, apéndices*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, pág. 285.

<sup>144</sup> *Ibíd.*, págs. 146-148.

<sup>145</sup> *Ibíd.*, págs. 96 (“la francesa discurre para inmortalizar la coquetería”), 97 (sombrosos de Angulema), 135 (la cosmética) y 137 (la ostentación de la riqueza incluso en los devocionarios de culto).

<sup>146</sup> *Ibíd.*, pág. 98: “Además he hecho mal en reírme, porque aunque Angulema produce mujeres caprichosas, merece respeto por haber producido damas ilustres como Margarita de Valois, que hacía muy malos versos, pero que fue una excelente reina. Que hacía muy malos versos se sabe de positivo por el apodo que le dieron de la *décima musa*. Apenas hay nación que no haya tenido su *décima musa*. Son infinitas las poetisas nombradas para esa plaza *décima*, y por lo mismo que han sido tantas, la plaza ha quedado vacante. Fuera de las nueve, nada”; pág. 99: “Bajo la sombra de estos jardines brotó una flor delicada a quien dieron el nombre de *Diana de Poitiers...*”; págs. 102-105: “La doncella de Orleáns [...] Schiller solamente ha comprendido bien el carácter de esta heroína. Los alemanes, y no los franceses, han sabido explicar la misteriosa y extraordinaria inspiración de su alma profética, la maravillosa fuerza de su espíritu belicoso...”.

<sup>147</sup> Fanconi, Paloma, op. cit., pág. 20.

- <sup>148</sup> Coronado, Carolina. "Un paseo...", op. cit., págs. 113-115.
- <sup>149</sup> *Ibíd.*, págs. 79-80.
- <sup>150</sup> Coronado, Carolina. *España y Napoleón*, op. cit., pág. 275.
- <sup>151</sup> Coronado, Carolina. "Un paseo...", op. cit., pág. 83.
- <sup>152</sup> Pérez Galdós, Benito. *Episodios Nacionales. Los duendes de la camarilla*, op. cit., pág. 174.
- <sup>153</sup> Coronado, Carolina. *Ibíd.*, págs. 149-150.
- <sup>154</sup> Nicomedes Pastor Díaz dictó unas conferencias en el Ateneo de Madrid durante el curso 1848 y 1849, que fueron publicadas en el periódico *La Patria* a medida que iba pronunciándolas. Las tituló *Los problemas del socialismo*. Con prólogo de Cánovas del Castillo serían editadas como libro en 1867, en la imprenta madrileña de Manuel Tello. Véase el artículo de Julio Miñambres "Nicomedes Pastor Díaz en la crisis de 1848: Clave del pensamiento social de Antonio Cánovas del Castillo" en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CLXXXII, cuaderno III, 1985, págs. 413-470.
- <sup>155</sup> Balmes, Jaime. "El partido progresista" en *El pensamiento de la Nación*, 14 de diciembre de 1846, núm. 147, págs. 753-761.
- <sup>156</sup> Coronado, Carolina. "Un paseo...", op. cit., pág. 87.
- <sup>157</sup> Coronado, Carolina. *España y Napoleón*, op. cit. Esta reflexión sobre el absolutismo francés se encuentra en las páginas de este ensayo.
- <sup>158</sup> Coronado, Carolina, "Un paseo", op. cit., pág. 140.
- <sup>159</sup> Coronado, Carolina. *Ibíd.*, pág. 140.
- <sup>160</sup> Cercana al humor negro es la referencia al genocidio francés que la Coronado insertó en la leyenda sobre la *Grua del amor* de Gascaña. Hablando de los muchos pretendientes de la protagonista, Alba Azul, expresará: "Marqueses y barones (que entonces los había en Francia) y condes y duques (que los hay ahora en España) amaban a la chica por espacio de seis, ocho, quince y aun treinta días que duraban los baños". *Ibíd.*, pág. 89.
- <sup>161</sup> Coronado, Carolina. *Ibíd.*, págs. 130-141.
- <sup>162</sup> Méndez Moreno, Emilio Luis. "Estudio preliminar" a la edición de Donoso Cortés, Juan. *Discurso sobre la situación de España*. Badajoz, UBEx, 2007, pág. 20.
- <sup>163</sup> Vid. Nicomedes Pastor Díaz, op. cit. nota 155, y Juan Donoso Cortés, op. cit., pág. 217: "El socialismo debe su existencia a un problema, humanamente

hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza”.

<sup>164</sup> *El Clamor Público*, 14 de junio de 1849.

<sup>165</sup> Lafuente, Modesto. “Parte Histórica: República francesa” en *Fray Gerundio*. *Revista Europea*, Tomo I, núm. 3, págs. 147-148.

<sup>166</sup> Dupin (George Sand) definía el socialismo como “la acción científica ejercida sobre los hombres para disponerles a reformar las instituciones sociales”; pero sobre todo analizaba la falta de organización y la ineficacia de los postulados teóricos ante las necesidades del pueblo: “la aristocracia sansimoniana se rindió y los fourieristas ensayaron formar un tratado de paz y constituir una sociedad aparte que carece de talento”. Ello originó, explicaba Sand, que el pueblo, donde habían calado las ideas socialistas, formase diversas sectas o asociaciones tendentes al comunismo, o a las utopías salvajes, también al catolicismo acomodado...

<sup>167</sup> Lafuente, Modesto. *Viajes*, op. cit., págs. 347-362.

<sup>168</sup> *Ibíd.*, págs. 361-362; Tobajas, Marcelino. *El periodismo español (notas para su estudio)*. Madrid, Editorial Forja, 1984, pág. 410, y Josep Francesc Valls. *Prensa y burguesía en el XIX español*. Barcelona, Anthropos, 1988, pág. 220.

<sup>169</sup> Lafuente, Modesto. *Fray Gerundio...*, 15 de julio de 1848, pág. 277.

<sup>170</sup> *Constitution du 4 novembre 1848*, en Duverger, Maurice. *Constitutions et Documents Politiques*. Paris, Presses Universitaires de France, 1957, pág. 90.

<sup>171</sup> Coronado, Carolina. “Un paseo...”, pág. 95.

<sup>172</sup> Inquisitorial fue el adjetivo utilizado por Lafuente al juzgar la detención de Emile Thomas, jefe de los talleres nacionales (*Fray Gerundio*, 15 de junio de 1848).

<sup>173</sup> Coronado, Carolina. *Ibíd.*, págs. 73-74.

<sup>174</sup> Coronado, Carolina. *Ibíd.*, págs. 116-117.

<sup>175</sup> Fernández-Daza Álvarez, Carmen. “Y Extremadura se hizo poesía”, op. cit.

<sup>176</sup> *Ibíd.*, págs. 69-70.

<sup>177</sup> Coronado, Carolina. “Un paseo...”, op. cit., págs. 76 y 120-121.

<sup>178</sup> Las cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda fueron publicadas por Manuel Mesonero, hijo de Ramón Mesonero Romanos, en *El Heraldo de*

*Madrid*, el 8 de octubre de 1891. Con anterioridad habían aparecido en *El Correo* el 24 de enero de 1889.

<sup>179</sup> Pardo Bazán, Emilia. “La Cuestión Académica” en *La España Moderna*, 1 de febrero de 1889.

<sup>180</sup> Castelar, Emilio. “La Cuestión Académica” en *El Heraldo de Madrid*, 2 de diciembre de 1891.

<sup>181</sup> *La España Moderna*, 1 de febrero de 1889, pág. 179. Sobre la injusticia del hecho y el impedimento que se buscaba para que las mujeres no ingresaran en la Academia (las autoras no residían en Madrid) véase el sonoro artículo aparecido en la *Revista Contemporánea*, nº 10, 1891, págs. 290-400. La leve correspondencia entre la Pardo Bazán y la Coronado con motivo de la exposición de autores en Chicago en 1893, se publicó en la prensa (vid. por ejemplo *El siglo futuro*, 23 de marzo de 1893). Una carta autógrafa de Carolina Coronado a Emilia Pardo Bazán custodia la Biblioteca de Extremadura.

<sup>182</sup> Carta de Juan Valera a Marcelino Menéndez Pelayo, San Ildefonso, 28 de julio de 1891, *Correspondencia (V)*. Madrid, Editorial Castalia, 2006, pág. 347. Ed. de Leonardo Romero Tobar (dir.).

<sup>183</sup> *El Heraldo de Madrid*, 29 de noviembre de 1910.

<sup>184</sup> “Nueva literatura ante el centenario del Romanticismo” en *Isla. Hojas de Arte y Letras*, (Cádiz) 7-8, 1/1935.



*Contestación*  
*del*  
*Excmo. Sr. D. Manuel Pecellín Lancharro*



## I

Tengo el inmerecido honor de dar la bienvenida a esta Casa, en nombre de todos los Srs. Académicos, a doña Carmen Fernández-Daza y Álvarez. El fatum dispuso arrebatarnos a nuestro querido Director, José Miguel Santiago Castelo, quien estaba previsto contestase hoy a la recipiendaria. Me gustaría poseer siquiera parte de su elocuencia y sabiduría para sustituirle dignamente. Vaya para él, por donde ahora labre versos, mi más emocionada memoria.

Doña Carmen Fernández es la segunda mujer que pasa a formar parte de nuestra Institución, tras doña Carmen Ortueta de Salas, perteneciente a la misma durante cuarenta años, desde casi su fundación. Mucho se honra y gana la Academia de Extremadura con este ingreso, argumentado no en ningún tipo de cláusula proporcional (seguramente justificable ante el exceso de testosterona), sino por los muchos méritos que adornan a nuestra joven compañera. Las mismas razones por las que se dará también la bienvenida, los próximos meses, a otra gran escritora, doña Pureza Canelo.

Aunque son bien conocidos por cuantos se interesan en la vida cultural de la región, tendré el gusto de evocarlos ante Vds., al menos los más notables y compatibles con el reconocimiento público sin rubores excesivos. Lo haré con la misma actitud a la que apelaba José Bergamín: “Si yo fuese un objeto —respondía aquel intelectual de la izquierda española católica y republicana a ciertos críticos—, cabría exigirme que fuese objetivo. Como soy un sujeto, tendré por fuerza que ser subjetivo”. Subjetividad también la mía esta mañana del preotoño trujillano, si bien con pretensiones de absoluto rigor.

Las muchas virtudes (uso el término según su etimología latina) que hoy traen hasta aquí a esta “mujer fuerte”, doctora en lenguas clásicas, tienen tal vez su origen en un ADN privilegiado, cuyos potenciales ella supo enriquecer con labores personales. Ambas instancias se unen para consolidarla como auténtica figura del Humanismo, esa parcela de la cultura que nuestra Academia tan acertadamente ha cultivado como carácter distintivo de la Casa. Para la posteridad perviven los cuatro volúmenes aquí editados, frutos de otros tantos congresos, con un largo centenar de magníficos estudios sobre el tema suscritos por los mejores especialistas hispanos.

Así se lo propuso, entre otros, don Mariano Fernández-Daza y Fernández de Córdova, medalla nº 12 de esta Academia, a la que prestó servicios innúmeros a lo largo de treinta años, desde que fuese elegido el 25 de junio de 1988 hasta su fallecimiento en agosto de 2007. Me permitirán dedique unos minutos al hombre cuyo espíritu late hoy de manera especial bajo estas paredes.

“Conocí a don Mariano en Almendralejo, hace ya casi seis lustros, pero entonces no tuve oportunidad de tratarlo. Se hallaba él metido en una de tantas odiseas como sus afanes socializadores le indujeron a emprender, la famosa Cooperativa de aceituna Santa Ana. Ningún afán crematístico pudo mover a tal hombre, de sobrada hacienda, para ponerse a dirigir aquel tinglado, que a la postre tanta desazón le produciría. Razones múltiples dieron al traste con la experiencia, pero quizás él tuvo que asumir las más onerosas responsabilidades.

Igual que muchos jóvenes licenciados del tardofranquismo, yo me puse entonces a trabajar de peón, por aquello de mejor identificarme con la clase obrera. De noche, enseñaba a leer y escribir a los compañeros de cuadrilla y, los días de lluvia o paro forzoso, continuaba traduciendo para la editorial ZYX. Ocupaba una vivienda de bajo alquiler justamente en los llamados “pisos del Marqués”, pero ignoraba el origen de tal nombre. Luego supe que vivía en una urbanización promovida por don Mariano para facilitarle casa

a la gente humilde. No pocos hijos de mis compañeros trabajadores hacían estudios en Santa Ana y alguno hasta acabó Magisterio en la Escuela allí existente... fundada por aquel Marqués para mí entonces desconocido.

Más tarde, ya catedrático de Instituto, me propuse hacer mi tesis doctoral sobre el Krausismo en Extremadura. Mariano me proporcionó materiales que yo difícilmente habría podido obtener y sin los cuales hubiera sido imposible cerrar mi investigación. Su generosidad me ha dejado en deuda permanente con él y bien conozco que no soy un caso único: baste leer el enorme número de introducciones, prólogos o preliminares de muy distintas obras editadas, españolas y extranjeras, donde se reconoce la ayuda recibida de este ilustre bibliófilo.

Conocí el honor de invitarlo a participar en el Consejo de la *Revista de Estudios Extremeños*, a cuyas reuniones aportó sus enormes saberes, sentido común y buen criterio para obtener y seleccionar originales. Al entender que mi cese en la dirección de aquella revista fue debido a motivos para él inaceptables, tuvo a bien solidarizarse con mi persona y dimitir como consejero.

A lo largo de varios meses, fui dejándole los volúmenes de mi biblioteca que no figuraban en la suya. Mariano llegaba conduciendo la castigada furgoneta Renault 5 Express; entre los dos cargábamos los paquetes hechos con los títulos seleccionados y, días después, tras hacerlos microfilmear en el laboratorio que dispuso *ad hoc* en Almen-dralejo, me los devolvía con absoluta puntualidad.

Mariano era tan escrupuloso para devolver los préstamos, como liberal a la hora de facilitarte sus propios ejemplares, desde luego mucho más valiosos, al menos en mi caso, que cuantos yo he podido dejarle alguna vez.

A él se debe que los planes de estudio vigentes en las Escuelas Universitarias de Santa Ana —de cuya creación se le percibía bien

orgullosos— acogiesen materias como “Antropología social y cultural de Extremadura” (Trabajo Social) o “Literatura en Extremadura” (Magisterio). Impartir tales enseñanzas, que combiné con mi cátedra de Instituto, me ha proporcionado nuevas ocasiones para tratarle más asiduamente, gozar su bonhomía y aprovecharme de sus conocimientos. Más tarde, lo supe metido en un plan, otra aventura a favor de Almendralejo, para poner a flote el Hospital Nuestra Señora del Pilar, donde yo estuve unos días a consecuencia de un grave accidente de trabajo acaecido mientras cambiábamos los raíles del ferrocarril Mérida-Zafra.

Si cada población extremeña hubiese tenido un prócer tan generoso, culto, tenaz y previsor como Mariano Fernández-Daza, esta Comunidad figuraría hoy a la cabeza de todas las de España”.

Escribí estas palabras, reproducidas aquí con escasas variantes, para el número 18 de la *Gazetilla de la UBEX* (2001) publicado en honor a quien tanto se esforzase por formar la Unión de Bibliófilos Extremeños. Las recoge también el mismo boletín, dirigido por el Dr. Muñoz Sanz, “Aldabada de la España profunda” según lo intitulamos, en la entrega del Día del Bibliófilo, que este 2015 homenajeó a doña Carmen como personaje invitado.

Otras páginas de la *Gazetilla* (nosotros la escribimos con “z” por veneración al gran Bartolomé Gallardo y su original ortografía) contienen sendas laudatios de nuestra neófita académica. Suscribe una su íntima amiga la doctora Paloma Fanconi. Destacaré dos flash. “Se esforzaba una y otra vez (la joven licenciada en Filología Clásica) en comprobarlo todo, hasta que cuadrara, hasta que la verdad saliera a la luz nítidamente si fuera posible. Amiga de la Verdad”, reza el primero. “Llevaba una trenza negra, larga, abundante. Y ya sabía querer a su gente: con vehemencia, con arrojo, con firmeza, casi con rabia. Ya sabía querer entonces y sigue sabiendo ahora”, manifiesta el segundo. Qué suerte saber que los beneficiarios de estas virtudes vamos a ser ahora también nosotros, añadimos.

Por su parte, Modesto Rangel Mayoral, profesor del Centro Universitario Santa Ana, adscrito a la UEx e indefectiblemente ligado a los Fernández-Daza/Álvarez, doctorado con una tesis sobre Rubén Landá, krausista pacense exiliado en México, recuerda los hitos fundamentales de una biografía aún joven y ya tan cuajada de frutos, como la de doña Carmen:

- Licenciatura en Filología Clásica y Doctorado en Filología Española por la Complutense.
- Dirección desde 1995 del Centro Universitario antes dicho.
- Dirección de la Biblioteca IX Marqués de la Encomienda (hoy con 150.000 registros, sin duda el fondo extremeño más importante después de la Nacional).
- Presidencia de la Unión de Bibliófilos Extremeños desde 2002 a 2011.
- Vicepresidencia de la Asociación Histórica de Almendralejo.
- Mecenazgo de las Jornadas de Viticultura de la Tierra de Barros.

La bibliografía de Carmen Fernández-Daza es ya realmente abrumadora. Aparte una docena de prólogos (muchos de ellos, extensos estudios preliminares) y su colaboración en volúmenes colectivos como la *Gran Enciclopedia Cervantina*, de Castalia; el *Diccionario Biográfico Español* de la R. Academia de la Historia, o el *Diccionario Bibliográfico de Autores Extremeños*, de la UEx (obra que hubiese sido mucho más correcta de haber seguido otros la línea de Carmen), es autora de los trabajos siguientes:

- (1989): *Medea* [Representación dentro del Ciclo de Ópera del XXXV Festival de Teatro Clásico de Mérida], [Introducción: Miguel del Barco; Presentación y traducción desde el texto italiano: Carmen Fernández-Daza Álvarez], Mérida, Festival de Teatro Clásico, 95 pp.
- (1994): EPICURO, *Máximas para una vida feliz. Y textos escogidos en defensa del ideal epicúreo* [Edición de Carmen Fernández-Daza], Madrid, Temas de Hoy, LXII, 145 pp.

- (1994): "Lope de Vega y Juan Antonio de Vera", *Anuario de Estudios Filológicos (Cáceres)*, XVII, pp. 115-131.
- (1994): *Juan Antonio de Vera, I Conde de la Roca (1583-1658)*, Badajoz, Diputación Provincial, 288 pp.
- (1995): *El primer Conde de la Roca*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 691 pp.
- (1996): SÉNECA, Lucio Anneo, *Invitación a la serenidad. Lecciones para el hombre ocupado* [Prólogo de José Antonio Marina; Edición de Carmen Fernández-Daza], Madrid, Temas de Hoy, LXVIII, 116 pp.
- (1997): "El mundo poético de Vicenta García Miranda, o la inspiración de Carolina Coronado", en *Revista de Estudios Extremeños*, LIII, 1, pp. 299-313.
- (1997): *El cálculo infinitesimal en los ilustrados españoles: Francisco de Villalpando y Juan Justo García*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 244 pp. (Junto con José Cobos Bueno).
- (1998): CICERÓN, Marco Tulio, *La amistad: Un privilegio de los hombres buenos. Y textos escogidos de otros autores clásicos* [Prólogo de Luis María Ansón; Edición de Carmen Fernández-Daza], Madrid, Temas de Hoy, LXXXVIII, 133 pp.
- (2000): "Reflexiones sobre 'La Mitad del Sueño' de José Antonio Zambraño", en *Revista de Estudios Extremeños*, LVI, 1, pp. 11-27.
- (2001): GABRIEL Y GALÁN, José María, *Antología poética* [Edición, introducción y notas], Madrid, Castalia, 228 pp.
- (2002): LÓPEZ DE CARVAJAL, Bernardino, *Oratio in die Circuncisionis. Latín-Español: Sermón pronunciado el día de la Circuncisión del Señor (1484)*, [Traducción de Andrés Oyola Fabián; Presentación de Carmen y Mariano Fernández-Daza], Ed. facs., Almendralejo, Biblioteca IX Marqués de la Encomienda, 38 pp.
- (2003): LÓPEZ DE CARVAJAL, Bernardino, (*Sermo in die omnium sanctorum. Latín-Español: Sermón pronunciado el día de Todos los Santos (1482)*), [Traducción de Andrés Oyola Fabián; Presentación de Carmen y Mariano Fernández-Daza], Ed. facs., Almendralejo, Biblioteca IX Marqués de la Encomienda, 30 pp.
- (2003): *Cuentos extremeños*. Madrid, Castalia.

- (2004): ARIAS MONTANO, Benito, *Paráfrasis super Cantica Canticorum en modo pastoril* [Prólogo de Carmen Fernández-Daza Álvarez; Introducción de Ricardo Cabezas de Herrera, Paloma Fanconi Villar; Edición de Paloma Fanconi Villar], Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños, Caja de Badajoz, 107 pp.
- (2004): *De Villoslada de Cameros a Extremadura: Un viaje de siglos que concluyó en el ochocientos (La familia García de la Cuerda)*, Almendralejo, Cultural Santa Ana, 202 pp.
- (2004): LAMA, Miguel Ángel, *UBEx. Catálogo de publicaciones (1992-2003)* [Presentación por Carmen Fernández-Daza], Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños, 63 pp.
- (2005): “Carta y proemio de una lectora”, en *Homenaje a Mario Vargas Llosa*, Día del Bibliófilo, Almendralejo, Unión de Bibliófilos Extremeños, pp. 13-21.
- (2006): “Breve aproximación a los Cameranos en Zafra en los siglos XVI y XVII”, en *Cuadernos de Çafra*, IV, pp. 9-29.
- (2006): “La prosa de Gabriel y Galán”, en *Gabriel y Galán: Época y Obra*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, pp. 85-100.
- (2006): “Palabras y silencios. Carta a Don Francisco Ayala”, en *Homenaje a Francisco Ayala*, Día del Bibliófilo, Almendralejo, Unión de Bibliófilos Extremeños / Caja Rural de Almendralejo, pp. 13-39.
- (2007): “Mariano Fernández Daza, mi padre”, en *Ars et Spientia*, 24, pp. 53-66.
- (2007): “Palabras para un septiembre sostenido”, en *Homenaje a Antonio Prieto*, Día del Bibliófilo, Almendralejo, Unión de Bibliófilos Extremeños, pp. 15-33.
- (2007): *De Villoslada de Cameros a Extremadura: Un viaje de siglos que concluyó en el ochocientos (La familia García de la Cuerda)* [Prólogo de Juan Antonio García Cuervas y Sánchez Lollano], 2ª ed., Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 182 pp.
- (2007): *Epistolario secreto*, Badajoz, autoedición, 83 pp.
- (2008): “Biblioteca del Marqués de la Encomienda: Socializar la cultura, la obra del Marqués de la Encomienda”, *Trazos. Suplemento de Artes, Letras e Ideas de Hoy. Diario Regional*, 27-4-2008, pp. 2-3.

- (2008): "Con motivo del hallazgo de unos poemas autógrafos de Vicenta García Miranda", en *I Encuentro de Estudios Comarcales. Vegas Altas, La Serena y La Siberia*, Villanueva de la Serena, Asociación Cultural Torres y Tapia, pp. 53-78.
- (2008): "En torno a unos poemas autógrafos de Carolina Coronado", *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, XVI, pp. 113-169, 13 láms.
- (2008): "Homo viator", en *Homenaje a Jesús Sánchez Adalid*, Día del Bibliófilo, Almendralejo, Unión de Bibliófilos Extremeños / Cajalmendralejo, pp. 13-73.
- (2008): "Recuerdo del padre Vicente Gómez Bravo, S.J. (En memoria de mi padre, Mariano Fernández-Daza, quien al Padre Vicente tanto le debió)", en *Al Aire. Revista Socio-Cultural (Campanario)*, 19, pp. 60-62.
- (2009) "Miradas sobre Espronceda desde Almendralejo", en *Anuario de las celebraciones por el bicentenario del nacimiento de José de Espronceda*, Almendralejo, Ayuntamiento de Almendralejo, pp. 20-21.
- (2009): "Miradas sobre Espronceda desde Almendralejo: notas sobre una exposición bibliográfica", en Bernal Salgado, José Luis y Lama, Miguel Ángel (eds.), *José de Espronceda en su centenario (1808-2008)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, pp. 395-414.
- (2011): *La familia de Carolina Coronado: los primeros años en la vida de una escritora*, Ayuntamiento de Almendralejo, 614 pp.
- (2011): "Poetas extremeñas del siglo XIX", en *Alborayque* nº 5, Badajoz, Biblioteca de Extremadura, pp. 153-213.
- (2012): "Actividad parlamentaria de Francisco Fernández Golfín en las Cortes de Cádiz", en las *Actas de los V Encuentros de Estudios Comarcales Vegas Altas, La Serena y La Siberia: Extremeños en las Cortes de Cádiz*. Badajoz, Federación de Asociaciones Culturales de La Siberia, La Serena y las Vegas Altas (SISEVA), pp. 69-95.
- (2012): "Carolina Coronado: Y Extremadura se hizo poesía", en las *Actas de las III Jornadas de Historia de Almendralejo y la Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, pp. 51-89.
- (2012): "Yo no puedo seguirte con mi vuelo", en las *Actas de las III Jornadas de Historia de Almendralejo y la Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, pp. 271-293.

- (2013): “Francisco Fernández Golfín: los años del exilio (1823-1831)”, en las *Actas de las IV Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, pp. 13-85.
- (2013): *Medellín y Hernán Cortés en la obra de dos escritoras extremeñas del siglo XIX: Carolina Coronado y Vicenta García Miranda*. Almendralejo, Asociación PROINES, 70 pp.
- (2015): *Al Pío, al Grande, al Beatísimo, al Papa Urbano VIII*, de Juan Antonio de Vera y Zúñiga [Edición, introducción y notas de Carmen Fernández-Daza Álvarez] Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- (2015): *Pájaros de papel*. Almendralejo, Centro Universitario Santa Ana/UBEx.

Creo que esta formidable producción literaria de la nueva académica puede dividirse en varias secciones:

### *1. Libros*

- Como la biografía del polifacético Juan Antonio de Vera, I Conde de la Roca, resumen de su tesis doctoral, publicada poco después por la Editora Regional de Extremadura en un volumen con 700 páginas donde se analizan las labores políticas, literarias, diplomáticas e incluso clandestinas de aquel prócer extremeño, embajador en Venecia, amigo de Quevedo y del Conde Duque de Olivares, cuya caída arrastrara también la suya.
- El estudio en que desarrolla el viaje tribal realizado desde Villoslada de Cameros hasta Extremadura de los García de la Cuerda, laboriosa familia afincada en Fuente del Maestre, a la que enriquecieron significativamente.
- La ingente obra, asombrosamente documentada que dedicó a la familia de Carolina Coronado, cuya infancia reconstruye depurándola de los numerosos mitologemas que sobre sí misma proyectó la escritora romántica, que a tantos nos había confundido, haciendo bueno, *avant la lettre*, el dicho de Pessoa: “O poeta e um fingidor”. (Bueno, ya Platón propuso expulsar de su polis utópica a los poetas por “mentirosos”).

- Finalmente, el *Epistolario secreto*, seguramente el texto de mayor calidad literaria de cuantos nos ha regalado su autora, libro del que Francisco Hipólito hace una inteligente exégesis en un artículo publicado por la *Gazetilla* antes mencionada.

## 2. Ediciones

- Doña Carmen se ha encargado de editar, siempre con versión propia y sabias introducciones, diferentes obras de los grandes clásicos grecolatinos, como las *Máximas para una vida feliz*, del gran Epicuro; el tratado sobre *La amistad. Un privilegio de hombres buenos*, de Cicerón, o la *Invitación a la serenidad. Lecciones para el hombre ocupado*, de Séneca.
- Sin olvidar la *Paráfrasis super Cantica Canticorum en modo pastoril*, de Benito Arias Montano, versión bíblica que la Inquisición persiguiera en el proceso contra Fray Luis de León y que Carmen hizo aparecer en una serie por ella creada para la UBEx, hoy felizmente rescatada (así espero).
- Gracias a los afanes de Carmen, la Unión de Bibliófilos Extremeños pudo coeditar con la ERE, hace solo meses, un magnífico panfleto que el I Conde de la Roca había hecho imprimir clandestinamente en Venecia, dedicado con título irónico *Al Pío, al Grande, al Beatísimo, al Papa Urbano VIII*, pontífice antiespañol a quien el de Mérida pone en su opúsculo como chupa de dómine.
- También en este apartado cabría incluir las reediciones facsímiles de Bernardino de Carvajal, el cacereño que bien pudo ser papa, cuyas lúcidas admoniciones pro Ecclesia reformanda, de haber sido atendidas, quizás habrían evitado la ruptura protestante. Me refiero a la *Oratio in die Circuncisionis. Latín-Español* (1484) y el *Sermo in die omnium sanctorum* (1484), opúsculos los dos vertidos al castellano por Andrés Oyola Fabián, miembro correspondiente de esta Academia.

### 3. *Estudios Monográficos de escritores extremeños*

Los tiene dedicados al matemático zafrense Juan Justo García; el himnógrafo pontificio Faustino Arévalo; la poetisa Vicenta García Miranda; José María Gabriel y Galán (cuyos cuentos ha sacado de la noche del olvido); el querido José Antonio Zambrano; Jesús Sánchez Adalid, último académico electo, y, cómo no, a Carolina Coronado y José de Espronceda.

### 4. *Artículos*

Entre la nutrida nómina que supone el vaciado de sus artículos, quiero recordar dos que publicase en el *Boletín de la R. Academia de Extremadura*, nuestra revista anual cuya dirección Carmen ha tenido la generosidad de asumir. El que establece una línea de continuidad lírica entre García de la Huerta y Carolina Coronado. Otro, merced al cual se recuperan y analizan un buen conjunto de poemas inéditos de Carolina.

### 5. *Oratoria*

A Carmen la hemos escuchado intervenir, con inigualable brillantez, en multitud de congresos, jornadas, homenajes, presentaciones de libros y actos diversos donde ha brillado por el uso de la palabra precisa, un punto barroca, como a ella, buena culterana, le gusta. No pocas de estas intervenciones han pasado a papel impreso, superando así el espíritu ágrafo que distinguiese a su padre. Recordemos los saludos de Carmen, presidenta entonces de la UBEx, a personalidades que solo merced a la eficacia de ella y de su formidable equipo (Paquita, Diego, Paco, Carmen...), nos honraron con su presencia los respectivos Días del Bibliófilo, como Vargas Llosa, Francisco Aya-la o su maestro Antonio Prieto.

Piezas consumadas de la mejor retórica son su

— “Pregón de exaltación guadalupense”, publicado después en *Guadalupe* (nº 795, 2005).

- El “Pregón de las Fiestas de Nuestra Señora de la Piedad y de la Feria de la Vendimia” (Almendralejo, Gráficas Suroeste, 2009).
- o *Pájaros de papel* el discurso con que Carmen nos deslumbró la pasada Primavera en el San Francisco pacense, ante un largo centenar de bibliófilos, entre ellos sus compañeros de claustro o el nutrido grupo de admiradores que tiene por La Serena.

## II

A esta sección se añade como joya de máxima relevancia el discurso que acabamos de oír. Si mis anteriores palabras no hubieran sido suficientes para resaltar las muchas virtudes de la oradora, seguro estoy de que tan magnífico parlamento basta para ponerlas en evidencia. La originalidad del texto, su abrumadora documentación, la belleza formal del mismo, acordes con los trabajos intelectuales de doña Carmen, siempre en búsqueda de la excelencia, resultan argumentos contundentes.

No desearía incurrir en la ridícula “prophetia post eventum”. Pero tratándose, como es el caso, de una mujer sabia y libre, nacida en Almendralejo, defensora de la condición femenina, apasionada por Extremadura y estudiosa de sus escritores, la elección del tema casi le vino impuesto.

La figura de Carolina Coronado, arrebatadora siempre, cuya biografía y producción literaria Carmen conoce como pocos, tenía que ser forzosamente evocada en esta sesión de investidura. En homenaje a José Miguel Santiago Castelo, periodista sobre todo, ha querido evocarla recurriendo a las hemerotecas decimonónicas. Con pulcritud de investigadora tenaz y visión holística para recomponer un contexto histórico enormemente complicado, nos ha permitido conocer las labores de su famosa paisana en el Madrid de un bienio que hubo de marcar por fuerza a la joven Carolina.

La novia de todos los poetas románticos españoles (el mismo Espronceda le dedicó versos eróticos) tenía ya dadas por entonces muestras de su impetuoso carácter. Aunque con los límites lógicos que las circunstancias sociopolíticas, culturales y de clase le imponen, la Coronado se anunciaba ya como siempre fue: una mujer disconforme con la educación impuesta a las niñas, la opresión sufrida por tantas esposas (véase su poema “El marido verdugo”), la desigualdad de géneros o el sistemático silenciamiento de la mujer en la historia de la Humanidad (escrita por los hombres). Ella fue una feminista “avant la lettre”, que se esforzó por encontrar un sujeto lírico libre de las imágenes estereotipadas por una tradición machista, injusta y humillante, impuestas a sus conciudadanas a través de instancias múltiples (familiares, pedagógicas, religiosas, literarias e incluso políticas), sin excluir las procedentes de la progresía o izquierdismo político, igualmente incursas en el desprecio secular hacia la mujer.

Así escribía Pompeu Gener, con todo desparpajo, en *La Vanguardia* del 26 de febrero de 1889, según la peor tradición platónica o agustiniana, desconociendo a esas alturas las labores en defensa de la condición femenina de gente como Francisco y Hermenegildo Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza o las Sociedades de Amigos del País (la de Badajoz fue fundada en 1817, próximo ya su segundo centenario), sin nombrar la obra literaria de Rosalía de Castro, Concepción Arenal, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Fernán Caballero, Rosario Acuña, María del Pilar Sinués, Ángela Grassi y Emilia Pardo Bazán (la de “yo puedo contar chistes mucho más verdes que los de cualquier académico”), o sus paisanas Dolors Monserdà o Teresa Claramunt, por no referirme a las grandes escritoras y sufragistas extranjeras:

“En sí misma —escribió D. Pompeu, al parecer sin ruborizar-se mucho— la mujer no es como el hombre, un ser completo; es sólo el instrumento de la reproducción, la destinada a perpetuar la especie; mientras que el hombre es el encargado de hacerla progresar, el generador de la inteligencia, el creador del mundo social”.

Mary Nash y Susana Tavera han descrito así la discriminación de la mujer basándose en los Códigos Civil (1889), Penal (1870) y de Comercio (1885): “La mujer casada no disponía de autonomía personal o laboral, tampoco tenía independencia económica y ni tan siquiera era dueña de los ingresos que generaba su propio trabajo. Debía obedecer al marido, necesitaba su autorización para desempeñar actividades económicas y comerciales, para establecer contratos e, incluso para realizar compras que no fueran las del consumo doméstico. La ley tampoco reconocía a las trabajadoras casadas la capacidad necesaria para controlar su propio salario y establecía que ése debía ser administrado por el marido. El poder del marido sobre la mujer casada fue reforzado además, con medidas penales que castigaban cualquier transgresión de su autoridad: por ejemplo, el Código Penal estableció que la desobediencia e insulto de palabra eran suficientes para que la mujer fuera encarcelada. Así mismo, el doble estándar de moral sexual le permitía al hombre mantener relaciones sexuales extra-matrimoniales y se las prohibía de forma tan tajante a la mujer que las diferencias quedaron explícitamente manifiestas en la legislación relativa al adulterio y a los crímenes pasionales. El Código Penal establecía que si el marido asesinaba o agredía a la esposa adúltera o al amante de ésta, al ser sorprendidos, sólo sería castigado con el destierro durante un corto espacio de tiempo. En la misma situación, las penas impuestas a la mujer eran mucho más severas: al ser considerado parricidio el asesinato del marido la sentencia era siempre prisión perpetua” (*Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (Siglo XIX)*). Madrid, Ed. Síntesis, 1995).

A Carolina estas cosas la pondrían de los nervios, que, dicho sea, tampoco los llevaba muy templados, si bien era capaz de plantarse serenamente ante Isabel II para solicitarle el perdón de un pobre condenado a muerte.

La escritora denuncia, desde muy joven y de modo sistemático, la opresión a la que se hallaban sometidas sus congéneres, cuyos derechos e ilusiones no eran respetados, reducidas como mucho a “reinas

del hogar”, “descanso del guerrero”, “madre solícita”, “dulce esposa” u otros eufemismos semejantes. Reniega de la educación que, por mujer, ha recibido: “Nada estudié sino las ciencias del pespunte y el bordado extremeño, que, sin duda, es tan enredoso como el Código latino”, ironiza. Y, desde luego, se ríe sarcásticamente de la pretendida grandeza de los hombres. Sabía bien que detrás de un gran hombre, siempre hay una mujer... atónita. No es raro que Hartzenbusch, el maestro merced a cuyo apoyo vio la luz la primera antología de la de Almendralejo, censurase para la misma algunos versos comprometidos. No lo hizo, sin embargo, con este poema que voy a leerles como conclusión de mis palabras, compuesto en su pueblo natal el año 1846, cuando la escritora, criada entre liberales, era aún una veinteañera, medio siglo antes del artículo catalán antes citado:

*Risueños están los mozos,  
gozosos están los viejos  
porque dicen, compañeras,  
que hay libertad para el pueblo.*

*Todo es la turba cantares,  
los campanarios estruendos,  
los balcones luminarias  
y las plazuelas festejos.*

*Gran novedad en las leyes,  
que, os juro que no comprendo,  
ocurre cuando a los hombres  
en tal regocijo vemos.*

*Muchos bienes se preparan  
dicen los doctos del reino,  
si en ello los hombres ganan  
yo, por los hombres, me alegro.*

*Mas por nosotras, las hembras,  
ni lo aplaudo, ni lo siento,*

*pues aunque leyes se muden  
para nosotras no hay fueros.*

*¡Libertad! ¿qué nos importa?  
¿qué ganamos, qué tendremos?  
¿Un encierro por tribuna  
y una aguja por derecho?*

*¡Libertad! ¿de qué nos vale  
si son los tiranos nuestros  
no el yugo de los monarcas,  
el yugo de nuestro sexo?*

*¡Libertad! ¿pues no es sarcasmo  
el que nos hacen sangriento  
con repetir ese grito  
delante de nuestros hierros?*

*¡Libertad! ¡ay! Para el llanto  
tuvimosla en todos tiempos;  
con los déspotas lloramos,  
con tribunales lloraremos;*

*Que, humanos y generosos  
estos hombres, como aquellos,  
a sancionar nuestras penas  
en todo siglo están prestos.*

*Los mozos están ufanos,  
gozosos están los viejos,  
igualdad hay en la patria,  
libertad hay en el reino.*

*Pero os digo, compañeras,  
que la ley es sola de ellos,  
que las hembras no se cuentan  
ni hay nación para este sexo.*

*Por eso, aunque los escucho,  
ni me aplaudo ni lo siento;  
si pierden, ¡Dios se lo pague!  
y si ganan, ¡buen provecho!*

¿Contradicciones en la conducta de Carolina? Claro que las hubo, como en la de todos nosotros. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. No sería su admirado J.J. Rousseau, quien se adelantaría a lanzarla. Según bien se sabe (el ácido Voltaire se lo reprochó en argumento *ad hominem*), el autor del *Emilio*, donde se elogia la educación en plena libertad y contacto con la naturaleza, sin maestros opresivos, fue llevando sistemáticamente los hijos (5) que tuvo con Teresa, “ce pauvre fille que demeure avec moi”, a la “Maison des enfants trouvés”. Es decir, sin eufemismos, al hospicio puro y duro. Así somos las personas.

Afectada de catalepsias, “la novia de todos los románticos españoles”, según alguien llamara a Carolina, murió y revivió en varias ocasiones. Ya lleva demasiado su cuerpo cadáver como para poder esperar otra resurrección. Pero, si por un milagro que exigiría multiplicar el de Lázaro *ad nauseam*, la gran romántica se hiciera presente entre nosotros, sabedora de los cambios acaecidos, estoy seguro de que sería la primera en aplaudir entusiasmada el ingreso de doña Carmen en la Real Academia de Extremadura.

Bienvenida a esta Casa. Que dure Vd. en ella al menos tantos años como los casi cien que vivió su paisana. Tal vez entonces responda a las pretensiones de homenajearla con un soneto que comenzará como el de Carolina en circunstancias similares, cambiando el orónimo por alguno de Almendralejo, acaso el Harnina ya para entonces limpio:

*Una corona no, dadme una rama  
de adelfa del Gévora querido,  
y mi genio, si hay genio, habrá obtenido  
un galardón más grato que la fama.*



Este discurso de ingreso  
en la Real Academia de Extremadura,  
titulado “El *Paseo* epistolar de Carolina Coronado”  
y la contestación al mismo, se terminó de imprimir  
en los talleres de Tecnigraf, SA, de Badajoz,  
el 15 de agosto de 2015, festividad de Nuestra  
Señora de la Piedad, patrona de Almendralejo,  
un culto que inspiró la novela *Harnina*  
de Carolina Coronado

